
VÍCTOR YAGÜEZ
PELÁEZ
MICELIO

MICELIO

PARTE I

CAPÍTULO 1

El agua de la ducha resbala por todo mi cuerpo. Sale tan caliente que deja mi blanca piel enrojecida en las zonas donde choca directamente, como si cada gota descargase un pequeño golpe directo contra mí.

El vapor producido inunda todo el cuarto de baño, cubriéndolo todo con una neblina espesa y húmeda que me transporta directamente a Londres y los nueve meses que pasé durante mi juventud allí.

Aprovecho el momento, mi preferido del día, para cerrar los ojos e intentar relajarme, pero hoy, me es imposible. No puedo quitarme esa sensación de nudo en el estómago que lleva desde anoche apretándome.

Continúo un rato más bajo el chorro de agua ardiente, que me golpea directamente en la frente. He perdido la cuenta de cuánto tiempo ha podido pasar desde que me quité la ropa y me metí en la ducha. ¿Quince, veinte minutos? Quizás media hora.

Qué más da, en esta casa hace tiempo que dejamos de preocuparnos por las facturas de agua y gas.

Fuera, apoyado sobre el lavabo, junto al jabón de manos, mi teléfono lleva un buen rato vibrando sin parar, pero yo, absorta en mis pensamientos, no soy consciente de ello.

Maldita costumbre la mía de tener siempre el móvil en silencio.

CAPÍTULO 2

Javi lleva ya más de 24 horas sin dar señales de vida y no, no es algo propio de él en absoluto.

Ayer puso la alarma de su teléfono móvil a las 6 de la mañana para tomarse su café reglamentario y salir pitando hacia el monte, está siendo un otoño especialmente lluvioso y la temporada de setas, según dice mi marido, está resultando espectacular.

Tras dejar la taza vacía en el fregadero, aún caliente, cogió su cesta, su navaja y se montó en el coche rumbo a uno de sus lugares "secretos" donde más hongos coge todos los años, y que protege con un celo casi enfermizo.

Ahí está el primero de los problemas, que Javi guarda con recelo sus mejores sitios, incluso conmigo, no vaya a ser que me vaya a ir de la lengua con mis amigas y se le masifiquen sus montes.

Yo sé alguna de las zonas que de vez en cuando frecuenta, o frecuentaba al menos hace años, cuando yo aún fingía interés por la micología y le acompañaba muy de vez en cuando para tenerle contento.

Pero esa época ya quedó atrás hace tiempo.

Yo odio demasiado subir y bajar laderas durante horas, muchas veces embarrada hasta las rodillas o calada hasta los huesos, como para seguir fingiendo que me divierte solo por tenerle contento.

Habíamos quedado para salir a cenar a nuestro restaurante de sushi favorito. Por eso, cuando se fue la luz del sol en el monte, con la frondosidad de los árboles, incluso antes que en la ciudad y Javi no había regresado a casa, empecé a preocuparme.

No le di importancia en un primer momento.

Está siendo tan buen año de hongos, y Javi muchas veces es tan ansioso, que pensé que estaría aprovechando hasta el último rayo de luz para llenar su cesta.

Le escribí un mensaje, pero no apareció el doble check confirmando que le había llegado. Algo normal pensé, la mayoría de zonas en el monte no tienen internet.

Un rato más tarde y un nivel de mosqueo por encima, decidí llamarle por primera vez. Pudiendo comprobar que efectivamente se encontraba sin cobertura.

-¡Joder Javi! – murmuré entre dientes.

Tres, cuatro, cinco llamadas más, sin señales de vida. Esto ya empezaba a no ser normal y mi alto nivel de mosqueo empezaba a transformarse en preocupación, de esa que se instala en el pecho y no se mueve.

Caminaba como loca por toda la casa sin rumbo fijo, y tras valorar los diferentes escenarios y darle unas cuantas vueltas, decidí llamar a la Ertzaintza. Era probable que Javi hubiese tenido un accidente o una caída en el monte y necesitase ayuda cuanto antes.

Marqué el número y apreté el botón verde.

-Ertzaintza, buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle?

-Buenas noches, mi marido ha salido esta mañana al monte y aún no ha vuelto, está sin cobertura y puede que le haya ocurrido algo. -Comenté al agente con evidente nerviosismo.

-No se preocupe señorita, necesito en primer lugar sus datos, y a continuación los de su marido, nombre, DNI y teléfono. Vamos a intentar localizarlo.

Uno a uno, de forma automática, fui dándole todos los datos que me iba solicitando.

-Muy bien, manténgase pendiente del móvil, le llamaremos con cualquier novedad. Así mismo, si usted tuviese alguna información nueva por su parte, comuníquenoslo con la mayor brevedad posible, puede que sea un despiste y acabe regresando a casa pronto.

Asiento, aunque sepa que no pueden verme.

-De acuerdo, gracias.

Como cuelgue el teléfono y aparezca por la puerta lo mato, pensé de primeras, pero en realidad no había cosa en el mundo que desease más, verlo aparecer por la puerta con su cesta hasta arriba de hongos.

Tendríamos unas palabras, le montaría un pollo por las horas a las que llegaba, pero seguro que acabaríamos reconciliándonos, porque si algo tenía claro es que lo seguía queriendo como el primer día que apareció en mi vida hace ya más de 15 años.

CAPÍTULO 3

Volviendo al momento de la ducha, casi veinticuatro horas después de la primera llamada a la Ertzaintza, por fin me decido a abrir la mampara y salir.

El aire frío del baño golpea mi piel todavía húmeda.

Agarro la toalla, me seco completamente y echo un vistazo a mi teléfono.

En ese preciso instante, el corazón me da un vuelco. Tres llamadas perdidas de un número desconocido.

Podría ser importante mientras yo disfrutaba tranquilamente en la ducha.

Rápidamente devuelvo la llamada sin pensar, pero no hay respuesta alguna. Cuando de repente me doy cuenta que tengo un mensaje avisándome de un nuevo elemento en el buzón de voz.

No puede ser, pienso.

Aprieto la pantalla y me acerco el teléfono a la oreja.

-Amaia cariño, soy Javi… estate tranquila, todo está bien y voy a volver, pero necesito que no hagas tonterías.

Silencio total.

- ¿Que todo está bien? ¡No me jodas Javi! - Estallo en voz alta, justo antes de que el móvil resbale de mis manos. Comienzo a llorar, fruto de la tensión acumulada.

Su voz no me ha sonado convincente, le he notado entre nervioso y asustado. Comienzo a estar segura de que algo no va bien.

Minutos más tarde, sentada ya en el viejo sofá que rescatamos hace años en un mercadillo de segunda mano, recibo otra llamada.

Esta vez se trata del agente con el que hablé ayer, confirmándome que durante el día de hoy dos patrullas y un guarda forestal han

recorrido las zonas boscosas que le comenté, pero no han dado ni con Javi, ni con su coche por el momento.

Me asegura que mañana montarán un operativo mucho más amplio y que necesitan de mi ayuda, que me pase por la comisaría central de Donosti para organizar todo a primera hora de la mañana. Le doy las gracias y cuelgo el teléfono.

Decido esperar que pase la noche para comentarle en persona el tema de las llamadas perdidas y el mensaje en el buzón de voz que he recibido hace un rato.

Algo dentro de mí me dice que quizás no sea la mejor opción, pero es la que he tomado e iré con ella hasta el final.

Ahora necesito llamar a mi madre para pedirle que se quede con Juanjito al menos un día más.

De momento no le daré más explicaciones. No quiero alarmarla más de lo necesario, ni que nuestro hijo sepa nada sobre la situación por ahora.

-Ama, ¿podrías quedarte con Juanjito un día más? - Intento que la voz no me tiemble.

-Claro hija, no te preocupes.

No hace más preguntas. Mi madre acostumbra a no insistir cuando nota que algo no va bien.

-Gracias ama, mañana estoy ahí. Dale un beso a Juanjito.

-Descuida. Aquí estaremos.

Cuelgo el teléfono y suelto todo el aire de mis pulmones, vaciándolos por completo. Pero ese nudo que siento en la boca del estómago no desaparece, y me temo que seguirá ahí por un tiempo, al menos hasta que Javi aparezca.

Por lo menos sé que está vivo, o lo estaba hace media hora, y también sé que no ha tenido un accidente fortuito como creía, sino que tiene que haber algo más detrás de todo esto, con la sensación de que puede ser mucho peor de lo que imaginaba.

CAPÍTULO 4

Suena la alarma de mi teléfono móvil que descansa apoyado sobre la mesilla de noche.

Me levanto de la cama tras unos minutos, mi cuerpo está presente, mi cabeza no, la noche ha sido horrible, dándole vueltas y más vueltas a todo lo ocurrido en las últimas horas.

Enciendo la cafetera como cada día al levantarme.

Afuera llueve, la temperatura es baja y el viento zarandea los árboles con fuerza, la borrasca Ingrid que llevan anunciando durante días, parece que ya está aquí, tiñendo los cielos de gris, como tantos y tantos días en Donosti, descargando agua con fuerza. Y parece que seguirá así unos cuantos días más.

El café ardiendo que recorre mi garganta me reconforta al menos en parte, aunque mi cabeza sigue sin estar en casa, comenzando a pensar si estoy haciendo lo correcto.

¿Debo contar todo lo que me ha ocurrido en las últimas horas a la Ertzaintza? Javi me dijo que no hiciese tonterías. ¿Pero a qué se refería con eso?

En fin, creo que lo correcto es dejar actuar a quien debe, ellos tienen muchos más recursos de los que yo tendría en un millón de años, por mucho que me pese.

Le doy un último sorbo a mi taza de café XXL y le hago hueco en un lavavajillas a rebosar. Cuando regrese de nuevo a casa lo pondré, pienso. Eso llevo diciendo los últimos dos días.

Abro el armario de mi habitación, patrocinado casi al completo por Inditex y me quedo frente a él, no sé ni que ponerme.

Comienzo a rebuscar entre la ropa que cuelga de las perchas. Qué más da lo que me ponga. Camiseta básica, sudadera con capucha y un vaquero cualquiera compondrán mi outfit mañanero.

Tras esto, echo un nuevo vistazo por la ventana, sigue diluviando. Así que cojo mi chubasquero junto a las llaves del coche, las de casa, el móvil, por supuesto y salgo de casa.

Atravieso la ciudad dirección a la comisaría, los limpias no dan abasto con la cantidad de agua que está cayendo.

Al menos las calles están vacías, es domingo y el clima no acompaña, por lo que la gente no se mueve de sus casas. Gracias a esto, tardo la mitad que un día normal en llegar a mi destino.

Aparco frente al imponente edificio policial sin mucho problema pese a ser una zona bastante céntrica. Me enfundo mi chubasquero y enfilo rápidamente la puerta de entrada.

Dentro me recibe una agente joven, ejerciendo labores de administrativa, que da la sensación incluso que acabase de salir en la última promoción de Arkaute.

-Egun on. ¿En qué podría ayudarla?

-Buenos días agente, soy Amaia Elizegi, me han citado para hoy a primera hora.

Miro mi reloj de muñeca. Son las 7:45, parece que he llegado antes de tiempo.

-Mi marido lleva más de 48 horas desaparecido. - concluyo.

-Está bien, estamos informados ya de ello, mis compañeros la recibirán en unos minutos. Acomódese mientras tanto en una de esas butacas. Mis compañeros no tardaran mucho en venir a buscarla.

-Muchas gracias. - respondo.

Me acomodo al mismo tiempo que me desprendo de mi chubasquero mojado.

-Menudo día eh. Cuelga en el perchero lo que quieras, estarás empapada.

Acto seguido, hago caso a lo que me dice antes de volver a tomar asiento.

Los quince minutos que pasan hasta que al fin me invitan a pasar se me hacen eternos, mi cabeza continúa en ebullición y no hay nada que pueda evitarlo ahora mismo.

-Amaia, egun on. Soy el Comisario Varela, encargado de la dirección y organización del caso de su marido. Siento mucho que tenga que estar pasando por todo esto. - hace una pausa antes de continuar. - Sígame por favor, vamos a iniciar una mesa redonda donde pondremos en común lo que sabemos hasta el momento. Todo lo que usted pueda aportar es de vital importancia también.

-Muchas gracias Comisario. – respondo sin saber muy bien que más añadir.

CAPÍTULO 5

Me levanto del butacón donde había estado esperando y sigo los pasos del Comisario Varela a través de un largo pasillo. Las paredes blancas están adornadas a ambos lados, por fotografías del cuerpo policial enmarcadas en cuadros de distintos tamaños. Representan diferentes momentos: rescates, operativos, formaciones…

Todo parece perfectamente ordenado. Demasiado

Llegamos a mitad de pasillo cuando se abre a nuestra izquierda una gran cristalera. En su centro, una puerta abierta, nos invita a pasar.

-Adelante. - Me indica el Comisario con un sutil gesto de manos.

Con pasos dubitativos, accedo al interior de la sala donde encontramos una gran mesa de madera noble, flanqueada a ambos lados por agentes de la Ertzaintza de diferentes rangos y secciones.

Al fondo de la mesa, dos sillas vacías, las cuales intuyo que son para el Comisario y para mí.

En el techo un fluorescente tintinea de forma intermitente, lo cual consigue ponerme aún más nerviosa.

-Buenos días caballeros. – comienza Varela con voz firme.v - Esta es Amaia Pérez, mujer del desaparecido Javi Gorostidi.

Levanto una mano tímidamente como queriendo saludar a los presentes.

-Antes de comenzar, vamos a ponernos en situación. - continúa. - Pese a redoblar los esfuerzos desde el día de ayer y seguir peinando montes y pueblos aún no hemos podido dar con ninguna pista que nos dirija hasta su marido. Estamos a la espera de los análisis de las cámaras de tráfico de toda la provincia para intentar seguir la pista a su vehículo. El informe nos lo traerá en breves nuestra compañera Nahia. Mientras tanto vayamos poniéndonos al día entre todos. Imanol por favor, enuméranos paso por paso todo lo que tenemos hasta ahora. – hace una pausa antes de continuar. -Después Amaia, podrás intervenir para contarnos si tienes algo nuevo que contarnos

o darnos más detalles de lo que tenemos hasta ahora si lo consideras necesario.

Un hombre de complexión robusta asiente, y comienza con su intervención.

-Con su permiso Comisario. Hasta ahora lo que sabemos es lo siguiente.

Saca una serie de documentos que coloca sobre la mesa con cuidado. Inmediatamente después arranca su lectura.

-El señor Gorostidi, gran aficionado a la micología, salió de su casa de Martutene el viernes sobre las 6 y media de la mañana. Se montó en su Ford Kuga y emprendió la marcha hacia algún monte de la provincia.

Su tono es claro, directo.

-Pendientes aún los análisis de las cámaras de tráfico, basándonos en patrones previos, creemos que se dirigió hacia la zona del Goierri, donde se encuentran sus zonas favoritas para la recolecta de hongos.

Continúa.

-Dieciséis horas más tarde, sobre las nueve de la noche, recibimos una llamada de su mujer denunciando su desaparición. Habían quedado para cenar fuera el día anterior y su marido no se había presentado en casa.

-Su teléfono se encuentra desde ese momento sin cobertura, se ha triangulado su posición con las antenas telefónicas de la zona sin lograr tampoco resultados. Poco tiempo después se despliegan dos patrullas junto con un guarda forestal. Peinan varios montes de la zona del Goierri sin resultados.

Pasa a la siguiente hoja.

-Pasada la primera noche se refuerza significativamente el operativo, incluyendo controles en cruces de carretera y añadiendo más presencia en bosques. Paralelamente se trata de localizar mediante las cámaras de tráfico el vehículo del desaparecido, estando

pendientes en este momento los resultados. Hoy domingo a las ocho de la mañana damos comienzo a esta mesa redonda para actualizar noticias, contando para ello con la señorita Amaia Pérez.

-Eskerrik asko Imanol. Es su turno ahora Amaia. Si es tan amable...- comenta Varela a la vez que me hace una indicación extendiendo el brazo, invitándome a comenzar mi locución.

Trago saliva antes de empezar.

-Muchas gracias a todos- Comienzo diciendo a todos los presentes. - Les agradezco enormemente su profesionalidad y el empeño que están poniendo en localizar a mi marido.

Estoy a punto de venirme abajo, una lágrima inunda mis vidriosos ojos verdes, mientras el Comisario me acaricia el hombro con delicadeza, mostrando su apoyo. Carraspeo entonces, intentando sin demasiado éxito deshacerme del gran nudo que tengo en el estómago.

Ahora debo contarles que recibí varias llamadas perdidas antes de conseguir hablar con mi marido, sus palabras, y dar explicaciones de por qué no avisé inmediatamente de este hecho.

Las paredes de la sala se me vienen encima pensando en ello, doy un trago al vaso de agua que tengo frente a mí y me dispongo a ello.

-Tengo.... importantes novedades. - Dudo, pero prosigo. - Ayer, mientras me duchaba, recibí varias llamadas que no escuché. Intenté devolver la llamada a ese número, que no tenía guardado y no contestó nadie.

Revisé mi móvil, cuando me di cuenta que tenía un mensaje en el buzón de voz. Era Javi, pero mejor les pongo el mensaje para que puedan escucharlo.

Me falta valor para reproducir palabra por palabra lo que pude escuchar.

Saco del bolsillo de mi sudadera el teléfono móvil, navego por la pantalla y al fin lo reproduzco en manos libres para que todos los

presentes lo puedan escuchar.

El silencio que sigue es denso.

Veo caras de incredulidad, como la de Imanol.

También observo a mi lado como Varela tensa la mandíbula y aprieta las uñas de sus dedos contra la palma de su mano, en un gesto de evidente enfado.

Aunque no me reprocha nada, interviene con un tono seco cuando el audio termina.

-Está bien Amaia. Por favor, necesito que le indiques a la agente Santos el número que te llamó para que comience el rastreo inmediatamente.

Es la primera vez que me tutea, lo que me hace confirmar su enfado.

Al mismo tiempo, mientras Santos introduce en su portátil el número, aparece en el marco de la puerta, entrando en escena, otra agente más. Trae entre sus manos una carpeta roja.

-Adelante Nahia. ¿Tienes ya los resultados de las cámaras de tráfico?

Ella asiente, pasa y le tiende la carpeta a Varela.

El Comisario comienza inmediatamente su lectura.

Se hace un silencio sepulcral, el pequeño murmullo que había en la sala termina inmediatamente después de un carraspeo del propio Varela.

No pasan más de dos minutos, pero la espera se hace eterna para todos, parece que los músculos de los allí presentes se hubiesen tensado fruto de la tensión.

De pronto Varela levanta la vista y comienza a hablar.

-Como todos habéis observado, la compañera Nahia acaba de entregarme el informe de las cámaras de tráfico.

Agacha la vista en dirección al informe y hace una pausa, que de nuevo se hace eterna.

-Parece que tenemos localizado parcialmente el recorrido que hizo Javi la mañana de su desaparición. Las cámaras lo captan en la N-1 sentido decreciente a la altura de Andoain, Tolosa y Ordizia. No hay registros del entorno de Etxegarate ni Alsasua, ya en Navarra, lo que nos hace pensar que debió tomar la salida a la altura de Beasain.

Suspiro con una extraña mezcla de nervios y relajación.

Varela entonces me dirige la mirada para continuar.

-Parece que Amaia estaba en lo cierto cuando nos indicó las zonas que suele frecuentar su marido cuando sale al monte. Desde ahí, por las carreteras comarcales ha sido imposible por el momento obtener más imágenes del vehículo. Es un paso adelante, eso está claro, pero tampoco podemos engañarnos, las hectáreas de monte que debemos peinar son inmensas en una zona tan boscosa como esa.

-Con su permiso Comisario. - Interviene un nuevo agente.

-Adelante, Jauregui. - Le indica Varela.

-Paralelamente a la investigación de las cámaras de tráfico, por mi parte me puse manos a la obra identificando todas las zonas reguladas oficialmente para la recogida de setas y todos los parques micológicos de Gipuzkoa, Navarra y parte de Álava. Junto con mi equipo nos pusimos inmediatamente a llamar a todos estos parques y zonas reguladas para preguntar por el desaparecido, ya que todos estos lugares llevan un control meticuloso de quien los frecuenta, teniendo que sacar permiso diariamente para poder recolectar setas en sus montes. Lamentablemente no obtuvimos resultado, pero al menos nos sirve para acotar un poco más las zonas a rastrear.

Saca un plano y lo coloca sobre la mesa, donde puedo observar zonas marcadas en diferentes colores.

-Gracias Jauregui. - Señala Varela. Y este le devuelve un gesto cómplice.

-Con estos nuevos datos que tenemos vamos a reorganizar el operativo.

Se incorpora en su asiento.

-Primero de todo, vamos a dar orden a todas las patrullas que se encuentren fuera de las zonas marcadas y las redireccionaremos a donde sean útiles. Vamos a dividir a parte de los agentes para que se dirijan a los diferentes pueblos de la comarca y muestren a la gente que encuentren, la imagen del desaparecido y otra de su vehículo, a ver si alguien pudo verlo.

Levanta la vista.

-Que empiecen por los bares, por si hubiese parado a tomar un café o algo por el estilo en algún momento.

Hace una pausa para tomar aire.

-El resto, a patear los montes desde el primer minuto del día hasta que no quede un solo rayo de luz. Por otra parte, Nahia por favor, da la orden de activar el equipo de rescate en montaña, que revisen todas las cuevas, grutas, barrancos y zonas de difícil acceso a las que nosotros no podamos llegar. Todos a trabajar.

Silencio.

-¿Alguien tiene algo más que aportar antes de levantar la sesión?

En ese momento, Santos, sin levantar la mirada de su portátil alza la voz.

-Por aquí. He podido avanzar algo Comisario. Como me temía, el número que llamó a Amaia pertenece a una tarjeta de prepago y no tiene un titular asignado. Probablemente se compró en alguna tienda pakistaní. Lo único que podemos conseguir es el lugar y el día que se realizó la compra de esta tarjeta, pero aún necesito algo más de tiempo para conseguirlo.

-Buen trabajo Santos, continúa tirando del hilo.

El Comisario se levanta de la silla.

-Ahora sí, si nadie tiene nada más que aportar, a trabajar. No podemos perder ni un segundo. Vamos a encontrar a Javi y lo vamos

a encontrar sano y salvo. Gracias por tu parte también Amaia. - Dice dirigiéndose a mí. - Continuamos en contacto permanente. Ahora puedes ir a descansar.

No sé ni que responder, con la mano hago un gesto de agradecimiento a todos, y junto con Varela abandono la sala.

Recorremos el pasillo antes de despedirnos, y salgo por la puerta de la comisaría para dirigirme a casa.

Fuera continúa lloviendo, aunque parece que ahora lo hace con un poco menos de intensidad.

CAPÍTULO 6

De regreso a mi coche voy buscando la llave para perder el menor tiempo posible. Una vez llego hasta él lo abro, me monto y cierro la puerta con un golpe seco. Suelto el bolso sobre el asiento del copiloto y es en ese mismo instante en el que el mundo se me viene encima. Golpeo con rabia el volante del coche, apoyo la cabeza y comienzo a llorar desconsoladamente.

Pasan unos minutos hasta que consigo recomponerme, rebusco en el hueco de la puerta hasta encontrar un pañuelo que puede tener más de diez usos, pero que siempre me viene bien, como en esta ocasión. Me sueno la nariz, me seco las lágrimas con el puño de mi sudadera y arranco, es momento de ir a casa, procesar todo y pensar en el siguiente paso.

Cruzo la ciudad y llego por fin al barrio, dando gracias por ser un lugar donde nunca hay problemas de aparcamiento. Dejo mi KIA prácticamente enfrente del portal y me bajo.

Al entrar al portal reparo en que tengo correspondencia en el buzón.

-Seguro que es publicidad del kebab como siempre - Pienso para mí.

No me equivocaba, folleto del kebab y de la pizzería turca de Astigarraga.

La sorpresa viene tras estos dos papeles. Un sobre con cierre lacado. Lo observo, pero no tiene ningún nombre, ni remitente, ni siquiera el mío o la dirección. Me cuesta horrores, pero decido esperar a entrar en casa antes de abrirlo.

Subo de dos en dos los escalones, llego asfixiada hasta el cuarto piso donde llevamos años viviendo, abro con dificultad la puerta, fruto del esfuerzo y los nervios y cierro tras de mí.

Dejo sobre la mesita del pasillo de entrada la publicidad y sin soltar la carta misteriosa me siento en el sofá.

Contengo la respiración, las manos me tiemblan más que aquel día en que Javi se me declaró. Aún lo recuerdo, aunque hayan pasado

varios años, en aquella bonita cala de Ibiza mientras el sol se ponía por el horizonte tiñendo todo de color naranja.

Despego con sumo cuidado el pegote de cera solidificada que servía de cierre. Casi sin querer mirar extraigo del interior una pequeña nota, escrita a ordenador:

"Estabas advertida, no debías hacer tonterías y has cometido un error muy grande.

No metas a la Ertzaintza en esto.

Te quedas sin margen"

J.

Dejo el escrito sobre la mesa.

Las paredes se mueven delante de mis narices, las sienes me palpitan con una brutalidad inimaginable, todo se tiñe de negro, creo que estoy sufriendo un ataque de pánico.

Pasa media hora hasta que consigo volver a mi ser.

Abro los ojos, tengo dudas de si he llegado incluso a perder el conocimiento. Ahora debo procesar todo esto y después valorar lo que hacer, la situación se está enredando por momentos.

Han tenido que estar siguiendo mis movimientos, si no es imposible que en menos de tres horas que han pasado desde que salí de casa dirección a comisaría y la consiguiente vuelta, hayan podido enterarse de que estoy colaborando con la Ertzaintza y dejarme una nota en el buzón.

Casi por inercia me levanto y le doy dos vueltas de llave a la cerradura de casa, nunca está de más.

Termino al fin por pegarme una ducha, es la única forma de despejarme y ganar algo de claridad mental, aún tengo bastantes tareas pendientes a pesar de ser domingo por la tarde.

Salgo del baño después de un buen rato, parece que algo más calmada al fin, y poco después me encuentro de nuevo en el sofá, frente a un buen café de especialidad. No sé si es buena idea

meterle un chute de cafeína a mí ya de por si alterado sistema nervioso.

Cojo mi móvil, que había tenido olvidado durante casi toda la mañana y parte de la tarde, y me pongo a revisar los mensajes que he ido recibiendo a lo largo del día.

La vida continúa a mi alrededor como puedo comprobar, decenas de mensajes en los grupos de WhatsApp me lo demuestran, los voy abriendo uno a uno, pero no los presto atención, seguramente la gran mayoría no tengan ninguna importancia.

Sigo con mi labor de revisión, tengo un mensaje desde anoche de Ane, mi mejor amiga, preguntándome cómo había ido la cena con Javi el viernes.

¡Zas! Golpe de realidad y vuelta a mis pensamientos. Creo que lo mejor que puedo hacer es quedar con ella y contarle en persona la situación, así que me decido a escribirle.

✓ Ane, que tal tu finde?

✓ Perdona por no responderte desde ayer, he estado demasiado ocupada.

< Todo bien Amaia?

✓ Todo bien, pero no tanto como me gustaría.

✓ Quedamos mañana a echar un café?

< Genial!

< En Simona como siempre?

< Para las 17:00 te parece?

✓ Muy bien.

✓ Mañana estamos entonces.

Pese a no ser del todo sincera con ella, no me apetece en absoluto tener que darle explicaciones por teléfono, lo dejaré para mañana en persona disfrutando de un café.

Ahora es momento de llamar a mi madre y preguntar qué tal se está portando Juanjito.

-¡Ama! ¿Qué tal?

-¡Hola hija! Aquí estamos, jugando un parchís, es la tercera partida que echamos y no hay manera de ganarle.

-Vaya ama, parece que está aprendiendo demasiado, nunca ha habido forma de meterte mano en los juegos de mesa.

-Pues si, Juanjito se está convirtiendo en una máquina. Por cierto. ¿Os pasaréis a buscarlo hoy? Mañana es día de escuela.

-Claro ama, voy a vestirme y no tardaré demasiado en estar por allí.

-Nos vemos ahora entonces.

- ¡Sí, hasta ahora!

Segunda persona con la que hablo y segunda persona con la que no soy sincera. Aunque lo que más me ha dolido ha sido ese "os pasaréis a buscarlo" de mi madre. Ha llegado el momento de contarle la situación.

Creo que a Juanjito aún se la ocultaré un poco más, necesito saber cómo irá avanzando todo y mientras tanto aparentar normalidad, lo último que necesito es que mi hijo se venga abajo ahora.

CAPÍTULO 7

Salgo de Donosti rápidamente, es la ventaja de vivir en uno de los barrios más alejados del centro de la ciudad.

Cojo la circunvalación en dirección a Lasarte, donde ha vivido mi madre casi toda la vida, desde que siendo aún una niña tuvo que mudarse con mis abuelos desde un pueblito de Extremadura para poder ganarse la vida.

Su padre, mi abuelo, consiguió trabajo en la planta de Michelin que se inauguró en 1932 y que hizo que cientos de familias se viniesen a vivir a este pueblo guipuzcoano para ganarse el pan. Una de ellas fue la mía.

Doy varias vueltas hasta que consigo aparcar, al contrario que Martutene, encontrar hueco para dejar el coche en Lasarte es un auténtico suplicio y un ejercicio de paciencia.

He tenido suerte, finalmente, a unas calles de distancia de donde se encuentra el portal de mi madre, concretamente enfrente del edificio donde el chef Martín Berasategi decidió abrir uno de sus restaurantes, seguramente el más especial para él, en su pueblo natal y donde aún vive.

Bajo del coche, el sol intenta abrirse paso entre el manto espeso de nubes que cubre el cielo sin llegar a conseguirlo, aunque al menos hay un rato de tregua.

Parece que Ingrid ya es historia, pero el otro día escuché a Brasero decir que tendríamos un potente tren de borrascas cruzando la Península, así que con total seguridad esto no es más que un pequeño descanso antes de que la siguiente se abra paso y comience a descargar agua con fuerza sobre las ya bastante anegadas tierras de muchos puntos de la península.

Llego por fin al portal, toco el timbre y espero el zumbido eléctrico que me indique que mi madre ha pulsado el botón para que la puerta de abra.

Una vez dentro, espero impaciente la llegada del ascensor. Cuando este llega, pulso el número cinco y comienza a subir. Cuando por fin para, abro la puerta que da al descansillo, lo recorro y enfilo la casa de mi madre.

Mi hijo cruza el umbral y sale corriendo para abrazarme. Rodea con fuerza mis piernas con sus brazos, un acto puramente instintivo. Hacía tiempo que no lo sentía o más bien, que no lo disfrutaba de esa manera. Se me escapa una sonrisilla y le acaricio la cabeza alborotando su melena.

- ¡Mama!

- ¡Hijo! ¿Qué tal el finde? Vamos para adentro y me cuentas anda.

Ambos entramos por fin, le doy un beso en la mejilla a mi madre y juntos nos dirigimos a la cocina como de costumbre.

- ¿Qué tal hija? -Me pregunta entonces.

-Bien ama, un finde largo e intenso. - Contesto.

- ¿Y Javi? Pensé que vendrías los dos juntos.

-Mmmm... Ama, hay algo que quiero contarte. - Digo mientras bajo la mirada hacia el suelo.

- ¿Está todo bien? ¿Os habéis peleado? ¿No iréis a separaros?

-Basta, basta. - la interrumpo. - Juanjo hijo, porque no vas al salón a jugar un ratito, ahora vamos nosotras.

- ¿Puedes dejarme el móvil porfi? Llevo todo el finde sin tocar la tablet ni nada y me he portado genial. ¿A qué si abuela?

Mi madre sonríe cómplice, y yo condescendiente, le tiendo el móvil a mi hijo.

Cuando cruza la puerta y cierra a sus espaldas, continúo donde lo habíamos dejado hace un instante.

-Siéntate hazme el favor. - Le indico.

Ella con esfuerzo me obedece. Observo su cara. Aunque intente evitarlo noto preocupación en su expresión.

-Ama, antes de que sigas preguntando, Javi y yo no hemos discutido, casi me hubiese gustado que fuese eso, pero la situación es aún más complicada.

Apunto.

-Javi salió el viernes al monte, como siempre que puede en época de hongos. Yo esperaba en casa a media tarde preparándome para la cena que teníamos, ya sabes, pero Javi no apareció por casa.

Hago un silencio mientras observo cómo cambia su rostro.

-Empecé a preocuparme. Le escribí, pero los mensajes no le llegaban. Después decidí llamarle, no sé cuántas veces, cerca de diez, y el móvil apagado. Pensé que había podido tener un accidente en el monte, por muy conocedor de la zona, nadie está exento de ello.

Mi madre no puede contener su preocupación.

-Pero…

-Ama, déjame contarte anda. - le replico.

-Avisé entonces a la Ertzaintza, les conté todo lo que había ocurrido y poco después ocurrió lo más preocupante de todo.

Hago una nueva pausa antes de continuar y exhalo todo el aire que tengo en mis pulmones.

-Recibí una llamada de un número desconocido. Era Javi diciéndome que no hiciese tonterías, que alguien lo había secuestrado pero que se encontraba bien. Desde ese momento no sé más de él. Ahora la policía está investigando, buscando y rastreando montes, hay que esperar noticias ama.

La veo palidecer por momentos, siempre ha tenido un cariño especial a Javi. Su mano izquierda se tensa agarrando la esquina de la mesa, sus nudillos mudan a un blanco pálido fruto de la tensión, pero no es capaz de articular palabra.

En ese momento aparece Juanjito móvil en mano.

-Ama mira lo que me ha enseñado Ander en el colegio.

Me dice enseñándome el móvil mientras se reproduce un video en YouTube.

"Por la mañana café,

por la tarde ron,

llévame a Sevilla,

Orri Oskarsson!"

Es una versión de la canción de Bad Bunny que se ha hecho viral entre los seguidores de la Real Sociedad en los últimos días y que le cantan a uno de sus delanteros. No puedo contener la risa escuchando la canción mientras observo la ilusión de mi hijo.

- ¿Podemos ir a Sevilla a ver la final de la Copa del Rey? Ander me ha dicho que va a ir con su aita.

-Pero hijo, todavía tienen que ganar las semifinales contra el Athletic. La Real aún no está en la final.

- ¿Pero si llegan podemos ir?

-Por supuesto que sí. Si llegamos a la final iremos los tres a Sevilla. Aita, tú y yo.

Le respondo con miedo de no poder cumplir mi palabra, pero con la esperanza de encontrar a Javi.

- ¡Oleee oleee! ¡Gracias mamá! - Grita Juanjo dando saltos por toda la cocina.

Compartimos una partida de parchís juntos, en la mesa de ébano que lleva en el salón de la casa de mi madre desde que yo tengo uso de razón, pero que está tan bien cuidada que podría pasar por recién comprada.

Una hora más tarde miro el reloj y me doy cuenta que es momento de volver a casa. La noche ha caído al otro lado de las paredes y el xirimiri que ahora cae me recuerda que el clima aquí no perdona.

Me enfundo mi chubasquero negro después de prometer a Juanjito que mañana iré a recogerlo después del colegio.

Me despido de él y de mi madre, recordándoles que tienen que irse pronto a la cama y enfilo el pasillo en dirección a la puerta de salida, cuando de pronto el mundo vuelve a detenerse.

Casi como un acto reflejo, mi vista se desvía en dirección al mueble que hay en el recibidor de la casa. Aún conserva un viejo teléfono fijo que probablemente lleve años sin sonar. ¿Quién lo utiliza hoy en día?

Junto al teléfono, en una pequeña cesta de mimbre, descansa el objeto que ha desviado toda mi atención.

Noto como el pulso se me acelera igual que en los últimos metros de una maratón, el vello del cuello se me eriza y mis ojos parecen salirse de sus órbitas.

Sin ser capaz de articular palabra, balbuceo con suma dificultad.

-Ama. ¿Qué es esto?

Estiro el brazo en dirección a la cesta de mimbre, mientras un hormigueo me recorre desde la punta de los dedos hasta el hombro.

Recojo entonces un sobre blanco, con un lacre exactamente igual que el que he recogido de mi buzón esta misma mañana. Lo abro y saco una nueva cartulina del interior. En el centro de esta, escrito a ordenador una única letra:

J.

Nada más. Ni por delante, ni por detrás, ni escrito en el sobre. Aunque ya se perfectamente de que se trata.

-¿Cuando has recibido esto ama? - Logro preguntarle mientras palidezco por momentos.

-No lo sé, no suelo mirar el buzón normalmente, pero hoy al volver de comprar el pan me llamó la atención esto. No sé por qué no lo he tirado a la basura, parece publicidad de algo.

No sé cómo reaccionar y aparentar normalidad, es complicado en un momento así.

-Eso parece. No creo que sea nada importante porque no tiene ni siquiera una dirección.

Miento.

-Ya lo bajo yo ahora y lo tiro a la basura.

-Como quieras hija.

Ahora sí, me despido y llamo al ascensor mientras mi madre espera desde el umbral, como ha hecho toda la vida, esperando a que me monte en él y desaparezca.

Es exactamente lo que hago, montarme en el ascensor y exactamente lo que me gustaría hacer, desaparecer.

Ahora sí que estoy realmente jodida de verdad.

Esta carta, es una más que evidente advertencia de que estoy completamente vigilada y lo saben todo de mí. No puedo cometer ni un solo error o alguien lo acabará pagando, no sé si será Javi, será mi madre o seré yo quien lo viva en sus propias carnes.

Salgo del portal mirando a todas partes, ya no me puedo fiar de nada ni de nadie. Casi corriendo recorro las calles que me separan de mi coche, me monto y cierro las puertas por dentro con el seguro. Solo quiero llegar a casa, ya no me siento segura fuera.

CAPÍTULO 8

Malditos lunes. El despertador del móvil me saca del sueño recurrente que he tenido durante toda la maldita noche. No recuerdo con claridad de que se trataba, tampoco me esfuerzo en intentarlo, la noche no ha sido de lo más agradable para mí, pero supongo que tendrá que ser así.

Aun así, me da por pensar. Es realmente curioso como todos los días mientras dormimos, los seres humanos nos desconectamos del mundo. Es como si nos apagáramos durante horas para que nuestro cuerpo recargue sus baterías. Y además de todo esto, mientras el mundo continúa y nosotros no somos conscientes de nada, vienen a nuestro cerebro historias, sueños que no podemos controlar y que se suceden como imágenes que con suerte recordaremos parcialmente al despertar.

Me levanto de la cama, me siento por unos segundos al borde de esta y ya después decido ponerme en pie.

Comienza ahora el mismo ritual de todos los días. Preparo café, me hago unas tostadas, voy al baño, me pongo un ligero maquillaje, prosigo quitándome el pijama, me pongo la ropa con la que saldré, acabo por calzarme y salir de casa dirección al trabajo.

Envuelta en mis pensamientos, me dirijo a mi oficina del parque tecnológico, rodeada de una densa cortina de agua que vuelve a caer sobre la ciudad.

Paso la mañana inmersa en mis pensamientos, dándole vueltas a todo, intentando sacar alguna conclusión.

Voy colocando sobre una balanza imaginaria los siguientes pasos que debo dar.

Aviso a la Ertzaintza de todo, o no lo hago.

Investigo por mi cuenta, o es una pérdida de tiempo.

Así pasan las horas de la mañana y a decir verdad no he sacado adelante ninguna de las tareas que tenía pendientes para hoy. Es

normal, intento convencerme a mí misma, tienes la cabeza en otra parte.

El Garmin deportivo de mi muñeca marca las dos en punto, así que cierro sesión en mi ordenador y salgo de la oficina. Por suerte no me he cruzado con nadie en el trayecto, no tengo absolutamente ninguna gana de socializar con nadie en este momento. Entonces recuerdo que he quedado con Ane esta tarde, pero antes debo recoger a Juanjito de la escuela.

Cuando llego a la entrada me encuentro la misma estampa de siempre. Coches por todas partes. Pocos son los que están bien aparcados. Unos esperan en carga y descarga, otros son los que lo han dejado en minusválidos y la gran mayoría lo hacen en doble fila. Suerte tenemos de que la policía no se pasee por aquí talonario en mano repartiendo multas a diestro y siniestro. "Welcome to the Jungle" resuena en mi cabeza viendo este esperpento automovilístico que creamos los padres a diario esperando recoger a nuestras criaturas.

Juanjito aparece al fin por la entrada, viene corriendo hasta el coche, fuera no deja de llover. Abre la puerta trasera, lanza la mochila dentro y se introduce cerrando con fuerza la puerta, cualquier día me la hace giratoria.

-¿Qué tal el día Juanji?

-Bien ama, aunque hemos tenido dos horas de inglés, que no me gusta nada. - Protesta.

Nada más arrancar, no hemos recorrido ni diez metros cuando me toca pegar un frenazo en seco. Un niño se cuela entre dos coches cruzando la carretera corriendo y sin mirar.

Un rato más tarde, llegamos a casa. Comemos juntos después de recalentar las sobras de ayer en el microondas y escucho tranquilamente las historias que mi hijo tiene preparadas para mí hoy.

Una vez terminamos, recojo la cocina ayudado por Juanjito y nos vamos al sofá a reposar un rato antes de volver a ponernos en marcha.

Le escribo a mi hermana para comentarle que hoy Juanjito irá al parque a jugar con sus primos, aprovechando así yo, ese rato para mi café con Ane. Normalmente no me ha importado que venga mi hijo, pero hoy estoy decidida a contarle a mi amiga toda la situación que estoy viviendo estos días.

Cuando llego a la cafetería Ane ya está allí. Entro y me siento a su lado.

-Ane tía, mira que llevamos toda la vida siendo amigas, pero no hay forma de llegar antes que tú a los sitios.

-¿Te acuerdas cuando me dijiste que estabas con contracciones fuertes, estando a punto de dar a luz, y cuando llegaste al hospital yo ya estaba allí esperándote?

Las dos nos reímos, a mí me sirve para abstraerme un poco, pero pronto la conversación se encamina hacia lo inevitable.

-Y dime Amaia. ¿Qué narices pasa con Javi? ¿Qué es lo que querías comentarme?

Trago saliva, estoy decidida a contarle todo. Lo que no tengo claro es el nivel de detalle que le quiero ofrecer. Iré sobre la marcha, hasta donde me encuentre cómoda contándole.

-Esto es realmente jodido Ane. -Veo como se pone colorada. - Javi salió el viernes al monte y como ya sabes, habíamos quedado para cenar como todos los viernes.

-¿Y qué pasó?

-Pues que no volvió a casa. Desde entonces está desaparecido Ane, estoy desesperada. -Se me inundan los ojos de lágrimas recordando todo una vez más. El nudo en el estómago cada vez es más fuerte.

-No me jodas Amaia. ¿Y qué sabes de él?

-Pues por ahora nada. Pensé que podría haber tenido un accidente en el monte, pero su coche no aparece por ninguna parte.

Hago una pausa, pero Ane no abre la boca.

-Recibí una llamada de un desconocido, era la voz de Javi pidiéndome que no hiciese nada. La Ertzaintza cree que lo tienen retenido, pero hasta ahora no han conseguido dar con una mísera pista.

-Tía, me dejas helada. - es lo único que alcanza a decir.

Continuamos un rato charlando frente a nuestro latte. Le cuento algún detalle más, obviando el tema de las amenazas por carta, hasta que una hora y media después, nos damos un abrazo y nos despedimos.

Ane me pide que le mantenga informada, al fin de cuentas, soy su mejor amiga y tiene un cariño especial a Javi.

Recojo a Juanjito del parque, explicaciones a mi hermana en otro momento, si no se va de la lengua antes mi madre. Recorremos la ciudad en dirección inversa y de nuevo estamos frente a casa.

Hemos aparcado justo debajo de nuestro edificio como de costumbre, pero antes de subir, oteo el horizonte en busca de personas o elementos que no me encajen en el paisaje del barrio.

Observo en el parking del otro lado de la carretera un vehículo que me llama la atención. Negro, bastante viejo y aparcado bajo la única farola del aparcamiento que no funciona. Entrecierro los ojos y creo distinguir en su interior una silueta.

Agarro fuerte del brazo a Juanjito, damos media vuelta y atacada de los nervios rebusco en mi bolso las llaves de casa.

Al fin lo consigo, abro la puerta y casi empujando a mi hijo, quien me mira como si estuviese loca, lo introduzco en el portal cerrando a nuestra espalda decididamente.

No es la primera vez que creo que alguien me observa desde las sombras, pero si que es la primera vez que mis sospechas toman forma.

Una vez en casa, habiendo cerrado con dos vueltas de llave la cerradura me libero de mis zapatos por primera vez en el día, percibiendo una sensación de relajación tremenda. Me pongo ropa cómoda y decido compartir un rato antes de la cena con mi hijo.

Casi instintivamente antes de salir de la habitación echo un vistazo por la ventana. J oder, ahora puedo comprobar que efectivamente en el vehículo se encuentra una persona que tengo la sensación de que me está controlando.

Corro la cortina con rapidez, con la esperanza de que no haya conseguido verme y apago la luz de la habitación.

Espero un par de minutos y vuelvo a asomarme, esta vez con mucho más cuidado de no ser vista, pero en el lugar donde se encontraba el vehículo ahora no queda nada.

Aprieto los puños, clavándome mis propias uñas en la palma de la mano. La situación empieza a superarme.

En ese instante tomo una decisión, voy a ser valiente. No puedo mantenerme más tiempo al margen esperando que todo esto se resuelva. Daré un paso al frente y haré todo lo necesario para que Javi esté de vuelta cuanto antes.

Cuando por fin me meto a la cama, reviso alguno de los mensajes que tengo atrasados.

Me llama rápidamente la atención uno. Es el número personal de Varela, el comisario de la Ertzaintza que dirige la investigación sobre la desaparición.

Un mensaje de voz espera ser reproducido:

< Amaia, soy el Comisario. Te he llamado, pero no he obtenido respuesta así que te dejo este audio por aquí. Quería comentarte que hemos realizado algunos avances, nada tremendamente importante, pero si hemos conseguido acotar la zona donde podría haber desaparecido Javi. Hay cámaras en cajas de ahorros, fincas

privadas, pequeños almacenes y demás de pueblos colindantes donde en ningún momento se ve pasar el vehículo de tu marido. Esto nos hace pasar de una extensión de trescientos cuarenta kilómetros cuadrados, que son muchos, a unos noventa y cinco aproximadamente. ¡Esto es un avance de la leche Amaia! Mañana vamos a realizar una batida bastante importante en la zona de Ataun, donde hay bastantes caseríos dispersos, me gustaría que te unieses a ella y así echar una mano, nadie conoce mejor a Javi que tú. Ya me dices con lo que decidas, podría pasarte a recoger sobre las ocho y media por tu casa. Espero tu contestación Amaia, un abrazo.

¡Ahí está! Justo lo que había decidido, un poco de acción para el cuerpo. Sentirme útil en toda esta investigación.

Decido sin tener que pensarlo demasiado dejarle un mensaje breve confirmando mi asistencia.

Antes de dejar el móvil e irme a dormir continúo revisando notificaciones.

Lo siguiente que me salta rápidamente a la vista es un mensaje de Andoni, el mejor amigo de Javi. Es escueto pero directo:

< Amaia, ¿que tal? Llámame cuando puedas, no sé de Javi desde hace un par de días.

Teniendo en cuenta que hace menos de 15 minutos que me ha escrito, acabo decidiendo llamarle.

Al tercer tono responde.

-Andoni, cuanto tiempo. Hacía ya bastante que no hablábamos. ¿Qué tal te va? - Comienzo.

-¡Amaia! Ya te digo, hacía un montón. ¿Qué es de Javi, en qué anda metido ahora? Le escribí ayer por la mañana y le llamé un par de veces por la tarde. Hoy más de lo mismo, un par de llamadas y me aparece sin cobertura. ¿No habrá reventado el móvil otra vez el muy desgraciado? Que tenemos que pillar las entradas para el partido de la semana que viene.

-Que va Andoni. -Por un momento me siento culpable de no haberle contado nada todavía al mejor amigo de mi marido. - Javi está desaparecido desde el viernes.

Escucho un suspiro al otro lado de la línea, tanto que puedo imaginarme la cara de sorpresa que puede tener Andoni al oír mis palabras.

-¡Qué me dices! ¿Pero cómo va a estar desaparecido?

-Sí Andoni.-Le corto - Creo que debo pedirte perdón por no haberte dicho nada hasta ahora. He estado súper liada organizando todo, encargándome de Juanjito y con visitas a la Ertzaintza.

- ¿Diste aviso a la policía Amaia? -Suelta con tono de sorpresa.

-¡Pues claro! No iba a quedarme de brazos cruzados esperando a que vuelva tranquilamente como que no hubiese pasado nada.

-Tienes razón Amaia. No sé en qué estaba pensando. Y dime, ¿cómo va la investigación? ¿Han podido descubrir algo?

-Todavía nada Andoni, parece ser que alguien pueda tenerlo retenido, pero nada está claro aún. -Comento sin muchas ganas de seguir dando explicaciones. -Si quieres cuando sepamos algo más te pego otro toque. ¿Te parece?

-Pues te agradecería muchísimo Amaia. Que palo más grande. Si necesitas cualquier cosa avísame, que para eso estamos los amigos.

-Muy bien Andoni, te avisaré. Ahora necesito descansar, están siendo días duros. Un abrazo.

-Otro Amaia. Agur.

Cuelgo el teléfono a la vez que pienso en mi jefa, tengo que avisarle de que mañana necesito cogerme el día. Que pereza, parezco la centralita de Telefónica. Decido dejarle un mensaje prometiéndole que mañana al mediodía le llamaré.

Programo al fin la alarma, dejo el móvil en la mesilla de noche y cierro los ojos. Antes de contar la tercera ovejita he caído rendida.

CAPÍTULO 9

Con los ojos todavía cerrados y de un manotazo consigo hacer callar al móvil que brama con su estridente sonido recordándome que es hora de ponerse en pie. Ha sido al fin una noche tranquila y he podido dormir prácticamente del tirón.

Lo primero que hago es ir a despertar a Juanjito, como de costumbre. No quiero que llegue tarde a clase. Aún menos el día de hoy pues me espera una mañana larga por delante.

Levanto la persiana y observo el bonito amanecer en el horizonte, al fin una tregua, parece. Hacía días que no observaba el cielo con un azul tan radiante. Esto solo puede significar buenas noticias, pienso.

Prosigue el ritual de todas las mañanas. El café de hoy es doble, necesito ese extra de "punch" que me pueda aportar. Abro mi armario y rebusco en el fondo buscando mi ropa de monte, hace mucho tiempo que no la saco del interior.

Cuando al fin la encuentro, me calzo las botas y aviso a Juanjito, tenemos que marcharnos ya o llegaremos tarde.

Como madre que se precie reviso la mochila de mi hijo antes de salir de casa. En ese preciso momento, el corazón se me salta un latido, quizás hasta dos. Me cuesta mantenerme en pie, los pulmones deciden que no quieren coger aire, necesito apoyarme en la pared. Lo que observan mis ojos bien podría pertenecer a una película de terror, pero no, es completamente real.

Un tercer sobre asoma entre los libros de matemáticas y tecnología. Igualito que los anteriores, con su blanco radiante y su lacre intacto.

Antes de que mi hijo me vea, intento recomponerme. Hago inspiraciones y expulso todo el aire como si de una clase de yoga se tratase. Dejo el sobre a buen recaudo y por precaución, echo un

último vistazo por la ventana antes de salir, no me fío ni de mi sombra.

Todo despejado, no veo nada sospechoso. El vehículo que ayer me pareció intuir que me observaba tampoco aparece en escena. Le doy su mochila a Juanjito y salimos de casa.

Media hora más tarde estoy de vuelta. Quedan apenas dos minutos para las ocho y media, la hora en la que Varela mi dijo ayer que pasaría a buscarme, así que decido esperar directamente en el coche.

A las ocho y veintinueve, con algo más de cincuenta segundos de adelanto veo aparecer un vehículo de la Ertzaintza por la rotonda.

Efectivamente se trata de Varela, que va de copiloto. Al volante parece viajar Nahia, la chica encargada del estudio de las cámaras de tráfico. Bajo de mi coche y vuelvo a otear el horizonte, sigue todo tranquilo. Abro la puerta trasera del coche patrulla y me subo.

-Egun on.

Exclama Varela desde su asiento delantero.

-¿Lista para una mañana como agente? Tenemos un clima excepcional hoy para disfrutar del monte.

-Buenos días. -Respondo. - Con muchas ganas, la verdad. El cuerpo me pedía algo así.

-Muy bien, pues nos ponemos en marcha, tenemos compañeros ya esperando en la zona.

Casi como si estuviésemos imitando el último recorrido que sabemos que hizo Javi avanzamos por la N-1 hasta desviarnos por la salida de Beasain.

Avanzamos ahora por carreteras comarcales inmersos en una conversación que me abstrae del exterior hasta llegar a un cruce.

Dos patrullas se encuentran realizando un control rutinario. Varela baja la ventanilla mientras Nahia reduce la velocidad hasta

prácticamente detener el vehículo. Los agentes se cuadran ante el comisario, este les devuelve el saludo y continuamos el avance.

Atravesamos pequeños pueblos y caseríos que aparentan una calma total, al contrario que yo, que sabiendo que nos acercamos a nuestro destino me revuelvo en el asiento trasero incómoda.

A pocos kilómetros de la zona que vamos a peinar hoy, el cielo se va cerrando sobre nuestras cabezas. Entonces, cogemos un desvío a mano izquierda por un pequeño camino rural que avanza hacia la montaña.

Según avanzamos y ganamos metros de altitud, una espesa niebla comienza a envolvernos, cerrándose por momentos a nuestro alrededor como si el monte quisiera ocultar algo en su interior.

Minutos más tarde llegamos al punto de encuentro. Allí ya esperan nuestra llegada numerosos agentes, acompañados de tres guardas forestales que conocen mucho mejor la zona. Mientras bajo del coche logro distinguir entre las caras allí presentes a varios de los ertzainas que estaban presentes el día que estuve en la reunión de la comisaría. Logro reconocer a Imanol, junto a Santos y Jauregui que charlan tranquilamente frente a una mesa de camping abarrotada de papeles.

Cuando por fin llegamos, como si de hormigas se tratase, todo el mundo se acerca a la posición del Comisario, sin necesidad ni siquiera de abrir la boca.

Saluda al personal al mismo tiempo que despliega un gran mapa sobre la mesa portátil instalada para la ocasión.

Comienza entonces un "briefing" donde poco a poco se van desgranando los pasos a seguir. Se indican las zonas que cubrirá cada binomio, haciendo especial hincapié en los puntos calientes que debemos revisar en profundidad. Son una serie de caseríos desperdigados que podrían albergar alguna sorpresa.

Veinte minutos después, con el sol queriéndose abrir paso en el horizonte entre la bruma de manera infructuosa, nos ponemos en

marcha.

Varela me entrega entonces un walkie, por si tuviésemos que separarnos en algún punto de nuestro recorrido, aunque las órdenes sean claras, permanecer en todo momento dentro de su campo de visión.

Poco a poco vamos avanzando por el monte. En algún punto cuesta incluso avanzar, las botas se me clavan prácticamente hasta el tobillo en el barro dejando tras de mí unas profundas huellas en el terreno, quedando claro que el terreno no admite ya más cantidad de lluvia. Los arroyos que discurren entre los árboles van cargados hasta arriba de agua, poniendo la melodía en el ambiente junto con algún tímido pájaro que se atreve a cantar a nuestro paso.

La mañana avanza, y nosotros lo hacemos por el monte. Revisamos una pequeña formación rocosa y un puesto de caza que se encuentran en nuestro cuadrante, sin la mayor suerte que encontrar algún resto de basura que cazadores maleducados dejaron a su paso.

Al filo del mediodía, embocamos la salida del hayedo, esperando en el aparcamiento de tierra donde dejamos los vehículos por la mañana, a que el resto de compañeros aparezcan por allí.

Un pequeño tinte de frustración recorre los rostros de varios de los agentes tras poner en común los avances de la jornada. Nada importante que reseñar, lo único positivo, una zona más que poder tachar del mapa.

Varela coordina a varias de las patrullas, dándoles indicaciones para que aprovechen lo que queda de día para entrevistarse con vecinos de alguno de los pequeños pueblos, que con sus antiguas construcciones de piedra levantadas a los márgenes de la carretera, serpentean la parte baja del valle.

Nosotros de nuevo nos montamos en el vehículo y tomamos dirección a Donosti. Una ligera sensación de decepción me invade el

cuerpo penetrando hasta el interior, recordándome ese nudo del estómago que no desaparece.

Una de las causas de esa sensación que lleva presente conmigo varios días, es la decisión que he tomado de no comentar a nadie la aparición de las tres cartas que han ido dejando en diferentes puntos, amenazando directamente tanto a mí, como a mi familia. Tengo la duda de si estoy haciendo bien o no, pero es mi decisión y debo continuar firme con ella.

Cuando llegamos al destino y me bajo del vehículo, tras despedirme y quedar para mañana a la misma hora, agarro mi teléfono móvil y marco el número de mi madre. Acabo de tomar una decisión y nada puede hacerme cambiar de idea.

Regresaré por mi cuenta al valle, a echar un ojo, observar cómo avanza el tiempo y sus habitantes allí, con la esperanza de encontrar alguna pista que me ponga en el camino de mi marido.

-Ama, ya sabes el jaleo que tengo. Necesito que te encargues de Juanjito.

-Está bien hija, pero no te metas en problemas hazme el favor. -Comenta con un punto de resignación, sabiendo que no haré ni caso de sus consejos.

Si alguien tiene retenido a Javi no voy a parar hasta dar con él.

PARTE II

CAPÍTULO 10

Abstraída totalmente en mis pensamientos, me encuentro de nuevo en el cruce que dirige a la parte baja del valle. Con el paso del día, la niebla, lejos de disiparse, ha ido descendiendo por las laderas hasta cubrir completamente la zona. Es tan espesa que me obliga incluso a activar los limpiaparabrisas de vez en cuando para retirar de la luna delantera de mi vehículo la humedad que va quedando pegada.

De pronto, un pequeño rugido en mi estómago me recuerda que aún no he comido, así que hago un alto en el camino para ponerle rápida solución a este problema.

Unos kilómetros más adelante, al entrar a un pueblo un poco más grande que el resto, observo a mano derecha una construcción de piedra con un cartel colgado sobre la puerta de entrada.

Se trata del bar del pueblo, regentado por una señora, que con un marcado acento vasco me da la bienvenida. Por lo que observo al entrar, no me cabe ninguna duda de que me voy a dar todo un festín de comida casera.

La dueña me indica que puedo sentarme en cualquiera de las mesas que están libres. Decido sentarme en la más retirada de todas, junto a la esquina opuesta a la entrada del comedor para así tener panorámica de todo lo que ocurre a mí alrededor.

Disfruto cuando por fin me sirve un tremendo plato de alubias, quitándome de un plumazo el frío y la humedad de la niebla que me habían calado hasta la médula.

Continúo después con un delicioso muslo de pollo cocinado a la parrilla mientras mis ojos van saltando de mesa en mesa observando los presentes.

No hay demasiadas mesas ocupadas. Lo que parece una familia ocupa una de las mesas. Una pareja joven de senderistas se encuentra en la contigua. Dos caseros con sus brazos tan anchos como troncos de roble conversando sobre ganado... En fin, nada que me llame especialmente la atención.

Para terminar, la dueña me trae a la mesa un goxua para chuparse los dedos, y me pregunta si voy a querer café, a lo que respondo que lo tomaré en la barra. Así podré aprovechar para conversar un rato con ella.

Cuando me levanto al fin, el comedor se encuentra ya vacío. Me dirijo a la barra y me siento en un taburete de madera. Pido entonces un americano y aprovecho para charlar con Maika, pues así es como me ha dicho que se llama.

Conversamos amigablemente, intentando por mi parte no dar más información de la necesaria e intentando arrancarle a ella algo que me pueda resultar de interés.

Parece que la vida en el valle continúa con total normalidad. No comenta nada de ninguna desaparición, por lo que sospecho que por allí no ha pasado ningún agente a preguntar aún. De ser así el revuelo que podría haberse formado en el pueblo no pasaría desapercibido para nadie. Aun así, es cuestión de tiempo que la noticia se disemine como un virus por todo el valle.

Tras apurar mi café me despido de Maika y me pongo en pie, observando de reojo como cuatro hombres que se encuentran en una mesa tras de mí, jugando una interesante partida de mus, la pausan por un momento para dirigir su mirada hacia mis caderas.

Supongo que es normal. Salvo algún senderista los fines de semana, pocos forasteros pasarán por allí. Y aún menos serán las mujeres que lo hagan con un vaquero ajustado que no deja nada a la imaginación.

Mientras disolvía mi azucarillo en el café dándole vueltas con la cucharilla, he aprovechado a echar un vistazo a la zona en la que me encuentro en el Maps de mi móvil. Un pequeño polígono industrial

muy cerquita de aquí ha centrado mi atención, así que decido montar en mi coche y dirigirme hasta la zona.

En el pequeño trayecto desde el restaurante hasta mi vehículo creo intuir un movimiento de cortinas en una de las casas cercanas, como si me estuviesen observando. Ya no distingo con claridad lo que es realidad y lo que es fruto de mi imaginación. Aunque en pueblos tan pequeños como este, no descarto que sea la típica vecina cotilla que se asoma al más mínimo movimiento en el exterior.

Arranco mi Kia y me pongo en movimiento. Avanzo a velocidad reducida para aprovechar e ir observando todo a mi alrededor, aunque reconozco que no hay nada que me llame especialmente la atención.

Salgo del pueblo y recorro aproximadamente un kilómetro y medio antes de llegar a las primeras naves del polígono industrial. Una empresa maderera flanquea la entrada.

Avanzo tímidamente por las diferentes calles observando todo lo que me rodea. Un par de talleres de mecanizado por aquí, un almacén de una conocida empresa de transportes, otra de maquinaria pesada, un almacén de grano, y naves más pequeñas sin rótulo en la entrada. Dadas las horas a las que he ido todo se encuentran cerrado.

Una calma total envuelve la zona. Hago una pequeña pausa cerca de la salida para cerciorarme de si hay algo de movimiento, pero solo me sirve para terminar de confirmar que a esas horas un polígono de pueblo está más muerto que un cementerio de noche.

Reviso mientras tanto las noticias en diferentes páginas de internet, pero aún ningún medio parece haberse hecho eco de la desaparición.

Fuera, la noche ha caído, acompañada de la espesa niebla que no desaparece y que le da un aspecto fantasmagórico al entorno. Momento de volver a casa pienso.

Subo el volumen de la radio y me pongo en marcha. Circulo por carreteras estrechas bien atenta a las curvas y señales de tráfico,

aunque la niebla me dificulta el trabajo.

Suena de pronto "Superestrella" una de mis canciones favoritas cuando creo distinguir tras de mí las luces de un vehículo.

Pasan los kilómetros y en cada cambio de rasante vuelvo a observar las luces. Decido entonces disminuir la marcha para ver si al fin el vehículo me sobrepasa, pero como si de una lapa se tratase se pega a mi culo, aunque no me adelanta.

Comienzo a ponerme nerviosa, más aún cuando compruebo que el vehículo que se encuentra detrás es oscuro, muy similar al que el que vi la noche anterior por la ventana de casa. Maldigo entonces no haber prestado más atención en la marca del vehículo o en alguna de las letras de la matrícula.

Doscientos metros más adelante creo distinguir entre la espesura de la niebla una señal de cruce de carreteras. Debo actuar rápido, no hay tiempo de pensar. Acelero entonces y justo al llegar al cruce pego un volantazo y cojo el camino de la derecha.

Las ruedas chillan al perder contacto con el asfalto, contravolanteo, y al fin consigo meter mi coche entre las dos líneas de la carretera.

Disminuyo la velocidad. Creo que he despistado al vehículo que venía detrás. O quizás era toda una paranoia mía y simplemente no quería sobrepasarme y aprovecharse de mí para ir abriendo camino entre la niebla. Ya no sé ni que pensar.

El GPS de mi móvil me indica entonces que debo dar la vuelta y regresar a la carretera por donde venía, es el único camino que me llevará de vuelta a casa.

Giro de nuevo en el cruce y enfilo la calzada dirección Donosti. Pienso en ese instante que me estoy volviendo completamente loca pues el vehículo que venía detrás ha continuado su camino y no hay rastro de luces por ninguna parte. Que idiota soy, podría haber provocado un accidente con mi maniobra.

Que equivocada estaba, solamente metros más adelante adelanto el coche sospechoso que se encuentra en un apartadero de la carretera

con las luces apagadas. Justo en ese momento, vuelve a encenderlas y emprende a toda velocidad mi persecución. Yo piso el acelerador a fondo. La aguja de velocidad se dispara, a la par que mis pulsaciones. El corazón me va a salir por la boca y la vena del cuello está cerca de estallar por la presión.

No hay tiempo de nada, escasos segundos después el coche negro está de nuevo besando mi trasero. En el mismo momento en que aparto la vista del retrovisor observo aterrada la curva cerrada que emerge frente a mí.

Clavo frenos, giro con todas mis fuerzas el volante intentando en vano dirigir el coche por la parte negra de la carretera. Entonces una de las ruedas toca la grava de la parte exterior, el coche ya es incontrolable. Las ruedas chirrían, yo me encojo en el asiento intentando crear una coraza ante el inminente golpe que voy a recibir. El ruido de la carrocería rozando con el quitamiedos me hace prever que el momento es inminente. En ese preciso instante percibo una sensación de ingravidez total, como si me encontrase en la Estación espacial internacional. Cierro los ojos con fuerza, sin llegar a percibir que mis pies apuntan ahora hacia el cielo y mi cabeza está cerca del techo del coche.

Una, dos, tres vueltas de campana, hasta que un tremendo roble frena en seco nuestro avance.

Un dolor insoportable sacude mi pecho, algo viscoso parece descender desde mi frente por el cabello que está suspendido en el aire. Entonces no hay vuelta atrás. Es el final, pienso. En ese momento pierdo el conocimiento.

CAPÍTULO 11

Abro los ojos. Me duele el cuerpo, partes que ni siquiera sabía que existían. Intento reconocer el lugar en el que me encuentro.

Un techo blanco es lo primero que he logrado observar, me cuesta horrores moverme, pero reconozco al instante un sonido muy característico, un pitido repetitivo indicando las constantes vitales de alguien. Son las mías. Cuando logro sacar el brazo bajo las sábanas descubro que de mi muñeca cuelga una vía. No cabe duda de que estoy en un hospital.

Intento hacer memoria con todas mis fuerzas. Me cuesta un mundo recordar porqué estoy aquí, que ha pasado.

Recuerdos difusos pasan frente a mí. Una carretera, la niebla, el momento en que me desvío. Entonces consigo descifrarlo.

Viene a mí un potente flashback de las luces que me persiguen, como piso a fondo el acelerador y como aparece ante mí curva cerrada que no logro tomar y que me hace salir por los aires.

En ese momento escucho que alguien entra por la puerta de la habitación. Son dos personas hablando en voz baja, pronto los reconozco. Una de ellas es mi madre, la otra el Comisario Varela.

Con pasos firmes se dirigen a mí.

-Amaia hija. ¿Cómo te encuentras? Mira que te dije que no hicieses tonterías y que te quedases tranquila en casa. ¿Para qué está la policía?

-Ama ama, vale. Necesito tranquilidad.

-Es cierto. Pero Amaia, ¿porque se te ocurrió ir por tu cuenta a saber que estuviste haciendo por ahí? - interviene Varela.

-No os falta razón. - me defiendo. - Pero necesito respuestas.

-Pues mira lo que has conseguido. - comenta mi madre con enfado. - Casi no lo cuentas.

-Por favor, dejadme un poco de tranquilidad. Necesito procesar todo.

-Está bien. Pero quiero que sepas algún dato importante que hemos podido descubrir.

Me preparo para recibir y anotar perfectamente toda la información que salga de la boca de Varela.

-Lo primero de todo, te hemos puesto un agente en la puerta controlando quién entra en la habitación. No estás segura Amaia. Las cosas se han complicado en las últimas horas.

Hemos descubierto un pequeño dispositivo de geolocalización en los bajos de tu coche. Te tenían perfectamente ubicada en todo momento, siguiendo todos tus pasos.

Esto no pinta bien. No sé quién estará detrás de todo esto, pero parece que no escatiman en nada. Puede que esto sea más grande de lo que pensábamos.

Me cuesta digerir las palabras del comisario. Al menos sé que no estaba del todo loca. Que alguien ahí fuera me estaba vigilando.

Aún y con todo, prefiero seguir manteniendo en secreto el tema de las cartas. ¿Porqué? Pues no lo sé, la verdad.

-Pasará el médico en breves con tu parte de lesiones. Pero ya te adelanto que vas a necesitar días de reposo. Mucha suerte has tenido de no salir bastante peor parada.

Ahora tengo que marchar, seguimos dando pasos y te prometo que vamos a encontrar a Javi. Tú mientras tanto guarda reposo, te mantendré informada, no hagas tonterías Amaia.

Resoplo con fuerza. Estoy hasta los huevos del maldito: "No hagas tonterías Amaia".

-Ah, por cierto, se me olvidaba. - se gira Varela antes de salir por la puerta. - El tema ya circula por redes y prensa. Hemos hecho todo lo posible por mantenerlo en secreto. Pero tu accidente de ayer, sumado al runrún que circulaba por la zona viendo pasar patrullas a diario, ha sido imposible de contener. Cuídate Amaia. Agur.

-Agur. - respondo sin demasiadas ganas mientras intento incorporarme en la cama. El dolor de las costillas me lo impide. Contengo una mueca de dolor.

Paso parte de la mañana charlando con mi madre. El ratito que ha comentado Varela que tardaría en pasar el médico comienza a hacerse bola. Necesito salir del hospital cuanto antes.

Dos horas y media después al fin de abre la puerta de la habitación. Un hombre de mediana edad, bastante atractivo cruza el umbral. Ataviado con su bata blanca y un fonendoscopio colgado del cuello saluda mientras se acerca a mi cama.

-Buenos días Amaia. Soy el doctor López. ¿Qué tal te encuentras? Recibiste un montón de golpes durante la salida de vía.

-No estoy mal Doctor. - miento descaradamente.

-Bueno, en parte es normal, te hemos administrado una serie de analgésicos a través de la vía intravenosa. Has sufrido una contusión grave en la cabeza, donde te hemos tenido que poner siete puntos de sutura. - continúa- También has sufrido fisuras en tres de tus costillas. Además de hematomas por gran parte de tu cuerpo. Estarás dolorida durante unos días, pero saldrás de esta. - comenta con cierta sorna.

-Gracias Doctor. ¿Y cuándo podrá darme el alta?

-Paciencia. Aun así, si todo va bien, pasaré después del mediodía a darte el alta. Pero tendrás que pasar unos días en casa con reposo total.

Me río por dentro. Después de lo de ayer ya no me para ni una pierna rota. En cuanto pueda saldré a la calle a dar todo lo posible para encontrar a Javi. Tengo la sensación de estar más cerca que nunca de descubrir que está pasando.

No son ni las doce del mediodía y una auxiliar me trae la comida. Un arroz insípido y una pechuga de pollo sin sal son el menú degustación del día de hoy. Menos mal que una natilla de postre lo arregla un poco.

Tras esto, en parte por haber llenado el estómago y en otra por culpa de los analgésicos se me cierran poco a poco los párpados.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que de nuevo aparece el Doctor en la habitación. A la vez me percato que está mi hermana sentada junto a mí.

-Amaia, buenas tardes. Como prometí esta mañana puedes irte a casa. Eso sí, con la condición de reposar al máximo, esas fisuras en las costillas tienen que soldar correctamente y el golpe en la cabeza requiere de cautela. Un nuevo golpe podría complicarlo todo.

Con dificultad me incorporo sobre la cama y poco a poco soy capaz de ponerme en pie.

Un latigazo me recorre la pierna derecha, aunque aprieto los dientes disimulando como puedo el dolor.

Con ayuda de mi hermana me voy vistiendo poco a poco. Los calcetines son la parte que más me cuesta, aún no consigo doblarme sin dolor.

Una vez terminado el proceso, recojo la bolsa que descansa sobre la silla con mis pertenencias y ponemos rumbo a la salida.

En el coche me toca aguantar la reprimenda de mi hermana (que para eso es la mayor) por no haberle informado de nada hasta el accidente de ayer. Agacho las orejas y trago con todo, total, estoy más que acostumbrada.

Una vez en el portal, se empeña en acompañarme hasta la puerta de casa. Un par de latigazos en la pierna, otros tantos pinchazos en el costado y nos encontramos arriba. Me cuesta un buen rato convencerla de que me puedo valer por mí misma a pesar de los dolores, así que a regañadientes abandona por fin mi casa y yo puedo relajarme.

Me descalzo, me tumbo en el sofá y cierro los ojos.

CAPÍTULO 12

Al arrancar la página, el calendario indica que ya es jueves. Los últimos tres días me los he pasado entre la cama y el sofá. La única labor que he tenido ha sido dar explicaciones a mucha gente, entre otras personas a mi jefa.

He tenido la visita en un par de ocasiones de mi amiga Ane. Ratos que hemos aprovechado para ponernos al día de la vida, jugar alguna partida de Rummi y recordar anécdotas de una época lejana en la que fuimos jóvenes.

Otro de los que ha querido estar bien presente ha sido Andoni. Llamándome varias veces para insistir en echarme una mano con las labores de casa, pero la verdad es que me estoy apañando cada vez mejor.

Por este último motivo he decidido escribir un mensaje a Varela. Mañana sin falta me incorporo a las labores sobre el terreno que tenga preparada la Ertzaintza.

Me ha costado dios y ayuda conseguir que entrase en razón y diese su brazo a torcer dejándome participar.

Al final he tenido que llamarle a su teléfono personal. Me ha estado comentando por encima los avances de estos días. No son demasiados, pero han conseguido acotar aún más el terreno de búsqueda.

Por otra parte, una mujer de la zona quiere hablar con nosotros, al parecer, últimamente ha notado movimientos extraños en el pueblo.

Después me ha indicado las zonas que se peinarán mañana, dejando las partes más sencillas de recorrer a pie para nosotros. En ese momento he sido yo la que he tenido que ceder, no quiero tampoco que por mi insistencia me acaben apartando de la investigación.

Después de hablar con la anciana, cogeremos el vehículo para dirigirnos a una zona ladera arriba donde se ubican un conjunto de antiguos caseríos.

Una vez allí, el propio comisario y yo, acompañados de Nahia, interrogaremos "amablemente" a los habitantes que allí se encuentren, a la vez que aprovecharemos para echar un vistazo a los amplios terrenos de pasto, invernaderos y antiguas cuadras donde aún hoy en día guardan el ganado muchos de ellos.

Algo sencillito para mi vuelta al ruedo según Varela. Cualquier cosa hará sentirme más útil que plantar mi trasero en el sofá de mi casa durante horas.

A media tarde me cambio de ropa. Tengo una cita en el ambulatorio con mi médico de toda la vida para una pequeña revisión de todas mis dolencias. Por ser precavida, antes de salir de casa me trago un Nolotil ayudado de un buen trago de agua. Todo sea por camuflar los dolores que aún me acompañan.

Me asomo justo antes de salir de casa por la ventana. Estos días el tiempo ha estado mucho más tranquilo, pero como me recuerda el termómetro de la farmacia que alcanzo a ver desde la cocina hace un frío de perros.

Recuerdo entonces que estos días navegando por Twitter había visto una cuenta especializada en climatología diciendo que el vórtice polar se encontraba especialmente débil este año. Lo que sólo podía significar que nos esperaba un invierno especialmente gélido.

Me acuerdo en ese momento de mi marido. Sólo puedo pensar en que sea quien sea la persona que lo tenga retenido, sin duda lo mantiene con vida. La cosa es, en qué condiciones. Más aún con estas temperaturas que nos esperan en los próximos días.

A media tarde he salido de mi consulta. El médico ha quedado bastante satisfecho con mi evolución. Por ende, yo aún más feliz.

Llego a casa muerta de frío. Cierro con doble vuelta de llave a mi espalda. Continúo sin poder fiarme de nadie. Aunque no haya observado nada extraño a mí alrededor después del accidente. He decidido que esta noche no cocinaré. Voy a pedirme una pizza por Glovo y cenaré viendo una película en Netflix.

Al ser jueves noche la aplicación me recuerda que no hay repartidores disponibles en la zona en este momento y que el pedido tardará más de lo normal en llegar. Así que enciendo la calefacción mientras me voy quitando la ropa. Rescato mi Satisfyer del fondo del armario y me meto a la ducha.

Necesito un buen calentón para sacudirme el frío del cuerpo.

CAPÍTULO 13

El día amanece nublado. Un viento gélido me golpea la cara nada más pisar la calle.

Cuando alzo la vista puedo observar un coche arrancado frente a mí. Tras el cristal de la ventanilla del copiloto asoma un Varela sonriente que me saluda con energía.

Monto en el vehículo y automáticamente puedo percibir la potencia de la calefacción que me hace desabrocharme la cazadora.

En el asiento del conductor me sorprende ver a Imanol. El agente que me puso al día en la primera reunión que mantuvimos en comisaría.

Suele encargarse de organizar todos los documentos, archivarlos y así poder tener todo a punto cuando hay que hacer cualquier tipo de consulta. No es de los que suela salir de su despacho.

-Buenos días. ¿Cómo tú por aquí hoy Imanol?

-Nahia me escribió anoche. - dice Varela. - Le comenté que hoy iríamos los tres a visitar a la vecina del valle y después subiríamos hasta la zona de caseríos próxima al pueblo. Pero la hemos tenido que sustituir por Imanol. - comenta Varela. - Nahia necesitaba entrar un rato más tarde para llevar a su madre al médico. Así que he decidido que se quede organizando todo aquí en Donosti.

-Entiendo.

-Pero oye. Imanol es un perfecto profesional eh. No vayas a pensar que es una rata de biblioteca. - Le guiña un ojo.

Continuamos planificando los siguientes pasos que daremos a lo largo de la mañana mientras nos dirigimos a la zona.

Antonia nos recibe en la puerta de su casa. Un intenso humo blanco sale de la chimenea, mientras que en el interior un agradable aroma a pan recién hecho invade toda la estancia.

La anciana nos invita a pasar y sentarnos en la mesa sobre la que hay cuatro tazas y un plato con pastas de té.

-Pero bueno Antonia! Que calor más bueno tiene usted en casa. - comento.

-Si hija. El calor de la leña no tiene nada que envidiar a esas calefacciones modernas que utilizais en la ciudad. Un buen tronco en la chimenea puede darnos calor para todo el día.

-Efectivamente Antonia. - le responde Varela. - Le agradecemos un montón el detalle de las pastas, pero nos gustaría ir al grano. Los compañeros nos esperan en otro lugar.

-Como sois los hombres oye. Siempre con prisa. Está bien, os contaré lo que he podido ver estos días.

Imanol se mete una pasta en la boca. Varela y yo esperamos con ansia el relato de la mujer.

-Resulta que llevo semanas observando un trasiego de gente que no es de la zona dando vueltas por el pueblo. Sobre todo, durante las últimas horas del día. Después llegasteis vosotros, los ertzainas. No hacéis más que dar vueltas por aquí también. Y el otro día me enteré del accidente y de que estaban buscando a su marido.

-Efectivamente Antonia. ¿Has podido verlo en algún momento? - pregunto a la vez que deslizo sobre la mesa una fotografía de Javi.

La anciana la recoge y la observa levantando una ceja.

-No hija. No me parece haberlo visto. Lo que sé seguro es que, si se perdió en el bosque, el Basajaun lo habrá ayudado. Él siempre lo hace, por algo es el Señor del bosque. Además, en cuanto me enteré de todo lo que estaba sucediendo me acerqué a las faldas del monte Aizkorri y le hice una ofrenda a la diosa Mari, para que proteja a tu marido.

-Muchísimas gracias Antonia. Nos está siendo de gran ayuda su relato. ¿Pero ha podido observar por el entorno alguna cosa más extraña estos días?

-No hijo. Solamente lo que les he contado. Pero puedo estar más atenta estos días y que vuelvan a pasarse a tomar un café la próxima semana.

-Genial. Lo tendremos en cuenta Antonia. Además, las pastas estaban muy buenas. Muchas gracias por su colaboración.

Casi como un acto reflejo los tres nos levantamos de la silla a la misma vez. Dando de nuevo las gracias a la anciana abandonamos su casa.

-¡Joder! Menuda pérdida de tiempo colega. - Exclama Imanol.

-La verdad es que bastante. Aunque dice haber observado movimientos extraños últimamente por aquí. - replica Varela.

-No sé si me fiaría demasiado. - contesto yo. - Estas señoras mayores que no han salido nunca del pueblo y que están obsesionadas con la mitología no terminan de convencerme.

Entre diferentes puntos de vista, ponemos rumbo a la zona de encuentro fijada para el día de hoy.

Allí ya nos espera el resto de compañeros del dispositivo. Reconozco rápidamente entre el gentío a Santos y a Jauregui entre otros.

Después de saludar, Varela se encarga de explicar sobre el mapa las zonas de terreno a cubrir por cada uno.

Da diferentes indicaciones y coordina con el grupo de rescate en alta montaña que hoy aprovecharán nuestra presencia para visitar una antigua sima que se encuentra en la zona.

Después de atar los últimos flecos poco a poco los agentes van abandonando la zona cada uno con su cometido. Nosotros esperamos a que el último haya salido para abandonar el lugar.

-Al coche. - indica Varela. - No hay tiempo que perder.

CAPÍTULO 14

Nada más abandonar el aparcamiento cogemos un pequeño camino de cemento rallado. Por el cual no cabe prácticamente ni siquiera nuestro coche. Recemos por que no venga ningún otro en la otra dirección.

Vamos serpenteando ladera arriba, entre pequeñas zonas de pino y zonas extensas de pasto.

El termómetro baja un grado más en los diez minutos de trayecto que tenemos hasta que al fin llegamos a nuestro destino.

Es la entrada a una pequeña zona de antiguos caseríos que probablemente superen los 100 años de antigüedad.

Comenzamos revisando dos pequeños tramos de pinar que se abren a nuestra espalda. Allí se nota la intervención humana. Pequeños montones de troncos apilados que seguro que los vecinos utilizan para calentar sus casas en invierno.

Poco más de media hora después hemos terminado la labor. No hemos observado nada fuera de lo común. Como casi todos los días hasta ahora. Únicamente un silencio casi sepulcral que nos envuelve creando una atmósfera de tensión y que me llama la atención.

Nos dirigimos ahora a las primeras puertas. Vamos llamando una a una sin recibir respuesta.

Un poco más atrás se encuentra el edificio más grande de todos. Tiene tres pisos y parece haber sido reformado no hace demasiado tiempo.

En la parte trasera un puñado de gallinas campan a sus anchas rebuscando semillas y pequeños insectos por el suelo.

Tocamos la puerta en dos ocasiones, pero tampoco recibimos respuesta.

Caemos entonces en que es primer viernes de mes. Día que los baserritarras eligen normalmente para organizar la feria de

productos locales en el mercado de Beasain. Aun así, alguien debería quedar por aquí. Todavía hay un par de casas que no hemos inspeccionado.

La siguiente tampoco nos depara respuesta por lo que nos dirigimos a la última de las edificaciones para salvar la mañana y no volvernos a casa de nuevo con las manos vacías.

Está un poco más apartada del resto y para llegar a la puerta hay que franquear una verja metálica y recorrer cerca de doscientos metros para llegar a la puerta de entrada.

El primero en avanzar es Imanol, seguido de Varela y por último yo, que cierro la verja tras de mí.

Avanzamos poco a poco sobrepasando unos arbustos con pinta de no haber sido podados en bastante tiempo.

Rodeamos un conjunto de aperos de labranza oxidados que se encuentran en nuestro camino cuando se pronto el mundo se detiene.

No pasan ni dos segundos desde que Imanol levanta una mano indicándonos con un gesto que nos detengamos mientras con la otra intenta sacar su pistola de la funda.

Escuchamos en ese instante un sonido metálico que hace que todo salte por los aires.

-¡Al suelo! ¡Al suelo ya! - grita Imanol.

Varela se gira sobre sí mismo a la vez que salta sobre mí para intentar protegerme. Las costillas me dan un calambrazo que me hacen gritar del dolor.

Desde las ventanas del piso superior dos ametralladoras comienzan a escupir balas con furia en nuestra dirección creando un momento de terror insoportable para mí.

Son segundos los que las balas nos pasan rozando. Unas silban en nuestros oídos indicando que acaban de pasar rozando nuestras cabezas mientras otras impactan a escasos centímetros levantando a su paso pedazos de tierra y barro que caen sobre nosotros.

No soy capaz de levantar la cabeza en ningún momento, tampoco es necesario. El Comisario continúa tumbado sobre mí hasta que los disparos cesan.

De pronto el mundo se vuelve a detener. Flota en el ambiente una mezcla de olores entre el acre de la pólvora y una especie de olor a óxido que no logro identificar en un primer momento.

Pasa un eterno minuto hasta que Varela se incorpora. Yo por mi parte continúo cuerpo a tierra, con las manos sobre la cabeza. No logro contener un temblor de puro terror que me recorre todo el cuerpo.

Cuando levanto la vista observo la cara desencajada del comisario con la mirada fija unos metros por delante de él.

Aún en el suelo yace boca abajo Imanol. Es entonces cuando logro identificar el olor a óxido. Pertenece a la sangre. La sangre de Imanol que ahora se encuentra esparcida por el terreno y que aún brota de varios de los orificios que las balas han dejado en su cuerpo.

Varela se acerca corriendo hasta su posición a la vez que me indica que me ponga a cubierto.

Otea el horizonte para comprobar quien se encuentra detrás del tiroteo, pero solo encuentra una aparente tranquilidad al frente.

Yo obedezco de inmediato al comisario y retrocedo hasta la altura de los arbustos.

Le escucho entonces pedir refuerzos a la vez que asistencia médica urgente

Un instante después Varela se acerca a mí y me tiende la pistola de Imanol.

-¿Has disparado alguna vez?- me pregunta.

-Nunca. - le respondo.

-Es igual. Si es necesario cógela fuerte con las dos manos, estira los brazos hacia adelante y aprieta el gatillo. Ahora vigila desde aquí la retaguardia.

Asiento con la cabeza.

-¿Cómo está Imanol?- alcanzo a balbucear.

-Tiene pulso muy débil. No sé si logrará salir de esta.

Vuelvo a asentir.

Varela regresa a la posición de su compañero, desde donde vigila la casa.

Pasan pocos minutos hasta que empiezo a escuchar sirenas de fondo. Varios vehículos de la Ertzaintza se acercan a toda velocidad a nuestra posición.

Uno a uno bajan de los vehículos y comienzan a acercarse a toda prisa hacia el lugar donde nos encontramos. Sortean la verja y llegan a mi posición.

Les hago un gesto con la mano para que continúen adelante, hasta la posición de Varela e Imanol.

Un instante después me llega el murmullo lejano de un helicóptero acercándose a toda prisa. Sólo unos segundos después alzo la vista y veo que se encuentra muy cerca de nuestras cabezas.

Un agente que se encuentra apartado del resto le hace indicaciones al piloto para que descienda a tierra. Es un helicóptero medicalizado que se encargará del transporte de Imanol hasta el hospital.

Unos metros por delante el resto de agentes han tomado posiciones cubriendo todos los ángulos posibles, pero no avanzan.

Cuando pueden garantizar la seguridad, los sanitarios descienden del helicóptero transportando con ellos una camilla. A toda prisa colocan a Imanol encima mientras tratan de contener las hemorragias.

Acto seguido, a la carrera, vuelven por el mismo camino e introducen la camilla en el helicóptero que asciende casi al mismo tiempo que está aterrizando un nuevo helicóptero.

En este caso es de la Ertzaintza. De su interior sale un pelotón de más de diez personas ataviadas todas ellas con casco, chaleco antibalas y fusiles de asalto.

Avanzan todos ellos hasta la altura donde se encuentran desde hace rato los agentes que llegaron primero, intercambian varias palabras y comienzan a avanzar en dirección a la entrada del edificio.

Dos de ellos cubren las ventanas de la planta baja. Otros dos no pierden de vista las de la planta superior, desde donde efectuaron los disparos.

Otro binomio cubre las esquinas del edificio mientras que el resto está preparado para entrar. Con un gesto, el que parece ser el jefe indica que es hora de entrar.

De una patada, la puerta de madera vence y uno a uno van entrando al interior con sus fusiles de asalto por delante.

Rato después, bajo una relativa calma, el walkie de Varela, que se ha acercado hasta donde yo me encontraba, comienza a sonar.

-Comisario, al habla el Oficial Márquez. Todo limpio. Pueden acercarse hasta el interior del edificio. Me gustaría enseñarles algo.

CAPÍTULO 15

Acompañados por un agente de intervención llegamos a la puerta del caserío. Al pasar por el lugar donde han alcanzado a Imanol evito dirigir la vista al suelo a la vez que contengo una pequeña náusea.

Una vez dentro, el Oficial Márquez nos está esperando.

-Comisario. Hemos revisado todas las habitaciones. La casa se encontraba vacía en el momento del tiroteo. Hemos asegurado la zona a la espera de revisar el granero de la parte de atrás.

-¿Pero cómo es eso posible? -protesta Varela.

-En las habitaciones superiores hemos encontrado las dos ametralladoras conectadas a un simple temporizador. En el momento en el que ha llegado a cero, ambas han comenzado a disparar hasta quedarse sin munición.

-¿Y quién ha hecho funcionar el temporizador?

-Los compañeros aún están revisando la zona exterior, pero al parecer tenían conectado algún tipo de sensor que ustedes han activado al cruzar la entrada.

-Jo-der. - exclama.

-Se lo que está pensando Comisario. No cabe duda de que hay alguien muy poderoso detrás. Tienen medios como para complicarnos mucho la vida.

El Comisario le interrumpe mientras se lleva la mano al bolsillo. Saca su teléfono y contesta una llamada.

Se aleja un poco de nosotros mientras le veo gesticular. Su rostro se vuelve aún más serio. Parece despedirse y cuelga.

Al cabo de un rato vuelve pensativo. Agarra su walkie y se dirige a él.

-Santos, Jauregui. Acercaros a mi posición por favor.

Esperamos a que ambos se acerquen a nuestro lugar antes de que Varela comience a hablar. Nos mira uno a uno a los ojos. Hace una larga pausa para respirar y comienza.

-Chicos, lo primero de todo. Necesito que esta información no salga de aquí.

Todos nos miramos sorprendidos. Nadie entiende nada. De pronto suelta la bomba.

-Tenemos serias sospechas de que tenemos un topo infiltrado entre nosotros. Más bien teníamos. Esa persona es Nahia.

Todos nos quedamos boquiabiertos en ese momento.

-No.…- sopesa Jauregui.

-Así es. Ella sabía perfectamente el operativo de hoy, se lo expliqué yo mismo. Anoche se puso en contacto conmigo para decirme que debía ausentarse a primera hora de hoy para llevar a su madre al médico. - hace una pausa.

-Pues bien. Me han llamado de central para informarme de que Nahia no ha aparecido en toda la mañana por allí. Han intentado localizarla en varias ocasiones, pero tiene el teléfono apagado.

-Me caguen la puta...- se le escapa a Santos.

-Han mandado también una patrulla hasta su casa. La puerta estaba abierta cuando han llegado, por lo que han accedido al interior.
En un principio llegamos a pensar en un nuevo secuestro. Pero después han encontrado indicios de una posible huida. Armarios y cajones abiertos, ropa sobre la cama y platos sin fregar entre otras cosas. Por último, su madre ha confirmado que no tenía ninguna cita médica hoy. Eso ha terminado de colocarla en el punto de mira.

-No puede ser. Hija de puta. - sale de mi boca impulsado por una rabia interior.

Todos parecemos negar con la cabeza que algo así pueda ser cierto.

-He mandado cursar una orden de busca y captura. Si por algún casual se pusiera en contacto con alguno de vosotros avisadme urgentemente.

Todos nos hemos quedado sin palabras, congelados en el sitio. De repente la sensación térmica parece haber descendido diez grados de golpe.

Pienso que todo debe tratarse de un error. Ha sido tan cercana en todo momento que no me lo puedo creer. Pero todas las piezas encajan perfectamente.

-Ahora. - continúa Varela- Santos, llévate a Amaia a casa. Necesita descansar. Además, su presencia aquí ahora mismo no es segura.

-Visto jefe.

-Jauregui y yo estaremos aquí hasta que termine el registro. No debería ser demasiado tiempo. Después nos veremos en el hospital. - dice dirigiéndose a Santos.

Se acerca hasta el lugar el Oficial Márquez.

-Comisario. Tenemos asegurada la zona. El personal está preparado para registrar el cobertizo de la parte trasera.

-Adelante. - contesta este.

Santos y yo nos despedimos brevemente y avanzamos en dirección al coche.

Cuando llevamos la mitad de la distancia recorrida un terrible estruendo sacude todo a nuestra espalda.

CAPÍTULO 16

Los cristales de las ventanas estallan en mil pedazos. Trozos de madera y cascotes vuelan por los aires sin control. Una tremenda sacudida a punto está de tirarnos al suelo.

Las alarmas de los vehículos comienzan a sonar con fuerza. Se escuchan gritos en la parte trasera del caserío. Entonces Santos me agarra del brazo y me grita con fuerza.

-Corre hasta el coche! ¡Ya!

Yo le obedezco, ni siquiera me paro un segundo para echar la vista atrás. Él viene tras de mí intentando contactar por el walkie.

-¿Qué coño ha pasado ahora Santos?

-No tengo ni idea, pero no pinta nada bien. Voy a acercarme hasta la casa. No consigo enlazar.

-Te acompaño.

-No Amaia. Tú te quedas aquí, dentro del coche. No sabemos qué ha pasado ahí fuera. Y no es seguro que vengas.

-¡He dicho que voy!- protesto

-Joder. Está bien. Pero ponte el chaleco que hay en la parte trasera. No quiero más disgustos.

Rápidamente obedezco sus órdenes. Me enfundo el chaleco y salgo tras sus pasos.

Aún hay mucho desconcierto cuando llegamos al interior del caserío. Una nube espesa de polvo y humo lo envuelve todo.

Nos cuesta reconocer a Varela entre la gente que se agolpa en la estancia. Lo rodea un grupo de agentes de la sección de intervención.

-Qué coño haces aquí Amaia? ¿No ves que acaba de saltar todo por los aires?

-Por eso mismo he vuelto Comisario. Quiero echar una mano en todo lo que pueda.

-La mejor mano que puedes echar ahora mismo es largarte de aquí.

A pesar de sus palabras me mantengo firme.

-No me voy marchar. ¿Y si mi marido se encontraba dentro de ese cobertizo que acaba de explotar?

Tengo la sensación de haber tocado en la fibra sensible de Varela que parece ceder ante mis palabras.

-No sé ni porqué estás aquí. Pero bueno, mantente en todo momento junto a mí. No te separes para nada y obedece todas mis órdenes. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Sumidos en el caos del momento no hemos visto acercarse al Oficial que se dirige directamente a Varela.

-Comisario. La explosión ha provocado que la estructura de madera se incendie. Necesito a todos sus hombres disponibles para que nos echen una mano hasta que lleguen los bomberos.

Este se dirige directamente al walkie para dar indicaciones e inmediatamente me hace una señal para que le siga.

Llegamos a la parte trasera del edificio principal. Una llamarada acompañada de una gran columna de humo asciende varios cientos de metros en el cielo.

Varios agentes parecen heridos, principalmente cortes superficiales a causa de los cristales que han salido disparados. Ni siquiera ese motivo hace que cesen en sus labores. Ayudados de algún cubo que han encontrado en la finca e improvisados batefuegos se afanan en que las llamas no se extiendan a otras zonas aledañas.

Veinte minutos después llegan los primeros bomberos desplegando en escasos segundos todo su arsenal.

Un rato más tarde, parece que dan por concluido su trabajo. Aunque continúan refrescando la zona, las llamas y el humo han desaparecido por completo.

Varela dirige la escena unos metros más atrás. Pasan a su lado diferentes policías. Él da órdenes, dirige y escribe diferentes anotaciones en una libreta.

El reloj marca las cinco de la tarde. El sol comienza a esconderse tras las laderas del Aizkorri y nosotros, que aún no hemos parado a comer, continuamos al pie del cañón. La temperatura está descendiendo por momentos. Un escalofrío recorre mi espalda erizando los pelos de todo mi cuerpo.

En ese preciso momento se acerca a nosotros el inspector Jauregui que viene directamente del interior de lo poco que ha quedado de cobertizo.

-Jefe. ¿Podemos hablar un momento?

Se apartan unos metros de mí, cruzando palabras que no logro distinguir con claridad hasta que el Comisario se dirige a mí.

-Vuelvo en dos minutos. No te muevas de aquí.

Se alejan en dirección al esqueleto de hierro y madera que ha quedado tras el incendio hablando entre ellos hasta que los pierdo de vista.

Aprovecho para echar un vistazo a mi teléfono móvil pero como me esperaba, no tengo cobertura.

Exactamente dos minutos después, como había prometido, regresa Varela y parece que trae noticias. Me tiende una bolsa de plástico transparente con diferentes utensilios en el interior. Es un EPI para no contaminar la zona.

-Ponte esto Amaia. En cuanto estés lista vas a entrar conmigo y con este agente de científica al interior del cobertizo.

Saco del interior de la bolsa un par de cubre calzados, una bata de papel desechable, mascarilla, un protector para el pelo y guantes de látex. Me coloco uno a uno todos los complementos y nos ponemos en marcha.

Justo antes de entrar me entregan una linterna y me advierten.

-Por favor, no toque nada de lo que encuentre dentro y tenga cuidado donde pisa, podría haberse daño.

El aire dentro es denso. Una mezcla de olores flota junto a pequeñas partículas de ceniza que se pegan a la ropa y a la piel. Observo como criminalística está haciendo su trabajo, en completo silencio. Recogen muestras de suelo y paredes. Utilizan láseres especiales para tomar medidas. Pero lo que más me sorprende es lo que aparece ante mis ojos.

-Amaia, en una primera inspección no hemos encontrado evidencia de que hubiese personas en el interior, por lo que pensamos que Javi no se encontraba aquí.

Trago saliva con dificultad, la mascarilla me molesta, pero no parpadeo esperando explicación. Todo mi alrededor parece moverse a cámara lenta.

-Cómo puedes observar, estos son los restos de un vehículo que estaba escondido en el interior. La pintura prácticamente ha desaparecido. Quien quiera que haya sido se molestó en retirar las matrículas y limar el número de bastidor. Pero lo que no han podido ocultar, simplemente por la estructura de la carrocería es el modelo de coche.

No hace falta que nadie me lo diga, ya sé la respuesta. Aun así, pregunto.

-Y cuál es?

-Claramente la silueta es la de un Ford Kuga señora. Si no estoy equivocado, el modelo que conducía su marido- señala uno de los policías de criminalística. - Ahora lo que debemos hacer es buscar posible ADN y alguna otra señal que nos haga llegar hasta él.

-Muchas gracias... Hagan todo lo que esté en sus manos por favor... Se lo ruego. - alcanzo a decir antes de derrumbarme.

-Le prometo que así será.

Varela me abraza con delicadeza.

-Vamos Amaia. Es momento de ir a descansar y dejar que estos hombres hagan su trabajo.

Juntos abandonamos el lugar.

Una vez fuera me quito todas las prendas de protección y nos despedimos de la gente que queda trabajando en la finca. Avanzamos hasta el coche, en el que ya se encuentra Santos. Nos montamos y ponemos rumbo a casa. Ha sido un día agotador.

Por primera vez desde que se inició la búsqueda tengo la sensación de estar más cerca de encontrar a Javi. Una chispa de esperanza me recorre.

CAPÍTULO 17

De vuelta en el barrio decido hacer una visita a Paco, el camarero de mi bar de confianza. Un lugar que antes solía visitar con más asiduidad pero que aún sigue siendo parte de mí.

Paco lleva detrás de la barra desde que tengo uso de razón. Es más que un simple barman para mí. Se trata de mi confidente en los momentos más complicados.

-Paco! ¡Buenas tardes! ¡Hacía tiempo que no pasaba por aquí!

-¡Y tanto Amaia! Te echaba en falta. Menudo lío hay montado. Lo primero que hago todas las mañanas es leer el periódico para saber si hay novedades.

-Estoy desmayada Paco. No he comido nada desde las 9 de la mañana. Así que ponme esos dos pinchos de chistorra que tienes ahí, una caña y ya te cuento anda.

-Maaaarchandoo!

Me cuesta cerca de dos horas ponerle al día de todo. En este rato me ha dado tiempo a tomarme varias cañas, la mitad de ellas invitadas por Paco.

Cuando por fin me levanto del taburete, necesito sostenerme con una mano de la barra. Hacía tiempo que no me bebía tal cantidad de alcohol, cosa que no me ayuda ahora que el suelo parece moverse bajo mis pies. De igual forma el tener el estómago casi vacío y la mezcla de medicamentos que llevo días tomando, contribuyen al pedo que acabo de agarrar.

Me despido de Paco, que me dice que vaya con cuidado, pero sabe que no tendré problema en llegar a mi casa que se encuentra al otro lado de la calle.

Cuando llego al portal rebusco en mis bolsillos hasta dar con el manojo de llaves y abro la puerta. Me tengo que abrazar al pasamanos para ayudarme a subir las escaleras. Lo único positivo de

la borrachera que llevo es que los dolores que sufría parecen haber desaparecido.

Al entrar en casa cierro la puerta con las dos vueltas de llave que se han convertido en reglamentarias últimamente y me desnudo.

Lanzo la ropa por todas partes pensando en que ya lo recogeré todo mañana y me pongo el pijama. Lo siguiente que hago es asaltar la nevera, aunque encuentro poca cosa. Me recaliento en el microondas dos trozos de la pizza que me sobró de la cena de ayer y lo engullo. Me abraso la boca al intentar masticarlo, pero me da exactamente igual en este momento.

Meto el plato al lavavajillas y como no es demasiado tarde aún, me recuesto en el sofá y abro TikTok. Los vídeos pasan unos detrás de otro en mi pantalla y cuando me quiero dar cuenta, los párpados me pesan toneladas y me cuesta un mundo mantenerlos abiertos.

De pronto me despierto sobresaltada. No sé si es parte de mis sueños o es realidad, pero tengo la sensación de que alguien está intentando abrir la puerta de mi casa.

Dudo un primer instante de donde proviene el sonido, aunque tardo escasos segundos en confirmar que el sonido proviene de mi puerta y no de mis sueños. Así que me levanto de un salto del sofá y me dirijo a la cocina.

No puedo perder el tiempo, debo apresurarme y armarme como me sea posible para hacer frente a la amenaza que se yergue frente a mí. Rebusco rápidamente en el cajón de los cubiertos y escojo de entre todos los cuchillos el más grande de todos. A continuación, hago lo mismo con el armario de las sartenes y cuando creo estar lo mejor armada posible me dirijo hacia la puerta de entrada.

Parece que la persona que se encuentra al otro lado continúa insistiendo. Salgo de la cocina y recorro a toda prisa el pasillo con la mala suerte de acabar tropezando con la alfombra. Suelto el cuchillo en un acto reflejo que cae sobre el parqué produciendo un potente ruido.

Yo contengo la respiración por un instante. Continúo tirada sobre la alfombra como si estuviese petrificada y afino el oído todo lo posible. Creo reconocer un puñado de pasos apresurados alejándose escaleras abajo. Quién fuese el que estaba al otro lado parece que ha decidido escapar.

Rápidamente me incorporo y voy corriendo hasta la ventana. Me asomo para intentar descubrir de quién se trataba, pero parece que he llegado tarde. La calle está en silencio total y solamente un gato callejero parece querer llamar la atención.

Apoyo ambas manos en el radiador, me paro a coger todo el aire posible y realizo inspiraciones profundas intentando en vano bajar el ritmo de mi corazón. Cierro un momento los ojos e intento dejar la mente en blanco, pero no lo consigo.

Ha sido con diferencia el día más complicado desde que empezó todo esto. Pienso en Javi, en si aún lo mantendrán con vida. Pienso en Imanol y en cómo debe de estar luchando en el hospital para seguir adelante. Pienso en el accidente y la suerte que tuve. Pienso en lo que acaba de suceder en mi propia casa. Son muchas sensaciones que se atropellan en mi cerebro.

De pronto siento que no puedo más. La ansiedad mezclada con los litros de cerveza que me he bebido parecen pedir paso.

Una potente náusea me recorre el cuerpo. No me queda más remedio que dirigirme al baño. Me doblo sobre mí y meto la cabeza en el retrete. Un nuevo espasmo hace que todo el contenido de mi estómago salga de vuelta, dejándome una sensación amarga en la boca.

Decido entonces encender la ducha, dejar que corra el agua unos segundos antes de quitarme el pijama y meterme bajo el chorro de agua ardiendo que consigue calmarme un poco y devolverme a un estado de relativa calma.

Una vez terminado, meto el pijama usado en el cubo de la ropa sucia que se encuentra ya cerca de desbordarse y me dirijo a la habitación. Abro el cajón de los pijamas y saco uno. Hago lo mismo

con el cajón de la ropa interior. Acto seguido, aún con el pelo húmedo, me meto en la cama con la sensación de que sin Javi es mucho más fría.

Aprovecho para revisar mensajes y dejar la mayoría en visto. Un montón de gente me sigue enviando enlaces a las noticias de los periódicos que hablan sobre el caso. Tras esto decido enviar un mensaje a Varela preguntando sobre cómo se encuentra Imanol.

✓ Varela, que tal está la cosa por el hospital?

>Bueno....

>¿Puedo llamarte o es tarde?

Antes de responder, le llamo yo. Al segundo tono coge la llamada.

-¿Amaia? ¿Cómo te encuentras?

Yo, que tras la ducha me encuentro mucho mejor, dudo si contarle que han intentado entrar en mi casa. Pero primero quiero saber qué tal se encuentra Imanol.

-Yo bien Comisario. ¿Pero Imanol, que tal está?

-No voy a engañarte Amaia. La situación es verdaderamente complicada. Los médicos que le atendieron in situ consiguieron estabilizarlo mientras lo transportaban en el helicóptero.

Respiro con cierto alivio.

-Pero al ingresar por Urgencias sufrió una parada cardiorrespiratoria. Tras muchos intentos los médicos consiguieron devolverle el pulso y automáticamente lo bajaron a quirófano. Han sido muchas horas de intervención, pero parece que dentro de la gravedad extrema han conseguido estabilizarlo. Ahora mismo se encuentra en la UCI intubado y vigilado en todo momento. Mañana temprano volverán a intervenirle.

-Joder, pobre Imanol. - son las únicas palabras que logro formular.

-Amaia, la situación es crítica. Ha recibido 9 impactos de bala. Dos de ellos han afectado a un pulmón y el hígado. El resto en extremidades son un poco menos preocupantes pero la cosa pinta

muy muy mal. Nosotros tenemos que dar gracias del milagro que es el haber salido ilesos del tiroteo.

-Totalmente- alcanzo a decir.

-También quiero comentarte algo. Mañana no montaremos dispositivo de búsqueda. Estamos a la espera de los análisis de criminalística para dar el siguiente paso y además creo que como jefe debo estar al lado de Imanol y su familia ahora mismo. Cuando sepamos algo más te lo haré saber.

-Estoy de acuerdo Varela. Creo que es lo más prudente ahora.

-Ahora descansa. El día de hoy ha sido duro física y mentalmente y tú no estás al 100% aún. Tómate el día de mañana con calma.

-Lo intentaré. - le digo. - Por cierto, se sabe algo más de Nahia.

-Nada. Es como si se hubiera esfumado. Ni señal de teléfono, ni cámaras de vigilancia. Nada.

-Pedazo de zorra. ¿De qué conocía a mí marido? Dímelo tú.

-La verdad que ahora mismo no puedo responderte. Pero creo que, aunque ella no es la culpable como tal, si que puede estar relacionado. Vamos a ser cautos Amaia. Todo este embrollo se va a solucionar ya lo verás.

-Gracias por todo Varela. Me marcho a dormir. Mañana hablamos.

-Buenas noches Amaia. Descansa.

PARTE III

CAPÍTULO 18

No sé en qué momento he dejado de sentirme a salvo en mi propia casa. No he podido pegar ojo en toda la noche barajando la posibilidad de que el atacante regresase de nuevo.

Cada pequeño ruido alteraba mi sueño. Creo haber visto en mi reloj de muñeca todas y cada una de las puñeteras horas de la noche.

Hoy, que por fin había decidido despertar sin alarma, es el día que más pronto me levanto de la cama, así que tendré que aprovecharlo.

Comienzo con mí café reglamentario. Hoy lo necesito especialmente cargado. Pongo una lavadora, paso el aspirador y quito el polvo.

A las 10 de la mañana he terminado todas mis labores, así que me dispongo a llamar a Varela.

-Buenos días Señor Comisario. ¿Qué tal ha ido la noche?

-Buenos días Amaia. Estoy de nuevo en el hospital. Ninguna novedad por aquí. Lo cual no es malo dadas las circunstancias. Acaban de bajar a quirófano a Imanol hace un rato.

-Desde luego. Seguro que sale de esta.

-Ojalá, es uno de mis mejores hombres. Por cierto, Amaia, tengo el informe preliminar de criminalística. ¿Te apetece tomar un café y lo comentamos?

-Por supuesto! Pero... estoy sin coche, ya sabes.

-Es cierto. Que tonto.

-Lo que puedo hacer es cogerme el autobús. Justo en diez minutos sale de aquí la línea que sube directa al hospi. Estaría sobre las once y media.

-Muy bien. Pues aquí estaremos. Pégame un toque al llegar y bajo directamente a la cafetería.

-De acuerdo.

Cuelgo el teléfono y me preparo a toda prisa, si pierdo el autobús de menos veinte tendré que esperar cuarenta minutos hasta el

siguiente.

Finalmente me sobran cuatro minutos y medio, pero dadas las circunstancias de ayer, decido apurar al máximo el tiempo dentro de casa.

En el momento de salir por la puerta echo un último vistazo por la ventana, todo tranquilo afuera. Otro vistazo por la mirilla antes de abrir, todo en su sitio. Puedo entonces emprender la marcha.

Al pisar la calle noto como el clima ha cambiado radicalmente. El viento sur se ha apoderado de la atmósfera, haciendo que la temperatura se dispare. Hemos pasado de pleno invierno a un día de lo más primaveral.

Con una sincronización impecable llego a la parada del autobús en el mismo instante en el que el conductor está abriendo las puertas.

Saco mi tarjeta y la acerco al lector. Saldo insuficiente indica la pantalla. "Mierda" mascullo para mi interior. Me toca entonces rebuscar la calderilla en mi cartera para pagar el billete en metálico, cosa que me da mucho coraje puesto que el viaje casi duplica su precio.

Las paradas van pasando una detrás de otra. Los semáforos en rojo detienen nuestra marcha en un par de ocasiones y treinta y cuatro minutos después estoy plantada frente a la puerta principal del hospital.

El suelo está hecho una porquería llena de papeles al igual que la cristalera de entrada y varios de los bancos que se encuentran por la zona, repletos de pegatinas y carteles reivindicativos tras la huelga de la semana anterior convocada por los médicos.

Antes de entrar saco mi teléfono y marco el número de Varela, pero antes de que suene el primer tono le veo aparecer por el hall principal.

Me hace una señal con la mano. Interpreto que es una especie de saludo así que cruzo la puerta automática que se abre ante mí presencia.

-Ya estoy aquí. Que tortura de bus. Sigo sin poder entender porque en alguna calle hay paradas cada cincuenta metros. ¿Es que la gente no puede andar un poquito? Luego que cada día somos más vagos. No me extraña. - protesto.

Varela esboza una sonrisa.

-Vaya, parece que te has levantado guerrera hoy Amaia.

-¿Pero no crees que es verdad?

-Totalmente. No te voy a engañar. ¿Vamos para la cafetería? Nos está esperando allí Santos.

-Claro, vamos para allá.

Nos encaminamos por un largo pasillo, siguiendo los carteles que indican la dirección correcta para llegar a la cafetería hasta darnos de bruces con la entrada.

Al llegar saludo a Santos y le pregunto si quiere tomar algo, a lo que me responde que ya acaba de pedir y está esperando a que le sirvan.

Pregunto también a Varela y le pido los dos cafés acompañados de un pincho de tortilla para cada uno a una joven camarera que se encuentra al otro lado de la barra. Una vez pagado, me dirijo a la mesa para sentarme con los dos policías.

-Y bien... ¿Por dónde empezamos? - suelto sin rodeos.

-Joder Amaia, tú cómo siempre. No has esperado ni a qué nos sirvan los cafés. - me replica Santos con una sonrisa.

-Hoy me he levantado con energía, no sé. Además, creo que cada vez estamos más cerca de resolver todo esto. ¿Qué dicen los informes Varela?

-Bueno pues, vamos al lío.

Varela saca del bolsillo de su chaqueta una tablet y la coloca sobre la mesa. La desbloquea y navega en la pantalla antes de comenzar a hablar.

-Tengo aquí el informe de los compañeros de criminalística. Recién salido del horno. Han estado trabajando durante toda la noche si descanso, sobre el terreno y en los laboratorios.

En ese momento la joven nos trae nuestros cafés y los pinchos de tortilla. Le damos las gracias y continuamos. Tengo las manos sudorosas de la tensión.

-Nos han podido confirmar que efectivamente el vehículo calcinado es el de tú marido. No ha aparecido ningún rastro de ADN, ni suyo ni de ningún otro individuo. Parece que utilizaron una pequeña cantidad de explosivo C-4 acompañado de acelerante tipo gasolina para ayudar a que el fuego se extendiese con rapidez.

-¿Y a ese tipo de explosivo tiene acceso cualquiera?- pregunto.

-La verdad es que no. En nuestro país solo un reducido grupo de personas lo utiliza. Por lo que debemos investigar de donde ha podido salir.

Santos no pierde detalle. A mí me cuesta un poco más entender las explicaciones, pero poco a poco voy procesando.

-Por otra parte. Las dos ametralladoras que utilizaron son de fabricación alemana, aunque las utiliza el ejército. Parece que fueron robadas hace meses del cuartel de Munguía, en la provincia de Vizcaya. Para terminar, han localizado dos pulsadores ocultos en el suelo que se activan por presión. Uno en la entrada de la finca y otro frente al cobertizo.

-¿Resumiendo?- pregunto desconcertada.

-Pues básicamente todo apunta a que el caserío fue hasta hace unos días el punto seguro de la banda. Viéndose cada vez más presionados con nuestros avances y muy probablemente con el chivatazo de Nahia tuvieron que abandonar la finca, pero decidieron antes demostrar su fuerza sabiendo que apareceríamos por allí tarde o temprano.

Muchas preguntas rondan mi cabeza. Intento ordenarlas antes de dispararlas contra el Comisario.

-Entonces ya no cabe duda de que hay una banda organizada detrás de esto?

-Desde luego. Y muy potente.

-Nahia está de su parte?

-Eso parece. -contesta el comisario con sorprendente tranquilidad. -Ahora que lo mencionas, por cierto. Me ha llegado información de la central en la que han podido descubrir que la tarde antes de desaparecer la muy perra sacó más de quince mil euros de su cuenta. Por lo que ya tenía todo pensado.

-Asquerosa...

Parto un trozo de tortilla con el tenedor y me lo meto en la boca. Está sorprendentemente buena para ser una tortilla de la cafetería de un hospital. Mis acompañantes realizan la misma operación, engullendo con cierto nerviosismo.

-Amaia, ahora debemos subir. Si todo ha ido bien deberían haber terminado con la intervención de Imanol. Ya sabes que solo pueden entrar dos personas. ¿Me esperas aquí abajo y en un rato vamos a dar un paseo? Necesito despejarme.

-Genial Varela! Creo que a mí también me vendrá de maravilla. Sólo espero que todo haya salido como debe. En cualquier caso, infórmame con lo que sea, por favor.

-No lo dudes Amaia. Dame diez minutitos y estoy. ¿Vale?

Cuando desaparecen por el fondo del pasillo me levanto de la silla y me pido el tercer café de la mañana.

Una vez más les he ocultado información importante. Primero las cartas, ahora el intento de allanamiento en mi propia casa... Me siento mal por ello. Quizás sea el momento de contárselo al Comisario.

CAPÍTULO 19

-La operación ha ido bien. - comenta el comisario nada más verme.

Estoy frente a las escaleras del hospital cuando él aparece por el hall principal.

-Que buena noticia!

-La verdad es que sí. Pero no puedo sacarme de la cabeza la idea de que debería ser yo el que estuviese en su lugar. No sé por qué él fue en primer lugar al entrar a la finca.

-No digas bobadas Varela! Podríamos haber sido cualquiera de los tres.

-Sí, pero...

-¡Ni pero ni nada!- le interrumpo.- Podría ser culpa mía también al estar allí. Si no hubiese estado tú no irías detrás suyo protegiéndome.

-Eso no podríamos saberlo.

-Bueno pues eso Varela. Déjalo. Lo importante ahora es que todo salga lo mejor posible.

-¡Que rabia joder!- exclama el Comisario.

Sin decirnos nada el uno al otro nos hemos encaminado hacia la calle y estamos paseando por la urbanización aledaña al recinto del Hospital.

-¿Hace buen tiempo verdad? - comenta el comisario.

Yo le dirijo la mirada sin saber muy bien si tengo o no que contestar. En mi interior continúa el runrún de las malditas cartas y el intento de entrada en casa por la fuerza.

-¿Te apetece que bajemos a dar un paseo por la Concha? Creo que tenemos que desconectar de todo, aunque sea por un rato.

-Pues sí. ¿Por qué no?

Al rato nos encontramos paseando tranquilamente a orillas del Cantábrico mientras charlamos desinteresadamente de nuestras

vidas. En mi caso de lo que era mi vida hasta hace escasos días. Una vida totalmente normal como madre de familia casada y con su trabajo estable desde hace años.

En el caso del Comisario Varela me cuenta que se separó hace un par de años y que desde entonces ha conocido a varias mujeres, pero no ha conseguido congeniar con nadie. Le encanta hacer deporte, cosa que ya intuía viendo su físico y que desde niño quiso ser policía.

Cuando nos queremos dar cuenta se nos ha hecho demasiado tarde, por lo que le sugiero al Comisario que me acerque a casa.

-Y si picamos algo en la Parte Vieja? - propone él.

-Te lo agradezco un montón Varela, pero quiero descansar. Ayer no pasé una noche muy allá.

-¿Estás bien?

-Sí... Es que... No puedo dejar de pensar en Javi...- miento.

-Es normal Amaia. Es una situación muy jodida, pero vamos a confiar.

-Ya no sé qué pensar- respondo con verdadera pena.

-Mira, te digo una cosa. Es normal que pienses que no vamos a encontrar a Javi. Hay muchas desapariciones que nunca llegan a resolverse. Pero primero cuando te atacaron y te sacaron de la carretera y después con el tiroteo. Eso nos hace pensar que estamos en el camino correcto. Es más, están nerviosos y es cuestión de tiempo que cometan un error. Y ahí vamos a estar nosotros para rescatar a Javi.

Hago una señal de agradecimiento intentando no derrumbarme. Hacía días que había construido una coraza a mi alrededor, pero hay momentos en los que una se viene abajo.

Varela entonces me abraza con delicadeza. Es la primera vez desde que no está Javi que tengo el contacto de un hombre. Y la sensación de calma que me produce por otra parte me llega a incomodar. Pero me dejó llevar y yo también le abrazo.

Pasan al menos treinta segundos hasta que ambos damos un paso hacia atrás y en completo silencio, sin ni siquiera mirarnos a los ojos como si nos diese vergüenza nos dirigimos juntos al coche.

Ponemos la radio al subir, con la suerte de que en ese preciso instante estén hablando sobre el caso.

-¿Quieres que lo quite? - pregunta Varela.

-Es igual. Vamos a ver que dicen.

Cruzamos la ciudad sin articular palabra. Ambos pendientes de una radio en la que tampoco acaban contando demasiado antes de pasar a la siguiente noticia.

Cuando me quiero dar cuenta estamos bajo mi casa. Doy las gracias al Comisario por haberme acercado y abro la puerta para bajar.

Antes de cerrar Varela me interrumpe.

-Amaia, gracias a ti por haberme acompañado este rato. Necesitaba despejarme y contigo lo he conseguido.

-No des las gracias anda. A mí me ha venido genial también.

Él sonríe.

-Estamos en contacto. Agur.

-Agur.

Cierro la puerta del vehículo y subo a mi casa.

Antes de haberme quitado el segundo de mis zapatos suena mi teléfono. En la pantalla dos palabras: Comisario Varela.

-Amaia, ¿estás en casa verdad?

-Pues claro. Acabas de dejarme aquí hace menos de 3 minutos.

-Muy bien. Paso a buscarte ahora mismo. Prepárate.

Noto tensión en sus palabras y automáticamente yo entro en alerta.

-Vale, ¿pero no me puedes decir qué coño pasa Varela?

-Te cuento de camino, no tardes.

CAPÍTULO 20

Sin pensarlo empuño con mi mano derecha mi bolso y salgo dando un portazo. Bajo las escaleras de dos en dos. Es un milagro que no acabe rodando.

Cuando salgo del portal y alzo la vista puedo ver cómo el coche de Varela ya está ahí esperándome con él al volante.

-¡Corre Amaia! ¡Rápido, rápido!

-¡Coño que ya voy!

Cierro la puerta a mi espalda y no he llegado a ponerme el cinturón cuando Varela ya ha pisado el acelerador a fondo.

-¿Que narices pasa Varela? ¿Puedes contármelo ya?

-¡Claro! Pero es que no he tenido tiempo aún. Si es que según estaba volviéndome para casa me ha llamado Santos al teléfono para contarme.

-¿Para contarte qué? - le interrumpo. - ¿Quieres contarme de una vez?

Varela, concentrado, agarra con fuerza el volante mientras no quita ojo a las líneas de la carretera, que van avanzando delante de nuestros ojos a toda velocidad. El potente motor de su BMW ruge con fuerza bajo el capó como si quisiera salirse de su lugar.

-Hazme el favor Amaia. Saca de la guantera el rotativo azul y colócalo sobre el techo. Sin miedo, no va a salir volando, es magnético.

Yo le obedezco, pero resoplo ante su pasividad.

-Ya está. ¿Quieres decirme dónde vamos? ¿Qué está pasando?

-¡Tranquila mujer! Claro que te lo voy a contar. De todas formas, lo vas a ver en un momento.

-Y tanto que un momento Varela. Vamos a 160 por la Nacional.

-Es importante que lleguemos cuánto antes.

Pongo los ojos en blanco. Varela sin quitar ojo de la carretera sabe que me estoy mosqueando.

-Ha aparecido una niña de unos catorce o quince años a escasos kilómetros del caserío. Por eso vamos a toda prisa.

-Pero, ¿qué ha aparecido cómo?

-Pues no sé mucho más Amaia. Sólo que tenemos que darnos prisa en llegar. Parece que está herida y la van a trasladar cuanto antes al hospital.

-Entonces... ¿Está relacionado con la desaparición de Javi? ¿Ella también estaba secuestrada?

-Mira Amaia, no tengo una bola de cristal. Y te acabo de decir que no sé mucho más. Por eso estamos de camino, para ver qué más datos podemos sacar. Pero tiene pinta de que sí, que algo está sucediendo en el valle y mucha casualidad sería que no esté todo conectado.

Yo me mantengo a la escucha, en silencio, procesando las palabras que va diciendo el Comisario.

Casi como por arte de magia nos encontramos cogiendo el desvío por la carretera donde hace escasos días alguien quiso quitarme de en medio. De pronto nos adelanta una ambulancia que avanza aún más deprisa que nosotros.

Atravesamos el cruce donde yo misma me desvíe intentando esconderme de mi atacante y un minuto después nos encontramos frente a un control de carretera. Nos da el alto un jóven, al parecer del departamento de tráfico de la Ertzaintza.

-Buenas tardes. La carretera se encuentra cortada al tráfico.

-Coño, ¿pero no ves el rotativo encima del coche? - responde molesto Varela.

Este, rebusca en el bolsillo de su pantalón vaquero, saca una tarjeta y se la tiende al joven Ertzaina, que parece avergonzarse bajo su visera.

-Perdone Señor Comisario. Pueden pasar, por supuesto. Y que tengan un buen día. - dice a la vez que le devuelve la identificación.

-¡Igualmente!

Varela acelera de nuevo y atravesamos el control policial. Más adelante, a unos trescientos metros ya se puede intuir un movimiento inusual.

A la misma velocidad que hemos venido nos bajamos ambos del coche mientras al pie de la carretera ya se encuentra esperando Santos.

-Cuéntame, que ha pasado. - se dirige Varela hacia él. - Y tú cómo siempre, no te separes de mí. - dice girándose hacia mi posición.

-Lo que le he comentado hace quince minutos Comisario. Ha aparecido una niña de entre unos catorce a dieciséis años aquí, al borde de la carretera. Podría haber sufrido un atropello. Tiene heridas por abrasión y múltiples contusiones. Parece que está viva de milagro. Un conductor de Ordizia que volvía del trabajo la vio y dio el aviso.

-Vamos a ver la escena. No hay tiempo.

-Está bien Comisario. Es aquí a la izquierda, al lado de la ambulancia.

Los tres nos acercamos lo suficiente para poder observar, pero sin estorbar a los ertzainas y los sanitarios que están trabajando sobre el terreno.

Puedo observar los cabellos rubios y exageradamente largos de la niña. De piel blanca como la nieve y vestida únicamente con una blusa vieja y roída que está hecha una porquería. Alcanzo a ver sus pies desnudos y las plantas de estos completamente negras. Como si hiciese una eternidad que no utiliza calzado.

Sólo puedo pensar en mi marido. Si todo está relacionado puedo imaginar que lo tengan en las mismas condiciones que a esta pobre niña.

Los sanitarios tratan de colocarla sobre una camilla portátil a la vez que otro de sus compañeros le coloca una mascarilla con oxígeno. Rápidamente la introducen en la ambulancia y cierran el portón trasero.

A escasos metros, sobre un terreno que linda con la carretera puedo ver a dos agentes que están cambiándole la batería a un dron antes de volver a ponerlo en marcha.

-Santos. ¿Han encontrado algo por la zona? - pregunta Varela.

-Nada Comisario, por el momento sólo tenemos la llamada del hombre que la encontró y a la propia niña. Han comentado que podría tratarse de una jóven europea pero tampoco llevaba documentación encima.

Mientras Santos habla se acerca otro agente hasta donde nos encontramos nosotros.

-Buenas tardes. Ertzaina de Primera González.

-¿Cómo que de Primera?- pregunto extrañada.

-Es el empleo. - me indica Santos.

Este comienza a darnos algún detalle más.

-Mi compañero y yo hemos sido los primeros en llegar al lugar. Hemos podido observar como tenía marcas en la muñeca, como si la hubiesen tenido retenida.

-Nos cuadra.

-Efectivamente. También podría ser que le hubiesen administrado alguna sustancia según nos han dicho los sanitarios. Tenía un hematoma grande en uno de sus brazos junto a lo que parecían pinchazos de alguna aguja.

-¿Estaba consciente cuando llegasteis?

-No, ya estaba así. Tampoco podemos saber con exactitud ni como ha terminado aquí ni cuánto tiempo podría llevar.

-Ya... No es una zona demasiado transitada, además. - puntualiza Santos.

-Los compañeros- hace una indicación con la mano. - han desplegado drones de observación por la zona. Analizaremos con detenimiento las imágenes y se las pasaremos.

-Muchas gracias. Estaremos por aquí un rato más, cualquier novedad avisadnos cuanto antes por favor.

-Por supuesto Comisario.

Continuamos un rato más allí dejando trabajar a los diferentes profesionales hasta que finalmente el sol se esconde tras el Txindoki.

Despliegan focos para poder continuar trabajando. Nosotros, después de que González nos comente que de momento no hay ninguna novedad, recogemos y regresamos, esta vez con más calma a Donosti.

-Voy a pasarme por el hospital, a ver qué tal evoluciona Imanol y a gestionar alguna cosilla de la chica que ha aparecido. ¿Te vienes o prefieres que te deje en casa?

Me lo pienso por un instante. Pero finalmente acepto la propuesta.

CAPÍTULO 21

Nos cuesta un buen rato conseguir aparcar a nuestra llegada. Lo hacemos finalmente en la parte trasera, por lo que nos toca rodear todo el edificio hasta la entrada.

Lo hacemos en silencio, como si ya hubiésemos hablado todo lo que teníamos que hablar. Pero los sobres lacados siguen rondando mi cabeza. No hemos hablado todo.

Cruzamos las puertas automáticas de la entrada.

-¿Dónde vamos primero? - pregunto.

-Vamos primero a ver qué tal está Imanol. Después nos encargamos de la chica. Además, no creo que haga mucho tiempo que ha llegado la ambulancia.

-¿Pero podemos entrar dos personas a la vez?

-Mierda, es cierto. - responde Varela rascándose la frente.

-No te preocupes, sube tú. Yo voy a aprovechar para llamar a mi madre y te espero aquí, ¿vale?

-Okey. No tardo.

Hablo después de días al fin con mi madre. Y por supuesto con mi hijo. Quién gracias a sus compañeros, o más bien a los padres de sus compañeros de clase está al tanto de la historia de su padre.

Me siento una madre de mierda por no haberle contado yo todo a su debido momento. Aunque según cuenta mi madre no lo está llevando tan mal como podríamos esperar.

Me cuesta un rato reaccionar después de despedirme y colgar la llamada. El nudo en mi estómago que parecía haberse ido diluyendo poco a poco en los últimos días, regresa como un puñetazo.

Estoy tan metida en mi mundo que me cuesta tiempo darme cuenta que Varela me está haciendo gestos desde la entrada. Al fin me dirijo hasta él.

-Imanol sigue en la UCI. - me suelta sin necesidad de preguntar. - Lo mantienen en coma inducido, aunque ha respondido bien a las operaciones.

-Bueno... no es algo negativo... al menos. - intento sonar convincente sin lograrlo.

-¿Subimos o qué?-comenta Varela evitando hablar del tema.

-Vamos sí. Que empieza a refrescar aquí fuera además.

Juntos nos encaminamos hacia el mostrador de recepción. Allí nos recibe con una bonita sonrisa una joven de pelo claro.

-Buenas tardes, ¿en qué podría ayudarles?

-Buenas tardes. Soy el Comisario Varela de la Ertzaintza. Ha ingresado hace menos de una hora una chica joven que estaba inconsciente. Se encontraba indocumentada y sin acompañante.

-Un segundo por favor. Voy a echar un vistazo.

Observo como navega en el ordenador mientras teclea letras que no consigo ordenar desde donde alcanzo a ver.

-Mmm... No encuentro nada. Dejadme un momento que hago una llamada.

La jóven descuelga el teléfono y marca una de las extensiones que tiene escrita en el lateral del aparato.

Al cabo de dos minutos cuelga.

-Vale, lo tengo. Podéis dirigiros a la sala de espera de Urgencias. Aunque seguramente tengáis que esperar un rato. Marcad el -1 en el ascensor y cuando se abra la puerta y salgáis coges el pasillo de la izquierda y todo recto.

-Genial.

Varela le da las gracias y obedecemos sus indicaciones.

-¿Por qué tendremos que esperar?- pregunto al montar en el ascensor.

-Pues no lo sé, pero en un rato seguro que salimos de dudas.

Una vez en la sala de espera el tiempo parece detenerse. Ambos aprovechamos para consultar nuestros teléfonos móviles. También, Varela aprovecha para ir al baño.

Cuando miro mi reloj de muñeca, marca las nueve y diez de la noche. Aún continuamos esperando noticias.

-Varela, voy a ir a la máquina, estoy muerta de hambre. ¿Te apetece algo en especial?

-No tengo hambre Amaia.

-¿Estás seguro? ¿Un café al menos?

-Vale, te lo compro. Cortado con una de azúcar porfa.

-Marchandooo!

Me levanto y me dirijo hasta la máquina. Paso cerca de un minuto decidiendo y al fin marco la tecla "B23". Acerco el móvil para pagar con el contactless (qué tecnología oye) y espero hasta que cae mi sándwich de jamón y queso.

Realizo el mismo proceso en la máquina de al lado, pero en este caso pulso el botón de "Cortado" y después a la de "menos azúcar" para que esté al gusto del Señor Comisario.

De vuelta le entrego su café en el típico vaso de plástico y abro el envoltorio de mi sándwich.

-¿De verdad que no quieres un trozo?

-De verdad. Gracias.

Comienzo a engullirlo con ansia. Bocado a bocado voy dando cuenta de ello hasta que poco antes de acabarlo se acerca un hombre con bata blanca hasta donde nos encontramos.

-¿Es usted el Señor Varela?

-Así es. Y esta es mi acompañante. Amaia Elizegi.

-Encantado. Doctor Navarro.

-Igualmente Doctor. - contesto.

-Muy bien. Me han informado que están aquí por la jóven que apareció al borde de una carretera en el Valle del Goierri.

-Exactamente.

-Pues lo que puedo decirles es que ahora mismo se encuentra en estado crítico. Sufrió dos paradas cardiorrespiratorias mientras la trasladaban hasta aquí. Consiguieron reanimarla y que llegase con vida hasta aquí.

-¿Y cómo se encuentra ahora Doctor?- pregunto impaciente.

-Debemos esperar a ver cómo pasa la noche y a partir de ahí, actuar. Parece que le suministraron algún tipo de sustancia estupefaciente vía intravenosa, pero estamos a la espera de los resultados de la analítica. Hasta aquí puedo leer señores.

-Muchísimas gracias. - le responde Varela. - Me gustaría que uno de mis agentes vigile la entrada a la habitación en todo momento.

-Está bien. No hay problema. Me encargo de informar ahora. - contesta el Doctor.

Este nos tiende la mano. A lo que ambos respondemos estrechándosela en señal de agradecimiento y nos dirigimos hacia la salida.

Al bajar del ascensor el Comisario saca su teléfono móvil y realiza una llamada.

-Necesito cuanto antes un agente en la puerta de la habitación de la joven, debemos controlar quien entra. Podrían tratar de que no hable si se enteran de que está aquí. - le escucho decir.

Hace una pausa para escuchar.

- También necesito que contactéis con varios traductores para cuando la chica despierte. Parece ser que podría ser rusa. Pero por si las moscas, avisad también al traductor de búlgaro y rumano, no sabemos realmente de dónde proviene ni que idioma habla.

Al salir del hospital me dispongo a despedirme del Comisario y marcharme dando un paseo hasta casa.

No sé si es lo más seguro vistas las circunstancias, pero necesito que me dé el aire, estar sola.

-Iré caminando hasta casa, Varela.

-¿Pero estás segura? Es tarde ya.

-No pasa nada, creo que me vendrá bien.

-Está bien. Como tú quieras, pero ten cuidado por favor.

Antes de cruzar el paso de peatones nos despedimos, pero el Comisario se gira antes de desaparecer.

-Amaia. Mañana hay reunión en comisaría a las nueve en punto. Cuento contigo.

-Allí estaré.

De camino intento desconectar, evadirme del mundo real, pero no lo consigo. Todos los coches me parecen sospechosos. Todas las personas que me cruzo tengo la sensación de que me observan.

Poco a poco voy acelerando el paso, casi sin darme cuenta. Cruzo una calle, giro en una esquina, cada vez estoy más cerca de casa, sin darme cuenta de que voy prácticamente corriendo. Y esa prisa me hace pasar por alto un detalle muy importante.

El coche negro de hace unas noches se encuentra aparcado en el mismo lugar en el que lo vi.

Yo, ajena a esto, entro en el portal y subo a casa. Al entrar, como todos los días, cierro con dos vueltas de llave.

CAPÍTULO 22

El reloj marca las ocho y cuarto mientras aún me estoy tomando el café. Contando con que tengo que ir en autobús hasta la comisaría, no hace falta ser matemático para saber que no llegaré a tiempo. En la calle ha regresado el clima típico de la zona. Un fino xirimiri cubre el horizonte dejando una sensación de tristeza que flota en el ambiente.

Me visto a toda prisa con la intención de llegar al autobús de las ocho y veinte, como única opción de llegar a tiempo.

Pero como es obvio, al asomarme por la ventana lo veo marchar.

Me quedan dos opciones entonces, el autobús de las nueve menos veinte o intentar coger un taxi, misión imposible en Donosti la mayoría de veces.

Me decanto por la segunda. Agarro el teléfono móvil, busco en Google el número y lo marco.

Como esperaba, la línea se encuentra saturada. Una voz femenina me indica que todos los operadores están ocupados y que me mantenga a la espera. Obedezco y continúo escuchando la melodía de fondo hasta que mi paciencia se harta. Cogeré el autobús, aunque llegue un poco más tarde de las nueve en punto.

Una vez en marcha le mando un mensaje a Varela para informarle de que llegaré unos minutos tarde y me intento relajar en un autobús que a estas horas va relativamente vacío.

Me bajo en la parada más cercana a la comisaría, poco después de pasar la Playa de Ondarreta y caminó unos metros hasta la entrada.

Una vez allí me recibe la misma mujer que me recibió el primer día y me indica que pase directamente porque me están esperando.

Avanzo por el pasillo con prisa y entro a la sala directamente, sin llamar a la puerta. Saludo a todos los allí presentes.

-Egun on.

-Egun on Amaia. Pasa y toma asiento por favor.

El Comisario me ha reservado una silla junto a él, así que avanzo, tomo asiento y me dispongo a escuchar con atención. Barro toda la sala con la mirada. No veo ninguna cara nueva, aunque parece que otros agentes han tomado el testigo tanto de Nahia como de Imanol.

-Bueno, una vez estamos todos podemos comenzar. Quien quiera tomar apuntes puede hacerlo. Pararemos también en un rato, hay mucha información y no quiero que nadie se sature. Hay importantes novedades.

Todos asienten, alguno saca libreta y boli. Otros sacan su ordenador portátil y hay quien coloca una tablet sobre la mesa.

-Empecemos en orden cronológico. Como sabéis todos estamos aquí por el caso de desaparición y secuestro de Javi Gorostidi el seis de diciembre. -empieza.

-Se comenzó buscando en zonas boscosas de la zona del Goierri, que pusimos acotar gracias a diferentes cámaras de vigilancia. Su mujer recibió una llamada en la que indicaban que estaba secuestrado, pero en ningún momento han pedido un rescate.

Veo como la gente teclea a toda prisa en sus aparatos sin apartar la vista del frente.

-Continuamos la búsqueda en naves abandonadas, polígonos industriales y caseríos de la zona.

Haciendo un gesto hacia mí continúa su relato.

-A partir de este momento el operativo se fue complicando por momentos. Amaia sufrió un ataque frustrado mientras conducía por la zona. Tan solo tres días después, mientras revisábamos un caserío fuimos atacados por un sistema de armas automático, dejando como sabéis a un compañero gravemente herido. Y tan solo un rato después de esto, en la misma parcela, un cobertizo saltó por los aires dejando otros 4 heridos. Dentro de encontraba el vehículo del desaparecido.

Veo a Jauregui levantar la mano entonces.

-Déjame acabar y después haréis todas las preguntas necesarias. - interrumpe Varela.

-Perfecto Comisario. - responde este.

-Muy bien. Científica hizo un trabajo encomiable allí. - hace una breve pausa. - Pero fue imposible sacar ningún ADN. Sólo sabemos que se utilizó una cantidad bastante grande de explosivos.

Levanto la vista del informe que tengo delante y veo a Santos comentar algo con el compañero que tiene a su derecha. Simplemente con el silencio de Varela ambos se dan por aludidos y agachan la cabeza.

-Después de todo esto, llegamos al día de ayer, en el que recibimos una llamada alertando de la aparición de una jóven herida en una carretera del Goierri. Fue evacuada de urgencia hasta el Hospital Universitario de Donosti, pero lamentablemente ha fallecido esta noche.

La última frase cae como una auténtica bomba dentro de la sala. Veo ojos como platos, caras desencajadas. Pero nadie es capaz de articular palabra.

-Lo sé. Era una oportunidad única de obtener un relato, pero ha sido imposible como comprenderéis. Habíamos puesto incluso un agente controlando la entrada para asegurarnos su protección.

-Bueno, ¿al menos tenemos algo claro no? - interrumpo. - Tenemos una red criminal detrás de este hecho y que es posible que tengan retenido a mi marido no?

-Así es Amaia. - contesta Varela. - Los indicios que tenemos hasta ahora, nos llevan a pensar que estamos delante de una red de trata de menores. Creemos que el señor Gorostidi salió al monte como cualquier otro día y pudo toparse con el lugar desde donde operan y para que no pudiese destapar la red, lo tomaron preso.

-Pero... ¿y la llamada? ¿No tiene mucha lógica no? - vuelvo a intervenir. - Además Javi conocía perfectamente sus zonas. Dudo bastante que fuese a ningún monte que no conocía.

-La llamada se produjo el primer o segundo día. Es extraño, pero Javi podría haberse hecho con un teléfono o que le hubiesen obligado a ello. Aun así, es algo que debemos investigar aún.

-Lo que está claro, es que están cometiendo errores. Todo nos hace pensar que la joven que tristemente ha fallecido había conseguido huir. Se está rastreando mientras tanto el terreno con la Unidad de drones. Estamos muy cerca de que esto termine.

Esta vez ha sido Santos el que ha intervenido mientras el resto continúa tomando anotaciones.

-Gracias Santos. Por último, importante comentarlo también. Como ya sabréis todos, Nahia, la que era nuestra propia compañera, presuntamente estaría colaborando o formaría parte de la banda. Se encuentra en paradero desconocido desde el día de su huída y no hemos logrado ninguna pista fiable hasta ahora.

Ha pasado ya hora y media desde que comenzamos, así que Varela decide hacer una pausa.

-Señores, si alguien quiere aportar algo está a tiempo. En caso contrario pararemos quince minutillos antes de continuar.

Nadie abre la boca, así que uno a uno nos vamos levantado y saliendo de la sala. Hay gente que se dirige a la máquina de café como es nuestro caso. Mientras, otros aprovechan para fumarse un cigarro en la entrada.

-¿Todo bien Amaia?- me pregunta Varela.

-Si... Es qué cada vez que escucho detalles del caso es como que se me removiese algo por dentro. ¿Sabes?

-Te entiendo perfectamente, pero tú confía. Hay un gran grupo de profesionales detrás y cada vez estamos más cerca. Es cuestión de días o incluso horas que demos con ellos.

De pronto Varela se gira al escuchar su nombre en boca de una ertzaina jóven a la que aún no ponía cara.

-Comisario, ¿puede venir? Es importante.

CAPÍTULO 23

Minutos después Varela aparece de nuevo por la entrada. Parece estar más alterado que de costumbre.

-Todos para adentro. ¡Ya!

Sin decir una sola palabra todos los agentes se dirigen al interior. Apagan sus cigarrillos a medio fumar en el cenicero que hay en las escaleras, mientras que otros aprovechan a tirar el vaso de café al pasar al lado de la papelera.

Una vez en el interior, Jauregui, que es el último en llegar cierra la puerta. Toma asiento y espera a que el Comisario comience a hablar.

-Señores. Ha aparecido una coincidencia con otro caso que está investigando la Gendarmería francesa.

Un silencio sepulcral invade la sala. Incluso Santos, que estaba escribiendo en su portátil, se detiene con la sensación de interrumpir.

-Se trata de la aparición de una jóven ucraniana hace apenas mes y medio en un camino rural cerca de Bayona.

-Guau, esto cambia todo por completo. - suelta uno de los agentes a los cuales no le pongo nombre.

-Así es. Parece que lo que nosotros tenemos en el Goierri no es más que uno de los "brazos" que posee la Red. - confirma Varela. - La chica tristemente apareció ya sin vida, con signos de haber estado atada y pinchazos en el brazo.

-Delito sexual Comisario? - pregunto.

-Negativo. Ningún indicio. -responde este. - La chica era virgen.

Hace una pausa para tomar aire.

-Nuestros compañeros franceses sospechan que la banda secuestra jóvenes en otros países y las introduce en el mercado negro del sur de Francia para vendérselas a gente poderosa. Siempre en estos casos las chicas que aún son vírgenes tienen mucho más valor para ellos.

Un escalofrío me recorre la espalda. Ya no estamos hablando solo de Javi.

-¿Y en España entonces también lo están haciendo? - pregunta Santos.

-En España aún no se tenía constancia. Pero nuestro operativo cambia radicalmente el panorama que tenían hasta ahora.

-¿Entonces no deberíamos dar aviso al Ministerio de Interior para que se hagan cargo?

-De momento no. Esta misma tarde viajaré hasta Bayona para reunirme con el encargado de llevar el caso allí. Después veremos cómo actuar. Si entra interior en esto, es probable que nos aparten del operativo y además se cuelguen las medallitas a posterior.

-Exacto jefe. Hace usted bien. - pelotea Jauregui a el Comisario.

-Eso espero. No sé si esto enreda más el caso o si por el contrario nos ayuda. Lo que está claro que esto probablemente se esté convirtiendo en uno de los casos más importantes de los últimos años.

Silencio.

-Por último. Ni que decir cabe que nada de esto puede salir de aquí. La prensa ya está bastante revolucionada últimamente. Y no queremos que si finalmente acaban conectando ambos casos se nos terminen echando encima. Lo que implicaría también que Interior nos apartase casi con toda seguridad.

La gente se mira entre sí. Alguno intercambia sus opiniones con el de al lado hasta que el Comisario carraspea.

-Bueno señores. Me gustaría ir zanjando la reunión. ¿Alguien tiene algo más que aportar o preguntar? En caso contrario, hemos terminado. Muchas gracias.

La gente va desconectando sus aparatos, recogiendo sus libretas y poco a poco abandona la sala.

-Santos, Amaia, quedaros un momento por favor.

Ambos retrocedemos hasta situarnos a su lado.

-¿Nos vamos a Bayona verdad?- pregunto directa y sin rodeos.

-Efectivamente.

-¿Ya de ya jefe?- pregunta Santos.

-Mmm... No, saldremos justo después de comer. He quedado para las cuatro y cuarto. Tenemos cerca de una hora de camino.

Mientras nos levantamos tengo la sensación de que la bola sigue aumentando de tamaño.

-¿Y ahora qué hacemos?

-Pues mira, vamos a tomarnos una caña, que nos la hemos ganado. Y después vamos a comer en el Urgain, que paga la empresa.

Los tres sonreímos. Varela le da un golpe tonto a Santos en el hombro y salimos de comisaría.

En el exterior, el xirimiri continúa cayendo con insistencia.

-Mierda, tengo la cartera en la taquilla. - suelta de pronto Santos. - Id tirando, ya nos vemos ahora allí.

Varela y yo cruzamos la calle y avanzamos por los soportales, ya que ninguno tenemos paraguas.

Al llegar al bar pido tres cañas al camarero y mientras nos las termina de servir, junto a un cuenco de frutos secos, aparece Santos.

Cada uno agarramos nuestra caña. Yo entonces alzo la mía.

-Por Imanol, Javi y que todo salga bien.

Nos miramos, sonreímos y chocamos nuestros vasos.

CAPÍTULO 24

Terminado el postre, pedimos un café que nos tomamos con calma. La eficacia del servicio de cocina ha hecho que nos sobre tiempo antes de salir.

Una vez acabamos, Varela abona la cuenta y se guarda el ticket en la cartera.

-Que, si no lo presento, no me pagan las dietas. - comenta.

Nos levantamos y abandonamos los tres juntos el restaurante.

En las dos horas que han pasado desde que llegamos, el xirimiri se ha transformado en gotas mucho más grandes.

Andando deprisa, casi corriendo, llegamos hasta el parking de la comisaría. Varela aprieta el mando a distancia de su BMW y este responde encendiendo las luces.

Nos montamos y cerramos las puertas. Varela al volante, Santos de copiloto y yo en la parte trasera.

-En marcha. - dice Varela.

-¿Vamos bien de tiempo no? - pregunto yo.

-Diría que nos sobra. Pero no conozco bien la zona de la comisaría y no sé si nos dejarán meter el coche en el parking o nos tocará dar vueltas para aparcar por allí.

Santos se encarga de sintonizar la música a través de la pantalla que está colocada sobre el salpicadero y acto seguido mete la dirección en el navegador.

-Por si las moscas. - comenta.

Tenemos suerte de que la comisaría de la Ertzaintza se encuentre en el barrio del Antiguo y no tengamos que cruzar la ciudad para salir de ella. Aun así, nos cuesta un rato coger la circunvalación ya que en este momento acaban las clases en la universidad y hay bastante tráfico en la zona.

Una vez en carretera tardamos poco en llegar a la frontera. Gracias al tele peaje nos ahorramos la cola y continuamos nuestro camino.

Charlamos durante la hora que tardamos en llegar a Bayona. Durante buena parte del recorrido exponemos nuestras teorías sobre el caso y como creemos que nos recibirán nuestros colegas franceses.

Cruzamos varios peajes más hasta llegar a Bayona. Cogemos la entrada oeste de la ciudad para ahorrarnos algo de tiempo y cruzamos el río. Cuando queremos darnos cuenta estamos frente a un edificio blanco y de una sola planta con los rótulos de "Gendarmerie Nationale". Tiene pinta de haberse construido ya hace unos años y necesitar de una pequeña mano de pintura.

Nos acercamos hasta la entrada con el vehículo y Varela pulsa el botón del telefonillo que encuentra a su izquierda.

-¿Oui?- se escucha a través del telefonillo.

-Somos los compañeros de la Ertzaintza de Donosti.

-Ah sí. Adelante.

A través de una activación remota nos abren el portón y nosotros lo cruzamos. Aparcamos lo más cerca posible de la entrada, porque continúa lloviendo, pero evitamos los sitios marcados como reservado.

En la misma entrada nos está esperando un agente que nos tiende la mano.

-Pierre. Encantado.

-Igualmente Pierre. Yo soy el Comisario Varela. Hemos hablado por teléfono. Estos son mis acompañantes, Santos y Amaia.

Vamos para adentro mientras Pierre nos da la bienvenida a la comisaría. Me sorprende lo bien que se maneja en castellano.

Santos y yo nos quedamos en una sala sin ventanas, con una única mesa pegada a una pared, varias sillas y una máquina de café Nespresso de cápsulas. Pierre mientras tanto le hace un tour guiado a Varela por el edificio.

Al cabo de unos minutos regresan de buen ánimo.

-Santos, acompáñanos. Amaia, tú sintiéndolo mucho vas a tenernos que esperar aquí. No creo que se alargue demasiado, pero la política que tienen aquí no permite que estés presente.

-No pasa nada. - miento.

La verdad es que me molesta haberme pegado un viaje de una hora para quedarme sentada en una silla y no enterarme de nada.

-Puede tomarse un café, señorita. - me indica Pierre. - Tiene las cápsulas en el primer cajón.

-Muchas gracias. - le contesto yo.

Cuando me quedo sola me siento en un primer momento a echar un vistazo al móvil. Contesto a mi amiga Ane, a la que tenía últimamente olvidada. Respondo a Andoni también, que no deja de preocuparse en ningún momento por lo que pueda necesitar y obvio los cientos de mensajes de los grupos en los que no sé ni porqué estoy.

Al rato, casi por puro aburrimiento, saco de una caja de cartón una cápsula y me pongo un café. No está bueno, pero algo es algo.

Cuando han pasado ya casi cuarenta minutos me acerco hasta la entrada de la sala y me quedo en silencio. Agudizo el oído al máximo escuchando de fondo la conversación entre Varela, Santos y Pierre, pero no soy capaz de distinguir con claridad las palabras.

Al borde de las seis en punto de la tarde escucho una puerta abrirse al otro lado del pasillo y las pisadas de varias personas en dirección a donde yo me encuentro.

-Amaia, no pensé que podría alargarse tanto. Espero que no te hayas aburrido demasiado.

-Pues bueno, estaba empezando a subirme por las paredes. - respondo con rintintín.

-Venga, pues vámonos antes de que sea tarde. Ahora te ponemos al día.

Nos despedimos de Pierre y abandonamos el edificio. Nos subimos rápidamente al coche, la lluvia no da tregua, y nos ponemos en camino.

-Que tal ha ido? ¿Habéis podido sacar cosas en claro?

-Pues nos ha sorprendido gratamente. Los franceses a veces son muy suyos, pero han accedido fácilmente a todo y han puesto a nuestra disposición toda la información que ellos tienen.

- ¡Eso es buena noticia! - exclamo.

-Nos vamos contentos la verdad. Ahora tenemos trabajo estudiando toda la documentación que nos pasen.

-Pero no tenemos mucho tiempo Varela. - protesto.

-Está todo el mundo en Donosti trabajando en ello ya. Ah, por cierto, también hemos llegado a un acuerdo para colaborar juntos.

-¿Y cómo lo harán?

-Mañana mismo nos mandarán un par de agentes que trabajarán hasta el final de la investigación con nosotros. Y a su vez, dos de nuestros hombres van a estar en Bayona trabajando con los Gendarmes.

-Seguro que eso ayuda un montón. Tengo ganas de que estoy acabe ya Varela. - comento con desánimo.

-Tranquila mujer. Estamos muy cerca de dar con ellos. Y nuestra gente está trabajando veinticuatro horas seguidas, es cuestión de tiempo. De muy poco tiempo, te lo prometo.

Continuamos hablando de forma entretenida mientras pasan los kilómetros. El agua golpea el coche y forma regueros en los cristales que se desplazan hacia la parte trasera por efecto de la velocidad.

Al cruzar el tercer peaje en la autopista, tengo la sensación por un momento de haber visto un coche que se ponía en marcha inmediatamente después de pasar nosotros. Y mi intuición no me falla.

-¡Cuidado! - grito con todas mis fuerzas.

Al girar la cabeza hacia la ventanilla observo con verdadero terror como un Mercedes de gran cilindrada y color negro se ha puesto en paralelo a nosotros.

Como si el mundo se ralentizarse, veo a cámara lenta, como el cristal tintado de la ventanilla del copiloto desciende hasta media altura, al mismo tiempo que observo como el cañón de una pistola asoma por el espacio libre.

El atacante aprieta repetidamente el disparador apuntando hacia donde nos encontramos. Santos de pronto estira el brazo agarrando el volante del coche y pega un fuerte volantazo. Yo agacho la cabeza e intento hacerme una bola en el asiento, ocupando el menor espacio posible.

El primer impacto de bala destroza el cristal atravesando por el lugar donde hacía escasas décimas de segundo yo tenía mi cabeza. El segundo golpea en la carrocería dejando un agujero en la puerta del conductor. El tercero parece perderse en el infinito. Y el cuarto y el quinto impactan en los neumáticos haciendo que ambos salten en mil pedazos.

En ese instante Varela clava los frenos con toda la fuerza posible, mientras nuestros atacantes emprenden su huida a toda velocidad.

CAPÍTULO 25

Pedazos de goma vuelan varios metros por encima nuestro. El metal de las llantas choca contra el suelo produciendo un chillido ensordecedor y llenando todo de chispas. Varela lucha por mantener el vehículo en el asfalto a la vez que vamos perdiendo velocidad.

Varios vehículos que venían por detrás consiguen esquivarnos por centímetros antes de detenernos por completo en el arcén.

- ¡Joder, joder, joder! - grita Varela mientras golpea con ambas manos el volante.

- ¡Esta gente no quería asustarnos, quería matarnos! Nos estaban esperando y sabían nuestros movimientos.

Yo continúo hecha un ovillo. Lloro con la cabeza metida entre las piernas sin darme cuenta. Acabo de salvar mi vida por tercera vez en poco más de una semana.

Durante unos segundos el único ruido que se escucha es el de la lluvia golpeando la chapa.

Entonces, Varela y Santos se desabrochan los cinturones a la vez y se giran para ver cómo me encuentro. Pero yo, no soy capaz de reaccionar.

-¿Estamos todos bien? - pregunta el Comisario.

Asiento sin ser capaz de articular palabra.

-Es un puto milagro. Jodidos asesinos de mierda. - explota Santos.

-No podemos quedarnos aquí, hay que salir ya del coche. Es de noche y nos pueden llevar por delante. Esta gente parece que ha escapado.

-Hay que dar aviso cuanto antes jefe.

-Aviso yo. Encárgate tú de que vengan a recogernos y que venga una grúa. Esperemos que no tarden, hace horrible.

El Comisario no se equivoca, llueve con fuerza y la temperatura ha descendido mucho, aproximándose peligrosamente a los cero

grados. Yo no puedo parar de temblar, mezcla de miedo, adrenalina y frío.

El Comisario me tiende caballerosamente su chaqueta, colocándola por encima de mis hombros. Intento hacerme la dura, pero no puedo rechazarlo.

Encogida totalmente por el frío, intento buscar en Maps el lugar donde nos encontramos exactamente. Navego con dificultad en mi teléfono móvil hasta que me doy cuenta que a apenas doscientos metros tenemos un área de servicio.

-Varela. Tenemos a cinco minutos andando un área de servicio. ¿Igual deberíamos acercarnos allí no? Me muero de frío.

Varela, empapado completamente, acepta mi propuesta.

-Vamos sí. Aquí no pintamos nada.

Bajo una gran cortina de agua avanzamos por el arcén, pegados al quitamiedos. Los pies se me hunden en el barro que se ha formado y por momentos me cuesta avanzar. Los dientes me castañetean con fuerza y el temblor muscular se ha vuelto incontrolable.

Al cabo de seis minutos conseguimos llegar a suelo firme. Un área de servicio abierto las veinticuatro horas que va a salvarnos de morir de hipotermia.

Santos abre la puerta del restaurante con dificultad y los tres entramos dentro. La luz molesta a mis ojos acostumbrados a la oscuridad exterior hasta que se acostumbran.

Me acerco a la barra a pedir tres cafés, lo más calientes posibles, mientras Varela y Santos siguen gestionando los trámites para que vengan a buscarnos y a la vez desplieguen patrullas en busca del vehículo.

Regreso sosteniendo una bandeja en mis manos con tres cafés con leche bien humeantes y nos sentamos en la mesa más próxima a un radiador que pueda proporcionarnos todo el calor posible.

Mientras un trago ardiendo me recorre la garganta, veo pasar a toda prisa varias patrullas por la autopista.

- Amaia, esto está para tomar mañana. - me espeta Santos.

-Necesitaba entrar en calor como fuese. - replico.

-Parece que ya han colocado controles en la frontera. - comenta Varela.

- ¿Os fijasteis en la marca y en la matrícula del coche?

-Diría que era un Mercedes. Antiguo pero potente. Y juraría que matrícula francesa. - contesto.

-Sí, matrícula francesa seguro.

-Y que era un Mercedes también. Creo que es el mismo vehículo que ha estado rondándome últimamente.

-Joder. ¿Y lo dices ahora? - protesta Varela.

-Ya lo comenté. Pero tampoco le di demasiada importancia.

-Pues la tiene. ¡Han estado a punto de matarnos!

Inmersos en nuestra conversación no nos damos cuenta de que una patrulla de gendarmes ha aparcado al lado de la entrada y están entrando en nuestra búsqueda.

Es Pierre.

-Me han avisado de todo. ¿Estáis los tres bien?

-Sí Pierre. Gracias.

-He puesto a todos mis hombres a funcionar de inmediato. Es cuestión de poco tiempo que demos con ellos. Hemos montado una operación jaula y no tienen escapatoria.

Pocos minutos más tarde aparece una grúa con el BMW de Varela encima, precedida de un taxi que viene a buscarnos.

-Pierre. Estamos en contacto. Cualquier novedad infórmame por favor.

Montamos en el taxi y ponemos rumbo a Donosti.

De camino, Varela nos va poniendo al día con todas las últimas noticias mientras Santos y yo escuchamos con atención.

La muchacha que apareció en la cuneta de la carretera ha sido llevada al Instituto de Medicina Legal donde le han realizado el análisis de ADN y la autopsia.

Se trataba de una chica ucraniana, lo que coincide con la joven que encontraron en Bayona. Tenía aproximadamente 15 años y falleció por una potente mezcla de relajantes musculares que le inyectaron. Entre ellos grandes cantidades de Diazepam y Robaxin.

-Mantendrán su cuerpo en el Instituto de Medicina Legal durante unos días a la espera de una respuesta por parte de la familia a la que se ha intentado localizar. - informa Varela.

No puedo dejar de pensar en lo que pueden estar haciendo con Javi. Y eso me genera un malestar que es difícil de ocultar.

El móvil de Varela suena con una llamada entrante, la cual contesta inmediatamente. Se trata de una llamada breve, a la cual el Comisario únicamente responde con monosílabos antes de dar de nuevo las gracias y colgar.

-Ha aparecido el vehículo desde el que nos han atacado. Al parecer los sospechosos se toparon de frente con un control.

-¿Y los han detenido?- pregunto impaciente.

-Abandonaron el coche unos metros antes. Seguramente al ver las luces azules de los coches policiales. La matrícula que llevaba era falsa. Lo positivo, que no les ha dado tiempo a borrar huellas. Los franceses están trasladando el coche ya para su análisis.

-Bueno... Algo es algo no? Seguro que esta vez es la buena.

Seguimos un rato debatiendo y aportando nuestros diferentes puntos de vista en el último tramo de viaje que nos queda, una vez superada la frontera.

Llegamos a casa y la primera a la que el taxi deja en la puerta es a mí. Me bajo despidiéndome de los dos policías y subo las escaleras.

Al entrar lo primero que hago es quitarme la ropa todavía húmeda y meterla en el tambor de la lavadora.

Sin perder ni un segundo me meto en la ducha, pongo la temperatura del agua al máximo y mientras el agua me resbala por el cabello, cierro los ojos y pienso:

"Amaia, es la tercera vez que esquivas de milagro la muerte en menos de diez días."

Un escalofrío me recorre desde el cuello hasta la punta de los pies.

CAPÍTULO 26

El zumbido del móvil vibrando sobre la mesilla de noche me despierta y consigue sacarme de una terrible pesadilla que llevo viviendo desde que cerré los ojos.

La pantalla iluminada proyecta el nombre de Varela, quién si no. Es la tercera vez que lo intenta en un periodo de dos minutos. Al fin contesto.

-Que pasa ahora, ¿no puedes vivir sin mí? - respondo al teléfono con voz de dormida.

-Va a ser que no Amaia. Ha ocurrido algo.

-¿Qué ha pasado ahora?

-Estoy en el Instituto de Medicina Legal, aquí en Donosti. ¿Te vienes para aquí y ya te cuento? - me suelta sin rodeos.

-¿Y cómo pretendes que vaya?

-Pues no esperes que vaya a buscarte, yo también estoy sin coche, ya lo sabes.

-Esto es maravilloso.

-Venga, vístete. Te mando un taxi para allá ahora mismo.

-No se hable más. Me tomo un café rápido y bajo. ¿Es algo urgente?

-Urgente como tal no.- hace una pausa. -No hay nadie muerto ni detenido. Pero es importante.

-Joder, empieza bien la mañana. Ahora te veo anda.

Cuelgo el teléfono y me lo guardo en el bolsillo.

Miro la hora. No tengo demasiado tiempo, pero hoy, me apetece maquillarme un poco.

Coloco mi neceser sobre el lavabo y saco todo tipo de artilugios. Me esparzo unos pocos polvos por la piel de la cara y me pongo algo de brillo en los labios. Nada extravagante, bastante sutil.

Compruebo que llevo cartera, llaves y móvil, y salgo de casa.

Como de costumbre no me siento del todo segura en la calle, así que espero dentro del portal al taxi, mientras observo por la cristalera de la puerta.

No tengo que esperar demasiado para ver aparecer por el fondo de la calle un Tesla, rotulado con los gráficos de los taxis de la ciudad. Una vez que se detiene frente a mi portal, salgo, monto en la parte trasera y le doy la dirección.

Viajamos en silencio durante todo el trayecto desde mi casa, hasta el edificio de los Juzgados, donde se encuentra el Instituto de Medicina Legal.

Debo identificarme para poder entrar después de superar una barrera de periodistas que comienzan a agolparse en la entrada del edificio.

Todas las noticias relacionadas con el caso que se van filtrando, hace días que copan las portadas de varios periódicos de tirada tanto local como nacional. Y varios programas de tertulia debaten durante horas y actualizan novedades en directo para todo el país.

También observo antes de entrar tres vehículos de la Ertzaintza y uno de la Policía Municipal subidos en la acera, aunque vacíos.

Unos metros después del control de acceso, me está esperando ya Varela, que me pone al día mientras avanzamos por los pasillos.

-Ayer trasladaron el cuerpo de la chica ucraniana hasta las dependencias del Instituto de Medicina Legal, ya sabes.

-Claro. Ya comentaste que le habían realizado la autopsia.

-Exacto. Lo gordo ha llegado esta noche.

-Sorpréndeme. - comento.

-Agárrate que vienen curvas. Parece ser que pasadas las tres de la madrugada, cuando en el edificio únicamente se encontraba el guardia de seguridad...

-No me digas más. Han venido a por la chica. - interrumpo.

-Bingo! - responde Varela. - De manera bastante profesional, además. Consiguieron anular las cámaras de seguridad, por lo que no ha quedado nada registrado. Desactivaron también las alarmas que saltan cuando alguien abre las puertas del depósito de cadáveres y consiguieron entrar dentro.

-Venga no me jodas. - exclamo.

-Como escuchas Amaia. Casi de milagro el guardia que se encontraba realizando la ronda, se ha dado de frente con ellos. Por lo que cuenta eran dos. Un hombre y una mujer, y habian extraído el cuerpo de la chica cuando fueron sorprendidos.

-No puede ser... ¿Nahia?

-Eso me temo. No tenemos confirmación, pero a mí me da que sí. La pena es que consiguieron huir.

-Menuda zorra. ¿Cómo ha podido engañarnos durante todo este tiempo? - suelto de pronto.

-Cuando la pillemos va a pagar pero bien.

Después de visitar tanto la sala de autopsias, como las cámaras frigoríficas, y ver cómo trabaja Científica en busca de nuevas pistas, salimos al exterior.

Se me ha quedado una sensación extraña en el interior del cuerpo. ¿Que pretendía esta panda de desgraciados? ¿Iban a llevarse a la chica o solo querían borrar pistas? Muchos interrogantes rondan mi cabeza.

Fuera, a pesar de la lluvia, la prensa se ha agolpado en la entrada. Como una nube de mosquitos en busca de su presa.

-Tenemos que cazar a Nahia como sea. - le digo a Varela.

-Ya claro... Pero ahora mismo no tenemos nada de nada. Sabemos que estuvo presente en el ataque de Francia y creemos que en el asalto de anoche. Pero nada más.

-Es cuestión de tiempo que cometa un error.

De pronto, escuchamos sonar la emisora de los vehículos policiales. Es un aviso que indica que se ha producido un incendio en un Eroski

de la calle Usandizaga, en Gros. A escasos dos minutos de donde nos encontramos. Así que el Comisario me hace una indicación para que suba al coche, que tomamos prestado de otra patrulla que se encuentra trabajando dentro, y a toda prisa, tomamos rumbo a nuestro nuevo destino.

En el corto periodo de tiempo que pasa desde que nos ponemos en marcha hasta que llegamos al lugar, se enciende una bombilla en mi cabeza.

CAPÍTULO 27

Al llegar a la calle Usandizaga la escena que se vive es de verdadero terror.

Las llamas que se habían iniciado en el interior del supermercado alcanzan ya una altura de dos pisos.

Gente pidiendo ayuda desde las ventanas. Otras personas que están siendo atendidas en la acera con claros síntomas de intoxicación y el murmullo creciente de que aún pueden quedar personas en el interior.

Los bomberos hacen entrada con su potente sirena, que se mezcla con los gritos de pánico reinantes en la zona.

Tengo que contarle mi idea al Comisario cuanto antes.

-Varela, he tenido una idea.

-Ahora no Amaia. Espérame aquí junto al coche. No tardo en venir. -contesta él.

Hago caso por una vez. Mi conciencia me pide salir corriendo a ayudar, pero por otra parte me doy cuenta que puedo ser más un estorbo que otra cosa.

Llegan a la zona tres ambulancias que se suman a otras dos que ya se encontraban dentro del perímetro acordonado.

Al otro lado de la cinta policial reporteros y cámaras de televisión van llegando. Puedo reconocer entre ellos a varios de los que se encontraban a la salida del Juzgado hace unos minutos. Aparecen como buitres cuando detectan la carroña.

Desde mi posición, enfundada en mi chubasquero negro, puedo ver a Varela conversar con otros agentes, sanitarios e incluso bomberos. Da alguna indicación, mientras puedo distinguir preocupación en su rostro.

Pasan alrededor de diez minutos, en los que veo entregar cuerpo y alma tanto a bomberos como sanitarios, hasta que Varela regresa a

mi posición.

-Es una catástrofe Amaia. No se sabe cuánta gente puede haber quedado en el interior. Y ahora mismo es imposible entrar.

-Lo que voy a decir puede sonar horrible. Pero este incendio nos puede venir muy bien. - comento.

- Pero, ¿qué dices? ¿Tú te has vuelto majareta?

-Perdón. Quizás me he expresado mal. Pero es que he tenido una idea que no podemos dejar pasar.

-A ver Amaia. No estoy para escuchar tonterías eh. Pero bueno, cuéntame.

-Vamos a alejarnos un poco. No quiero que nos escuche nadie.

-Espera un momento. Vamos al coche, aquí no pintamos nada ya. Lo único que podemos hacer es molestar.

Echo un último vistazo en dirección a las llamas observando como gracias al trabajo del cuerpo de bomberos la voracidad de las llamas parece querer disminuir, aunque sigue devorando todo a su paso. Aunque puede ser que este acontecimiento pueda ser de mucha ayuda para salvar a Javi, no deja de ser una catástrofe, y se me revuelve el estómago pensando en las familias que pueden estar sufriendo.

Doy la espalda al fuego y me monto en el asiento del copiloto. Varela ya está dentro esperándome.

Automáticamente arranca el motor, da la vuelta y espera a que el policía local levante la cinta para pasar por debajo y abandonar definitivamente la zona.

-Vamos a ir a comisaría. Cuéntame que es lo que tienes en mente.

Me quedo en silencio unos segundos, intentando ordenar en mi mente todos los pensamientos que dan vueltas dentro de mi cabeza, y comienzo a hablar.

-Pues mira, aunque suene duro, y es posible que estemos rozando el límite de la legalidad, este incendio puede venirnos muy bien.

-Ay madre...

-Mira. Cuando hemos llegado, he caído en la cuenta que la madre de Nahia no vive demasiado lejos de ahí.

-Cierto. - responde el Comisario esperando ver por donde salgo.

-Vale. Pues se me ha ocurrido que, a través de la prensa, o de alguna forma, podemos hacer creer a Nahia que su madre ha resultado herida en el incendio.

- ¿Vale, y que conseguimos con eso?

-¿No te das cuenta Varela? Este suceso va a abrir telediarios. Tendríamos que filtrar el nombre de su madre de alguna forma, haciéndole pensar que está herida y se encuentra en el hospital.

-Creo que ya sé por dónde vas.

-Efectivamente. Podemos conseguir, o al menos intentar, que Nahia vaya al hospital creyendo que su madre está allí. Y aprovechar de esta manera para detenerla.

-Joder Amaia. No dejas de sorprenderme. Te estás convirtiendo en una auténtica policía.

Me ruborizo bajo mi chaqueta ante el piropo que Varela acaba de soltarme, y continúo exponiendo mi plan ante su atenta mirada.

-Solamente hay que incluir el nombre de su madre en el listado de heridos. Y si se filtra a la prensa, aún mejor.

-Es un tema escabroso la verdad. No deja de parecerme una genialidad si lo conseguimos ejecutar bien. Aunque tendremos que saltarnos alguno de los protocolos, como por ejemplo el de la protección de datos.

-No estamos para andarnos con buenismos Varela. Hay que actuar cuanto antes. - le respondo.

-Déjame pensarlo.

-No tenemos tiempo, hay que actuar.

- Pero, por ejemplo. ¿Si Nahia trata de ponerse en contacto con su madre antes de arriesgarse a ir al hospital?

-Pues estamos tardando. Alguien tiene que contarle toda la verdad acerca de su hija, tenemos que ponerla de nuestra parte. Aunque le duela.

-Vale, vamos a ver. Nos ponemos con ello en cuanto lleguemos a Comisaría.

-Exacto. Si la atrapamos, creo que podría ser el golpe casi definitivo a la red.

Ambos nos quedamos pensativos mientras esperamos que un semáforo que está en rojo cambie de color. La verdad que me cuesta incluso pensar, estoy agotada tanto física como anímicamente.

-Varela. ¿Podrías encargarte de organizarlo todo y dejarme en casa? La verdad es que no puedo más. Necesito descansar un poco para coger energías.

-Por supuesto Amaia. Bastante duro está siendo esto para todos. No quisiera ponerme en tu pellejo.

-Gracias, de verdad.

En el cruce del Bulevar, nada más dejar atrás el Mercado de la Bretxa, en vez de continuar recto, Varela se desvía en el cruce para dirigirse hacia mi casa.

Pasamos el resto de trayecto en completo silencio hasta llegar a la altura de mi casa.

- ¿Seguro que vas a estar bien? - pregunta Varela.

- SÍ, tranquilo. Sólo necesito descansar un poco. Mañana estaré mucho mejor.

-Seguro que sí, en parte es culpa mía Amaia. Después de lo que nos pasó ayer volviendo de Francia tendría que haberte dejado tranquila hoy.

-No pasa nada Varela. Soy yo la primera que no puede estarse quieta. Mañana estamos.

-Descansa.

-Ah. Si pones en marcha el plan, o si hay alguna otra novedad de las patrullas que han estado hoy por el Goierri avísame.

El comisario suspira y esboza una sonrisa.

-Lo haré. - responde finalmente.

Cierro la puerta del coche patrulla y entro en casa. Creo que nunca había tenido tantas ganas de llegar.

CAPÍTULO 28

Cuando llego, cierro la puerta por dentro. Una vez me siento segura, me quito la ropa y me pongo el pijama. Son las dos de la tarde, pero no pienso salir más en todo el día.

Me preparo un risotto de jamón y hongos, como solemos hacer muchos días en otoño, cuando Javi trae la cesta repleta. En este caso me toca sacar una bolsa del congelador con los últimos boletus del año pasado para poder cocinar.

Son casi las cuatro de la tarde cuando he terminado de comer. Meto el plato junto a los cubiertos y el vaso al lavavajillas, y me siento tranquilamente en el sofá.

No puedo dejar de darle vueltas a mi plan para atrapar a Nahia, así que pongo la televisión a ver qué comentan los tertulianos de los programas de sobremesa.

Paso un rato con la televisión encendida de fondo y revisando cada dos minutos mi teléfono móvil por si el Comisario me hubiese escrito con alguna novedad. Pero no parece haber nada por el momento, o al menos no me ha escrito para contarme.

Cuando estoy aburrida de escuchar las mismas historias de siempre, pienso que es buen momento para hacer algo que llevo mucho tiempo sin hacer. Buscar una buena película en Netflix.

Cuando por fin me decido por una, me levanto del sofá y me dirijo hasta el frigorífico. Saco una lata de Mahou y abro uno de los cajones en busca de un paquete de palomitas.

Casi me da un vuelco al corazón cuando lo abro. Había olvidado casi por completo los tres sobres que me hicieron llegar los primeros días tras la desaparición de Javi. Me quedo paralizada con ellos en la mano. Entonces tengo una idea.

Pienso que es demasiado tarde como para desvelárselo a la Ertzaintza. Empezando por Varela, que no sé si me lo perdonaría.

Por otra parte, hay algo que me incita a entregarlos, porque podrían ser útiles para la investigación.

Tras sopesar ambas opciones, gana la de seguir ocultándolo, y para dejarlo claro del todo, decido deshacerme de ellos.

Podría romperlos y tirarlos a la basura. Podría también mojarlos hasta dejarlos irreconocibles. Pero elijo la opción de hacerlos desaparecer por completo prendiéndoles fuego.

Después de las imágenes de esta mañana no tengo claro que lo mejor sea encender un fuego dentro de casa, así que antes de comenzar preparo todo para una posible emergencia.

Relleno el cubo de la fregona hasta arriba de agua. Dejo a mano también un par de trapos gruesos para mitigar las llamas si se me descontrola todo. Enciendo el extractor de humo que se encuentra encima de la vitrocerámica y abro la ventana que da a la calle.

Coloco las cartas en el fregadero y revuelvo en el cajón de los cubiertos en búsqueda de un mechero que no logro encontrar. Sí que aparece al menos una cajetilla de cerillas en lo más profundo del cajón.

Abro la pequeña caja de cartón y saco una de las cerillas. Raspo su cabeza de fósforo rojo contra el lateral, pero no consigo que encienda.

Realizo el mismo proceso con otras dos cerillas más hasta que al cuarto intento lo consigo. Con delicadeza lo acerco hasta el borde de una de las cartas hasta que consigo hacerla arder.

Las llamas se van extendiendo por todo el sobre hasta que salta a los otros dos que se encuentran justo encima. Absorta en un proceso casi hipnótico los veo arder hasta que únicamente quedan cenizas.

Todo ha salido sin complicaciones, así que abro el grifo del fregadero y dejo que un chorro de agua arrastre hasta el desagüe todo rastro de lo que un día fueron los malditos sobres que me atormentaron.

Cuando por fin termino de recoger todo, me invade una sensación de tranquilidad. La cual aprovecho para ponerme las palomitas en el microondas, acomodarme en el sofá, abrirme la lata y darle al botón del "Play".

La película dura dos horas y veinticuatro minutos, y es una comedia romántica que se estrenó hace apenas unos meses, pero que al tratarse de una colaboración con Netflix, no tarda nada en dar el salto a la plataforma. Algo que odio cada vez que voy al cine pagando más de diez euros, para que a las pocas semanas pueda verla gratis.

Cuando acaba la película, me he terminado tres latas de Mahou y la vejiga me aprieta, así que me levanto del sofá para ir al baño.

Al pasar por la ventana, casi por inercia, me asomo a la ventana, pero todo está tranquilo en la calle. Con este tiempo, la gente no se mueve de sus casas.

Cuando estoy sentada en la taza, me distraigo viendo videos cortos en redes sociales, aunque un ruido fuera me hace activar mi modo de alerta. Bloqueo el móvil y lo dejo sobre el radiador con cuidado para agudizar el oído.

No puede ser cierto, alguien está manipulando de nuevo la puerta de mi casa. Por unas décimas de segundo pienso que pueda tratarse de mi vecino Manolo, pero lo descarto en seguida.

Tengo que reaccionar rápido. Miro a mi alrededor, pero no encuentro nada lo suficientemente sólido como para poder utilizarlo contra un posible atacante. La otra opción que me queda es salir corriendo hasta la cocina, pero para ello tendría que pasar por delante de la puerta de entrada. Así que también lo descarto.

Como última opción se me ocurre que puedo intentar disuadir a quien quiera que sea, por si su única intención es intimidarme, o incluso buscar algo dentro de casa.

-¡Eeeeh!- grito desde el baño.- Estoy llamando a la policía. ¡En menos de un minuto estarán aquí!

Aguanto la respiración con dificultad por culpa de los nervios y vuelvo a escuchar en silencio.

Tengo la sensación de que el atacante ha huido al escucharme, pero aun no puedo estar completamente segura. ¿Y si está fuera esperando para emboscarme?

Dejo pasar tres o cuatro minutos que se me hacen eternos antes de salir del baño. Me armo de valor y me encamino en dirección a la puerta a través del pasillo.

Necesito apoyarme en la pared al llegar. El corazón se me para por completo una vez más. No sé cuántos sustos más podrá aguantar. Y es que al agachar la vista hacia el suelo puedo contemplar como la persona que estaba al otro lado ha conseguido colar un nuevo sobre bajo la puerta.

Con manos temblorosas me agacho a recogerlo y con la duda de si abrirlo o llamar a Varela me dirijo al salón.

Lo dejo sobre la mesa y en un conflicto interno conmigo misma, al final decido abrirlo.

Con cuidado rompo el lacre y deslizo el contenido del sobre sobre la mesa.

Para mayor sorpresa compruebo que no se trata de un papel escrito al uso como los anteriores. Si no que se trata de una foto.

La sostengo cómo puedo entre mis manos para observarla más de cerca, y sin ser consciente de ello, una lágrima resbala por mi mejilla.

Se trata de una foto de Javi y parece ser actual, pues en la parte inferior aparece una fecha. Miro mi reloj y compruebo que es del día de ayer.

En la fotografía puedo reconocer perfectamente a mi marido. El fondo es oscuro, pero parece distinguirse una pared de piedra. En ella están ancladas dos cadenas que van directamente hasta las muñecas de Javi. Aún va vestido con su ropa de monte, bastante más sucia que de normal. En su cara se nota claramente el paso de

los días. Una barba descuidada y con más canas que hace diez días, aunque no parece que haya perdido peso. Quiero pensar que, a pesar de todo, lo están tratando bien.

Se me viene el mundo encima. Un temblor repentino aparece por todo mi cuerpo, las lágrimas se hacen más abundantes sobre mi rostro, pero tengo una rara mezcla entre la tristeza y la esperanza al mismo tiempo. Si la imagen fue tomada ayer, quiere decir que Javi aún puede estar vivo. Lo que me sigue mosqueando es que ni siquiera soliciten un rescate o algo parecido por él.

Cuando consigo calmar un poco mis nervios, agarro el teléfono y llamo a Varela, el suyo se encuentra sin cobertura. Le dejo un mensaje en el buzón de voz.

-Varela, esto es súper importante. Ha pasado algo en casa. Necesito que vengas urgentemente.

CAPÍTULO 29

Doy vueltas de lado a lado sin ningún sentido, fruto de los nervios. Cuando por fin logro calmarme un poco, me siento en el sofá, pero no consigo quitarle el ojo de encima a la fotografía de Javi que está apoyada sobre la mesa.

Manteniendo la distancia, como si fuese a desintegrarse solo con tocarla, paso un buen rato hipnotizada, intentando sacar detalles que puedan ayudar a resolver todo este mar de dudas en el que se ha convertido el caso.

De pronto suena el telefonillo de casa e instantáneamente se activan todos mis mecanismos de defensa. Me incorporo y aunque con dudas, decido contestar.

- ¿Quién es? - pregunto con un hilo de voz apenas audible.

-Soy yo Amaia. El Comisario Varela. - contesta desde el otro lado.

Rápidamente reconozco su característica voz y presiono el botón de apertura. Me acerco hasta la puerta y la dejo entreabierta para que pase directamente.

- ¿Amaia? - le escucho decir desde el rellano.

-Pasa anda. Estoy en el salón. - le respondo.

Cuando aparece ante mis ojos no le doy tiempo a reaccionar antes de recriminarle.

- ¿No sabes contestar al teléfono? O escribirme al menos, no sé…

-En cuanto he escuchado el mensaje que me habías dejado en el buzón de voz he cogido las llaves del coche y me he plantado aquí. - hace una breve pausa. - Me ha preocupado bastante.

-Bueno, es que esto creo que es verdaderamente importante.

- ¿De qué se trata?

Sin decir nada, bajo la vista en dirección a la mesa. Varela que entiende perfectamente el mensaje, me imita.

Veo como le cambia por completo el rictus de la cara. Como sus músculos se tensan y como se abren sus ojos en una clara expresión de sorpresa.

Durante unos segundos permanece inmóvil.

- ¿De dónde has sacado esta foto Amaia? –pregunta entonces.

-Hace un rato he notado como alguien intentaba manipular la cerradura de mi casa. Como no tenía forma de defenderme, he gritado con todas mis fuerzas, cosa que parece que ha funcionado. Entonces, cuando me ha parecido que el peligro había pasado, me he acercado hasta la entrada y quien quiera que fuese, había colado por debajo de la puerta un sobre con esta foto de Javi.

-Me caguen la puta Amaia. Esto es la hostia. Tenemos que ir con todo, tu marido sigue vivo. ¿Has manoseado la foto? Tenemos que mandarla a laboratorio cuanto antes, a ver si conseguimos aislar tanto huellas como posible ADN.

-Bueno… Pues la he cogido para observarla de cerca. Después la he apoyado ahí donde está ahora, y después ya has llegado tú.

-Vale. ¿Tienes bolsas de plástico con cierre hermético?

-Creo que sí. Voy a la cocina a buscarlas. ¿Quieres que te traiga algo de beber? Ya sé que no son horas, pero, ¿quieres un café? ¿Una cerveza?

-Bueno, si me traes un vaso de agua suficiente, gracias.

-Muy bien. Siéntate si quieres. Ahora mismo vuelvo.

Cuando llego a la cocina abro el cajón que se encuentra bajo la vitrocerámica y me pongo a rebuscar. Hace tiempo que no utilizo estas bolsas así que me cuesta un poco dar con ellas. Saco una más pequeña y otra bastante más grande, las coloco en la encimera y aprovecho antes de volver para rellenar una jarra de agua y coger dos vasos vacíos. Cuando tengo todo listo regreso al salón.

Encuentro a Varela sentado en el sofá mientras parece estar escribiendo algo en su móvil. Al sentir mi presencia levanta la vista y me sonríe.

-Aquí está todo señor Comisario. - digo mientras aprovecho para dejar la jarra y los vasos sobre la mesa. – He encontrado dos tamaños de bolsa, elige tú la que mejor te parezca.

Varela las toma directamente de mi mano y las examina más de cerca.

-Creo que utilizare ambas. Primero la pequeña y después por fuera la más grande. Ya sabes, doble protección. - bromea.

Sirvo agua en ambos vasos y casi sincronizados le damos un trago. Varela sin respirar se lo termina y se sirve más.

-Vaya. Tenías sed eh. - comento. Después carraspeo y pregunto. – Y bien. ¿Qué pensáis hacer con la idea de la madre de Nahia?

Pillo a Varela en fuera de juego, que casi se atraganta con el agua.

-Hemos estado organizando la operación esta tarde. Ha surgido alguna duda, sobre todo en cuanto a temas de legalidad. Pero finalmente los superiores han dado el visto bueno.

- ¿Entonces que tenéis pensado hacer?

-He pensado que mañana bien pronto tenemos que presentarnos en casa de la madre de Nahia, sin avisar, para que no tenga margen de maniobra.

-Vale, lo veo bien.

-He pensado que debéis ir Jauregui y tú. Él tiene muy buenas dotes para convencer a las mujeres y por otra parte creo que el hecho de que vaya una mujer también le parecerá menos agresivo.

-¿Y tú? – pregunto.

-Yo aprovecharé a organizar el despliegue y cerrar el resto de flecos que queden pendientes. Una vez que vosotros consigáis la aprobación de la madre, pondremos todo el operativo en marcha. Ahora mismo Santos se está encargando de hablar con un par de amigos que tenemos y que trabajan para la prensa. Ellos serán el gancho que necesitamos para que todo funcione.

Asiento con la cabeza.

-Y por último, Pérez y Serrano están ahora mismo en el hospital gestionando el tema. En cuanto esté todo listo, anunciaremos una rueda de prensa frente al mismo hospital donde desgranaremos todos los detalles y aprovecharemos para deslizar sin querer los datos de la madre de Nahia. A partir de ahí deberemos tener paciencia y rezar por tener suerte.

-Maravilloso. – comento con entusiasmo.

-Aun así, debemos ser cautos Amaia. El porcentaje de que tengamos éxito con esto no es demasiado grande.

-Me imagino, pero tenemos que intentarlo. Por cierto, hablando de hospitales. ¿Cómo se encuentra Imanol?

-Pues casualmente hace un rato me ha llamado su esposa. Por fin le han retirado la respiración asistida, aunque sigue en la UCI y le queda un camino muy largo por delante.

-¡Son buenas noticias!

-Desde luego que sí. Ojalá pudiésemos tenerlo con nosotros para esta operación, es muy bueno en cuanto a planificación previa. - suspira.

-Me tienes a mí Comisario. - hago una pausa. - Y dime, ¿para mañana a qué hora quieres que esté lista?

-Pasará a buscarte Jauregui a las nueve en punto de la mañana. Estate preparada. Debemos ir cumpliendo los hitos horarios para llegar a tiempo a la rueda de prensa.

-Ahora me tengo que marchar Amaia. Me llevo la foto. Espero poderte decir algo mañana al respecto.

Acompaño hasta la puerta a Varela y me despido de él. Este con un cariñoso apretón en el hombro hace lo mismo. Cuando sobrepasa el umbral y le veo encaminarse hacia las escaleras cierro la puerta y giro dos veces la llave dentro de la cerradura.

CAPÍTULO 30

A las nueve de la mañana, puntual como un reloj suizo, veo aparecer a Jauregui por el fondo de mi calle.

Yo, preparada desde hace un rato observo por la ventana de casa, y en cuanto confirmo su llegada, salgo en su encuentro.

Al montar en el coche me da los buenos días, a los que respondo con energía.

-Creo que no habíamos trabajado mano a mano hasta ahora Jauregui.

-Pues la verdad es que no. Pero Varela habla muy bien de ti. Continuamente dice que serías una gran policía.

-No le hagas ni caso, está exagerando. - me autoconvenzo.

Cuando nos ponemos en marcha, vamos planeando como abordar la conversación con la madre de Nahia.

-A ver qué tal está para aparcar por ahí. Gros nunca es fácil. - comento.

-Bueno, damos una vuelta y si no directamente al parking subterráneo de Plaza Cataluña. - me responde.

-También es cierto. Seguro que ahorramos tiempo. - apunto. - Por cierto, ¿cómo se llama la madre de Nahia? Estaría bien saberlo.

-Claro. Pensaba que te habría dicho el Comisario. Se llama Isabel, pero todo el mundo le llama Isa.

-Genial.

Una vez llegamos a Gros, como era previsible, no conseguimos aparcar a pesar de dar varias vueltas por la zona. Así que acabamos metiendo el coche en el parking.

Salimos al exterior por las escaleras y tomamos rumbo a nuestro destino.

Cuando llegamos al portal, Jauregui echa un último vistazo a los apuntes de su libreta.

-Tenía que confirmar el piso. 2°A, llama si quieres.

Pulso el timbre y esperamos, pero no obtenemos respuesta alguna.

Cuando pasan un par de minutos volvemos a probar suerte, pero de nuevo nadie contesta al otro lado. Por suerte el tiempo a mejorado, aunque hace frío, al menos no llueve en el día de hoy. Así que decidimos dar un margen a la señora Isabel por si ha salido para hacer algún recado.

Pasan quince minutos y el único movimiento que observamos en el portal es el de un hombre joven, lo cual no nos sirve para nada.

Decidimos entonces sentarnos a tomar un café en una terraza próxima, desde donde tenemos vista privilegiada del portal.

Jauregui pide un cortado y yo, aunque hace menos de una hora que he desayunado, me pido un café con leche en vaso.

Cuando apenas han pasado cuarenta segundos desde que el camarero nos ha servido, vemos aproximarse con las llaves en la mano, a una mujer mayor paseando un perro.

-Amaia, es ella. Es Isa y está entrando en casa.

-Menos mal, ya pensaba que podía habérnosla jugado.

-No lo creo, la pobre mujer no deja de ser una víctima más. -responde Jauregui.

-Tienes razón. ¿Vamos para allá?

-Vamos a darle unos minutos Amaia. No nos viene bien parecer una amenaza.

Asiento con la cabeza mientras doy vueltas con la cucharilla al café para terminar de diluir el azucarillo.

Le pego un buen trago mientras observo como Jauregui le da novedades a Varela. Después con un giro de cuello me indica que debemos ponernos en movimiento, así que de otro buen trago fulmino mi café.

-Recuerda mantener la calma en todo momento. Hay que parecer lo más amigables posible. ¿Vale?

-De acuerdo. - respondo.

De nuevo tocamos el timbre y esperamos. Al poco tiempo alguien descuelga y contesta. Es la señora Isa.

- ¿Si? - pregunta con voz agradable.

-Buenos días Isa. Nos gustaría hablar con usted. Somos amigos de su hija. - miente Jauregui. En todo caso fueron amigos, ahora no.- ¿Quiere bajar o no le importaría que subamos?

Por un momento tengo la impresión de que duda, pero rápidamente escuchamos el sonido que nos indica que Isa nos abre las puertas de su casa.

-Vale... Subid si no os importa, estaremos mejor en casa, además yo ya estoy mayor.

Cuando entramos al portal, observamos la decoración de las paredes, que en otro tiempo fueron novedad. Ahora más bien se han convertido en antigüedad.

Cuando llegamos al segundo piso, la puerta se encuentra cerrada, pero sin necesidad de tocar el timbre, escuchamos el sonido de las llaves girando mientras que presiona el picaporte para abrirnos el paso.

Tras la puerta asoma la mujer que vimos subir con su perro hace unos minutos. De estatura media, ojos claros y pelo corto surcado de canas. Con una expresión en su cara de tensión, se esfuerza en esbozar una sonrisa que nos haga pensar lo contrario.

-Pasad pasad. Cerrad rápido por favor, no quiero que se me escape Gilda. Se pone nerviosa con las visitas y no sería la primera vez que sale corriendo.

-De acuerdo señora Aguirre. - contesta Jauregui.

-Y bien. ¿Qué les trae por aquí? Ya sabrán que mi hija salió de casa hace unos días y aún no a regresado. Me tiene muy preocupada.

-Por eso estamos aquí. - comienzo. - Somos Jon y Amaia, compañeros de trabajo de su hija.

-Son ertzainas entonces?

-Exactamente. - hago una breve pausa. - No sé lo que le han contado a usted, Isa. Pero necesitamos de su ayuda para encontrarla.

-Ay hija, me estás preocupando. ¿Pasamos a la sala y nos sentamos mejor?

-Claro mujer. - responde Jauregui.

La madre de Nahia nos indica el camino hasta la sala, decorada con un montón de fotos y cuadros por todas partes.

-Sentaos, sentaos. - nos indica.

Nosotros, obedeciendo nos acomodamos en una cómoda butaca alrededor de una pequeña mesa. Isa, sin preguntar, directamente nos saca unas galletas de chocolate.

-Son caseras, probarlas. Últimamente me entretengo con la repostería. Desde que mi marido falleció, los únicos entretenimientos que tengo son mi perrita y la cocina.

-¡Están buenísimas Isa!- comento aún con restos de galleta en la boca.

-Muchas gracias hija. Come todas las que quieras, que tengo más en el armario.

Mientras mastico otra galleta doy vueltas en mi cabeza sobre cómo abordar el tema sin que se sienta forzada.

-Bueno...- dudo. - Como usted misma ha dicho, su hija se marchó, y desde entonces nadie sabe nada.

-Eso es. Lo que más me duele, es que ni siquiera me avisó. Y tampoco me ha llamado para decirme que está bien o algo.

Observo como su rostro expresa una profunda angustia, similar a la que puedo sentir yo cada vez que me acuerdo de Javi.

-Comprendemos perfectamente cómo se siente señora Aguirre, por eso estamos aquí. Queremos ayudarla a recuperar a su hija.

Descartamos nombrar la parte en la que descubrimos que su hija forma parte de una red criminal por motivos obvios y lo sustituimos por el relato que ella verdaderamente quiere oír.

-Mi marido se marchó de casa recientemente. -prosigo con el relato. - Desde entonces tampoco he podido saber nada de él. Por eso necesitamos su ayuda. Creemos que ambas desapariciones pueden estar conectadas.

-Vaya... Lo siento mucho. - se compadece la mujer.

-No te preocupes, sabemos que los dos están bien. Pero para conseguir que vuelvan necesitamos que nos ayudes, por favor.

-Lo que haga falta. Necesito abrazar a mi hija con urgencia.

-Lo puedo imaginar, yo me siento igual.

Hago una pausa, que aprovecha Jauregui para intervenir.

-Isabel, supongo que está al tanto del incendio de ayer en el Eroski verdad?

-Cómo no iba a estarlo hijo. Si hasta en casa sigue oliendo a quemado. Fue tres calles más allá. - dice señalando por la ventana. - Además, han muerto dos personas y hay un montón de heridos. ¿Por qué me preguntan por ello agentes?

-Pues mira, vamos a darle sinceros. - me adelanto a Jauregui. - Necesitamos hacer creer a todo el mundo que usted ha resultado herida en el incendio.

-Pero para qué? No lo entiendo...

-Queremos incluir su nombre en la lista de heridos por una sencilla razón. Para hacerle creer a su hija que está herida en el hospital. A ver si de esta forma conseguimos que vuelva para visitarla.

-¡Madre mía mi Nahia! Pero se va a llevar un mal rato enorme. - comenta disgustada.

-Lo sabemos señora Aguirre. Pero es la única forma de dar con ella. - le aclara Jauregui.

- ¿Pero está metida en problemas? - pregunta Isabel.

-Pues no lo sabemos ahora mismo. - miento. - Es lo que queremos saber nosotros también. Y creemos que es la única forma de conseguirlo. Nadie sabe dónde anda y no hay forma de contactar con ella.

-Bueno... En ese caso...- duda. -Podría ofrecerme. ¿No tengo que hacer nada más?

-Únicamente debería hacer creer a todos que ayer se encontraba en el Eroski en el momento en el que se desató el incendio.

Me odio a mí misma por lo que estoy haciendo. Pero necesitamos a la mujer para salvar a Javi.

-Y estar incomunicada del mundo hasta que Nahia aparezca por el hospital para visitarla. - completa Jauregui. - Le asignaremos un compañero estos días para que le ayude con sus tareas domésticas, le haga la compra si es necesario y saque a pasear a Gilda. Le damos un momento para que se lo piense. ¿Vale?

Me levanto entonces y me aproximo a la gran cristalera que tiene en la sala. Intento disimular mi nerviosismo mirando por la ventana, aunque esté más pendiente de su respuesta.

-Está bien. - responde.

Yo me doy la vuelta rápidamente para escuchar su respuesta.

-Hagan lo que necesiten agentes. ¿Pero me prometen que todo irá bien y tendré a Nahia de vuelta pronto?

-¡Claro Isa! Se lo prometo. - miente Jauregui revolviéndose incómodo en su asiento.

Me da lástima la pobre mujer. Contando con que Nahia aparezca, en el mejor de los casos, pasará un buen tiempo entre rejas.

Terminamos dándole las gracias por su disposición a colaborar. Le doy las gracias también por las deliciosas galletas y le acabamos

dando alguna indicación más de cómo proceder de ahora en adelante.

Una vez en la calle, Jauregui saca su teléfono móvil del bolsillo y hace una llamada.

-Buenas noticias jefe. La señora se ha prestado a colaborar en todo momento. Podemos pasar a la siguiente fase de la operación.

Guarda silencio mientras escucha por el altavoz de su móvil.

-De acuerdo Comisario. - hace una breve pausa. - Que comience el juego.

CAPÍTULO 31

No hay tiempo que perder. El reloj continúa girando y aún hay muchos detalles por pulir.

Una vez que abandonamos el parking nos dirigimos derechos a comisaría. En menos de 15 minutos va a dar comienzo una reunión de coordinación que podría ser la más importante desde el comienzo del caso.

Yo, no soy consciente de que estoy completamente dentro de la rueda, que soy una más dentro del operativo. Y a decir verdad no me importa, es más, me está viniendo de perlas para mantener la cabeza ocupada durante todo este tiempo.

Cuando aparecemos por la puerta de la sala de reuniones, todo el mundo se encuentra ya sentado. Faltan únicamente tres minutos para la hora que había marcado el Comisario y todos los agentes aprovechan para revisar sus apuntes o comentarlo con quien tienen sentado a su lado.

Al frente de la mesa, dos huecos junto a Varela se encuentran libres, por lo que sin necesidad de que nadie nos indique, los ocupamos directamente.

El Comisario se encuentra totalmente absorto consultando detalles a caballo entre su libreta y el teléfono móvil. Tras acomodarme le dirijo un saludo.

-Varela. ¡Buenos días! ¡Qué estás hipnotizado!

-Hombre chicos! Bienvenidos. Estaba consultando los últimos detalles. Buen trabajo. Sin lo que acabáis de conseguir, todo lo demás no hubiese servido de nada.

-¡Para eso estamos Comisario!- le suelta Jauregui en tono relajado.

Varela sonríe, mira si reloj y acto seguido carraspea. La sala automáticamente guarda silencio.

-Buenos días señores. Vamos a comenzar.

Los agentes presentes, en automático, puedo ver cómo se preparan para tomar notas.

-Para empezar, me gustaría felicitar públicamente a Jon Jauregui y Amaia Elizegi. Ellos han sido los responsables de conseguir que la señora Isabel acceda a participar en el operativo.

-Gracias Comisario. - apunta Jauregui.

Yo, levanto la cabeza y hago un gesto de complicidad mirándole a la cara.

-Como todos sabéis ya, una vez superado este primer hito, no podemos perder ni un minuto en dejar atado el siguiente. Para empezar una compañera de la sección de protección y seguridad se encargará de mantener aislada a la Señora Aguirre para que no pueda comunicarse con el exterior y mandar al traste todo nuestro planeamiento.

Varela, que tiene un vaso de agua al frente, lo agarra y da un trago largo antes de continuar.

-Ahora mismo, la sección de relaciones institucionales y comunicación se está encargando de elaborar el comunicado que lanzaremos en los informativos de las tres de la tarde. La prensa ya se encuentra avisada. Por si surgiese algún problema tendremos compañeros infiltrados entre los periodistas.

Veo a uno de los agentes que levanta la mano con intención de realizar algún tipo de pregunta. Varela entonces le frena devolviéndole otro gesto con su brazo.

-Tras esto, pasaremos a la fase más crítica del operativo. Debemos estar preparados ante cualquier escenario. Seguramente nos toque esperar. El mensaje debería llegarle a la implicada, y después de esto, deberá decidir si visita a su madre o no. Tenemos razones para ser optimistas, puesto que mantenían una estrecha relación. Una vez Nahia haga acto de presencia, procederemos a su detención.

Nadie responde en ese momento, pero en la sala se percibe una ligera tensión, como si no todos compartiesen ese optimismo.

-Más adelante, daré detalles a los implicados en esta última parte. ¿Alguna pregunta? - concluye.

-Sí Comisario. - interviene otro de los agentes. - Ertzaina Jiménez. - Me gustaría saber si hay algún escenario planteado en el que la situación de tuerza. Me refiero a un intercambio de disparos o similar.

-Gracias Jiménez. En principio es bastante improbable, aunque debemos estar preparados. Una unidad de intervención estará preparada en los aledaños del hospital. El resto nos encargaremos parte de nosotros junto a alguna patrulla de la sección de seguridad en edificios.

- ¿Cuál es el tiempo máximo del operativo en caso de que la sospechosa no aparezca? - pregunta Santos.

-Cuarenta y ocho horas. Comenzamos tras la rueda de prensa, sobre las cuatro de la tarde.

Intento asimilarlo. Cuarenta y ocho horas. No puedo evitar pensar que Javi puede no tener tanto tiempo.

- ¿Y quién se va a encargar de la rueda de prensa? ¿No puede resultar sospechoso para Nahia que sus compañeros den el nombre de su madre?

-Perdón, se me había pasado comentarlo. Será la Doctora Arévalo, directora médica del Hospital Donostia la encargada de dar el parte. Nosotros nos mantendremos al margen.

Se hace el silencio durante unos instantes en la sala.

-Alguna pregunta más? De lo contrario, todo el mundo a prepararse. Nos quedan apenas tres horas para que todo comience. Ánimo señores, estamos en la recta final de todo esto.

Varela apoya con fuerza la palma de su mano encima de la mesa en señal de que la reunión a finalizado. Lo cual parece que todos los agentes entienden, poniéndose en pie y abandonando poco a poco la sala.

-Amaia. - nombra mi nombre Varela en voz baja.

- ¿Si? - contesto yo.

-Una cosa más. - traga saliva antes de continuar. - Científica ha analizado la fotografía que recibiste. Han aparecido huellas de un delincuente reincidente del Este de Europa, que se encuentra en libertad desde hace año y medio. No se conocía su paradero, hasta hoy. Parece que pertenece a la red también.

-Y no hay forma de localizarlo?

-Igual que a Nahia o que a tu marido. Estamos cerca, pero no tenemos mucho más.

-Vaya...- comento decepcionada.

-Miento Amaia, perdóname. Acabo de caer en la llamada que tuve esta mañana. Están volviendo a revisar el cadáver de la joven ucraniana. El forense quería volver a analizar unos restos que pasaron por alto en un primer reconocimiento.

-Eso es... positivo imagino. - respondo dubitativa.

-Desde luego Amaia. Más vale tarde que nunca.

-Infórmame con cualquier cosa, por favor. - le pido.

-Descuida. Ahora debemos ir a prepararnos. Desde este momento, no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 32

Sentada en la parte trasera de una furgoneta, rotulada exactamente igual que una ambulancia del servicio de salud vasco, para pasar desapercibidos, me encuentro repasando una vez más el operativo junto a Santos y Varela.

La falsa ambulancia, se encuentra aparcada en la entrada de Urgencias, el punto más cercano al ascensor que usa únicamente el personal sanitario, y que durante las próximas cuarenta y ocho horas tendremos reservado para nuestro uso.

Es el lugar de acceso más rápido a la séptima planta, donde se supone que está recuperándose la madre de Nahia de las graves quemaduras que sufrió.

La rueda de prensa ha comenzado puntual a las tres de la tarde. La doctora Arévalo ha comenzado dando el pésame a los familiares de los dos fallecidos en el trágico incendio, para después dar paso a desgranar el estado en el que se encuentran los tres heridos graves, puesto que los otros cuatro heridos de menor gravedad han sido dados de alta ya.

Con sus apuntes en la mano, ha ido desgranando detalles, hasta llegar a la edad y sexo de los heridos. Al llegar a la mujer de ochenta y cuatro años, ha deslizado sutilmente que vivía a apenas cien metros del Eroski incendiado y que aún si familia no sé había puesto en contacto con las autoridades. Esperando de esta forma que Nahia mordiese el anzuelo pronto.

Tras la ronda de preguntas que se ha prolongado otros diez minutos, la prensa ha comenzado a dispersarse. Nosotros entonces, hemos aprovechado para situarnos en posición.

Los agentes de incógnito se han dispersado por los diferentes pasillos del hospital, equipados con disimuladas cámaras y pequeños pinganillos para comunicarnos con fluidez.

Desde el interior de la furgoneta podemos observar y escuchar todo lo que pasa al instante. Un despliegue tecnológico nos ayuda en las tareas de vigilancia. Cuatro monitores de imagen, teléfonos móviles, micrófonos diversos y auriculares potentes componen nuestro equipo.

Ha pasado ya cerca de hora y media, pero nadie se ha puesto en contacto, y tampoco hemos observado movimientos sospechosos.

Como cada vez que el reloj marca las horas en punto, los agentes sobre el terreno dan novedades.

-Nada extraño por aquí.

-Sin novedad.

-Todo tranquilo en la entrada.

-Tranquilidad desde la azotea.

Es todo lo que se puede escuchar por nuestros auriculares.

Al cumplirse las dos horas y cuarenta minutos de operación, una llamada entrante a la central del hospital nos pone en alerta. Santos pide entonces silencio para centrarse en escuchar bien, mientras con la mano gira la ruleta del volumen.

La tensión se puede cortar con un cuchillo y el aire es tan denso que se puede masticar.

-Hola buenas tardes. - se escucha de pronto. - Soy familiar de Isabel Aguirre. Creo que está ingresada en este hospital, herida en el incendio de ayer.

- ¡La tenemos! - susurro intentando contener la emoción.

En ese momento somos conscientes de que Nahia parece haber caído en la trampa que le hemos tendido.

Varela aprieta el puño, mientras Santos levanta el pulgar sin perder la concentración. Yo contengo el aliento sin llegar a creérmelo por completo.

-Un momento señorita. ¿Podría darme usted el nombre completo de su madre?

-Claro. Ella es Isabel Aguirre Lorenzo. Y yo soy su hija, Nahia Bengoetxea Aguirre. Acabo de enterarme de todo, me encontraba de viaje y no sabía nada.

-Será mentirosa...- suelta Santos.

-Vaya, lo siento mucho. Deme un segundo que introduzco los datos en el sistema. Necesito también la fecha de nacimiento de su madre y su DNI para poder confirmar todo y poder darle más información.

Nahia, con cierto nerviosismo, le facilita todos los datos a la teleoperadora. Mientras nosotros seguimos a la escucha con atención. Acto seguido le da las gracias y cuelga.

Nosotros, como si acabásemos de emerger de aguas profundas en un ejercicio de apnea, abrimos sincronizadamente la boca en busca de todo el aire que hemos dejado de utilizar mientras manteníamos la respiración por la tensión acumulada.

Ahora, mucho más relajados nos miramos sonrientes, aunque con cierta incredulidad. Ha parecido bastante sencillo hacer caer a Nahia. Sólo es cuestión de tiempo que se presente en busca de su madre.

Varela entonces le da novedades a los agentes.

-Aquí Varela para todo el mundo. Les informo que la sospechosa se ha puesto en contacto vía telefónica. Entramos en fase dos. Quiero a todo el mundo al cien por cien, podría aparecer en cualquier momento.

Durante un largo rato, conversamos entretenidamente y hacemos incluso apuestas sobre la hora a la que creemos que aparecerá Nahia.

Cuando han pasado ya varias horas, los agentes que vigilan el interior del hospital proceden a realizar el relevo con compañeros de refresco que llegan para realizar el turno de noche.

Nosotros, con el mayor disimulo posible, recibimos la bolsa de papel en la que el repartidor de Glovo nos ha traído la hamburguesa para cenar y devoramos con ansia.

Nos repartimos entonces la noche en turnos, para que al menos uno de los tres pueda recostarse a descansar en un pequeño camastro que hemos conseguido instalar en el fondo de la falsa ambulancia.

La noche transcurre sin sobresaltos hasta las seis de la mañana, en el momento en el que yo estoy aprovechando a descansar.

Una falsa alarma hace activar todas las alertas, aunque rápidamente vuelve la calma.

Veinte minutos después, inquieta y sin conseguir pegar ojo de nuevo, decido levantarme.

Hemos consumido ya cerca de dieciséis de las cuarenta y ocho horas de operativo previsto, o lo que es lo mismo, un tercio del tiempo total y comienzo a pensar que no vamos a conseguir avance alguno. Y lo que es todavía peor, empiezo a tener la sensación de que alguien, en algún lugar, conoce exactamente cada uno de los pasos que estamos dando.

De pronto, siento un escalofrío que nada tiene que ver con el frío de la mañana.

CAPÍTULO 33

Los primeros rayos de sol despuntan sobre el monte Adarra. Una noche gélida da paso a un amanecer con una temperatura en negativo. Por suerte contamos con calefacción estacionaria que caldea el interior del furgón.

Una vez que nos encontramos a pleno rendimiento, aprovecho para abrir la claraboya del techo creando una corriente de aire que limpia el ambiente.

Agarro el termo y sirvo tres cafés, a la misma vez que saco de un envoltorio de plástico un croissant para cada uno.

-¡Está buenísimo! - exclama Santos.

-¡Y que lo digas! Los trajeron los gendarmes que nos prestan apoyo. Cortesía de Pierre.

-Todo un detalle. - concluyó.

Cuando el reloj marca las ocho en punto, un hombre grande, con barba poblada y andares extraños entra en escena.

Se acerca al mostrador con las manos en los bolsillos de la chaqueta y sin levantar la cabeza del suelo. El micrófono que tenemos instalado allí nos revela con claridad la conversación.

-Buenos días. Venía a visitar Isabel Aguirre. - dice con claro acento del este.

Solamente con una frase, activa todos los mecanismos de respuesta.

-Buenos días caballero. Necesitaría saber quién es usted. - responde la recepcionista.

-Soy la pareja de su hija, que se encuentra en la habitación con ella, pero no consigo que me coja el teléfono. - miente.

Con la segunda frase que nos sirve de confirmación ponemos a funcionar la maquinaria.

-Aquí Varela para todas las unidades. Objetivo a la vista. Bravo uno, atento a sus nueve. Varón de complexión grande, cazadora negra y pantalón de chándal Adidas.

-Recibido, lo tengo a la vista.

-Bravo uno, no actúe, únicamente trate de no perderlo de vista. - Varela coge aire antes de continuar. - Para el resto de personal, se dirige a la habitación a través del ascensor. Fíjenlo, pero no intervengan.

El Comisario nos hace un gesto para que nos preparemos.

-Unidad de vigilancia aérea, desplieguen drones y vigilen alrededores, buscamos el vehículo que pueda estar esperando al sospechoso.

Varela suelta el botón que mantenía presionado mientras daba indicaciones a través del micrófono y se dirige a nosotros.

-Santos, en marcha. Una vez en la habitación debemos evitar que se comunique con el exterior. No es lo que buscábamos, pero puede cantarlo todo igualmente.

-A la orden. - dice pegando un salto de la silla que lleva desde ayer ocupando.

-Amaia, tú te quedarás aquí dándonos información de todo lo que veas en pantalla. Serás nuestros ojos en todo momento.

-Pero...

-Ni pero ni nada, no quiero ninguna tontería Amaia. Nos lo jugamos todo en un solo instante. No me falles.

Ambos salen por la puerta trasera del vehículo cerrando con fuerza a su espalda. Después de muchas horas me encuentro sola llevando a cabo una tarea verdaderamente importante.

Mientras puedo ver a través de las cámaras fijas de vigilancia del hospital como Varela y Santos llegan a la puerta del ascensor comprendo por qué han aparecido en este momento y no en otro.

Han aprovechado que las ocho de la mañana es uno de los momentos con más afluencia de gente a los hospitales, por culpa de

analíticas, cambios de turno y visitas, para infiltrarse con más facilidad entre el gentío que avanza sumido en sus pensamientos.

-Santos, Varela, el sospechoso continúa esperando al ascensor. Aprovechad para tomar ventaja.

Nada más terminar la comunicación, una fuerza interior me invade, haciéndome abandonar mi puesto y lanzarme en busca del sospechoso sin pensarlo.

Rápidamente salgo de la ambulancia, corro en dirección a la puerta de Urgencias a la vez que busco los ascensores.

Una vez frente a ellos me doy cuenta de que es necesario el uso de una llave para poder utilizar el ascensor reservado, y viendo que por el normal no llegaré a tiempo, enfilo corriendo las escaleras.

Son siete pisos los que tengo por delante. Los tres primeros fruto de la adrenalina los subo en tiempo récord. Los tres siguientes consigo subir los escalones de dos en dos. Y cuando solamente un piso más me separa de mi destino, las fuerzas comienzan a flaquearme.

Respiro aceleradamente, lo cual hace que un pinchazo me suba por el costado fruto de los golpes recibidos en las últimas semanas.

Pero ni los dolores consiguen pararme. Completamente desfondada alcanzo en séptimo piso, me agarro durante unos segundos a la barandilla mientras recupero parte del aliento y empujo la puerta de acceso a los pasillos. ¿Habré llegado a tiempo?

Recorro con la vista los largos corredores que se abren a izquierda y derecha, salpicados de habitaciones a ambos lados. No observo nada más que una enfermera que empuja con cuidado un carrito con un ecógrafo.

Decido tomar el camino de la izquierda por pura intuición, y al girar la esquina al fin puedo ver a mis compañeros de fatigas.

Se encuentran frente a la puerta de la habitación 718B. Empuñando su arma se disponen a entrar en ella.

Corro tras ellos, pues no quiero perder detalle alguno de lo que el desgraciado búlgaro pueda soltar por su boca.

Al fin Santos, colocado al frente, presiona el picaporte hacia abajo y empuja la puerta. Con el arma en alto ambos cruzan el umbral. Yo he conseguido posicionarme tras ellos.

-¡Quieto, Policía! - grita Varela a la vez que lo encañona a una distancia prudente.

El individuo, sorprendido, se da la vuelta lentamente y coloca las manos sobre su cabeza. Pero en sus ojos no hay miedo, únicamente una calma extraña.

-Arrodíllese! - grita Santos.

El búlgaro, en vez de obedecer las órdenes de este, esboza una amplia sonrisa, suelta una carcajada y dirige una doble peineta a los agentes.

Estos, confusos, aprietan con fuerza el mango de sus pistolas y apoyan su dedo índice en el gatillo.

En el preciso momento en el que sus dedos se tensan sobre el disparador, el búlgaro se da la vuelta y cogiendo impulso se lanza con fuerza contra la cristalera que lo separa de la calle.

Consigue atravesarla haciendo saltar por los aires miles de cristales que flotan por unos segundos en el aire a la vez que el búlgaro se precipita al vacío.

El tiempo parece avanzar a cámara lenta mientras cae superando uno a uno los siete pisos que le separaban del suelo.

Finalmente emitiendo un golpe seco, sus huesos se rompen en mil pedazos contra el asfalto que cubre el aparcamiento trasero del hospital.

CAPÍTULO 34

-Alfa uno. ¿Me recibe?

-Aquí Alfa uno.

-El sospechoso se ha lanzado por la ventana. Diríjase inmediatamente a la parte trasera del hospital. – informa por su walkie el Comisario.

-Recibido.

Mientras observo a Varela dar indicaciones por radio, Santos se ha acercado hasta el borde de lo que queda de cristalera. Parece querer comprobar por segunda vez, que el búlgaro ha quedado adherido al suelo como una pegatina.

El silencio que reina en la habitación, es el claro síntoma de la incredulidad que se acaba de apoderar de nosotros.

Continúo sin poder creerme lo que acabo de ver, aunque haya sido con mis propios ojos. Volvemos una vez más a la casilla de salida. El laberinto en que se ha convertido todo, me desespera.

-¡Me caguen todo!- grita Varela.

Nadie contesta, ni siquiera dirigimos la mirada hacia su posición.

Llegan a la habitación otros dos agentes, uno de ellos el gendarme que lleva agregado unos días con nosotros.

- ¿Qué ha pasado? - pregunta.

-¡Lo teníamos joder! Era nuestra mejor oportunidad. - contesta Santos llevándose las manos a la cabeza. - ¡Y el maldito cabrón va y salta por la ventana! Venga no me jodas...

Los recién llegados no contestan. Es como si tuvieran la sensación, de que digan lo que digan, no van a cambiar ni una pizca la sensación de bajón que se ha apoderado de todos nosotros.

-Vamos para abajo anda, a ver qué mierda nos encontramos. - comenta desanimado Varela.

De nuevo, sin abrir la boca para contestar, Santos y yo seguimos los pasos del Comisario, que se gira en dirección de los dos agentes que llegaron en último lugar.

-Vosotros dos, quedaros aquí. Que no pase nadie más allá de esta puerta. Habrá que analizar la escena con detenimiento.

-Visto jefe.

Arrastrando los pies, como si costase avanzar, llegamos hasta el ascensor. Santos introduce la llave que nos da el privilegio de poder montar en el elevador reservado para emergencias y esperamos a que la puerta se abra, montamos y pulsamos el botón del cero.

Segundos después, nos encontramos a pie del hospital. Sin mediar palabra entre nosotros, rodeamos el edificio y llegamos a la zona donde el búlgaro ha aterrizado. Los compañeros se han encargado de balizar la zona, para que los curiosos y sobre todo la prensa, no metan el morro donde no les llaman. Sobre todo, los buitres de la prensa, que no tardarán en llegar.

No puedo quitarme de la cabeza la maldita sensación de haber estado más cerca que nunca de poder abrazar a mi marido, y como en décimas de segundo, todo se ha ido a la mierda.

-Jefe, por si quedaba alguna duda, el sujeto está muerto.

-Gracias Jauregui, lo podíamos imaginar.

Giro la vista en dirección al cuerpo que está tendido en el suelo sobre un charco de sangre espesa, que mana de todos los orificios visibles, y al apreciar los detalles de la escena una potente arcada surge de mi interior. La contengo como puedo y aparto la mirada rápidamente.

Varios sanitarios ataviados con sus batas de colores se han acercado desde la puerta de emergencia. No actúan, no intentan ninguna maniobra para devolverle a la vida porque saben que será en balde.

Observo como uno de ellos, con bata blanca, a juego con el color de su pelo y grandes gafas conversa con Varela, que se ha apartado unos pasos para guardar algo de intimidad mientras habla con él.

Al cabo de unos minutos, el médico, se despide del Comisario y regresa hasta donde se encuentra el grupo de sanitarios que ha crecido en número por instantes. Les dice algo a la vez que gesticula con sus brazos y automáticamente todos ellos se encaminan de vuelta hacia la puerta de emergencia por donde salieron. Parece haberles dicho que vuelvan a sus labores.

-Vigilancia aérea, aquí el Comisario. Necesito novedades. - habla por el walkie.

-Nada jefe. Calma relativa en los alrededores. Ni rastro de coches sospechosos.

-Gracias Vigilancia aérea, continúen en alerta.

-Recibido.

El sol que ha ido subiendo en el horizonte no consigue levantar la temperatura del ambiente que continúa siendo gélida. El vaho que sale de la boca de los presentes lo confirma.

De pronto, el Comisario se lleva la mano al bolsillo de su pantalón, donde se encuentra el teléfono móvil vibrando desde hace rato. Al fin consigue sacarlo, pulsa el botón para descolgar la llamada y se lo lleva a la oreja.

-Si? Dime Juárez. - logro escuchar mientras se aleja de nuevo.

Pasan unos minutos hasta que Varela regresa.

En este tiempo, varios ertzainas han desplegado una especie de carpa blanca, con el logotipo del cuerpo policial, y la han colocado ocultando el cuerpo del búlgaro a la espera de nuevas acciones.

El Comisario se acerca extrañamente sonriente, incluso aprieta su puño derecho y lo dirige en nuestra dirección como si un gesto de victoria se tratase.

-Amaia, Santos. Ahora sí, por fin buenas noticias joder, ya era hora.

- ¿Qué ocurre? ¿Qué te han contado por teléfono? - pregunto.

-Era Juárez, de laboratorio. Han re analizado todas las muestras que tomaron del cuerpo de la joven ucraniana.

- ¿Y qué le han dicho jefe? ¿Que han encontrado? -pregunta impaciente Santos.

-Han encontrado restos de manzana fermentada bajo sus uñas. En un principio no le dieron importancia, pero...

- ¿Pero qué? - le interrumpo presa de un ataque de nervios.

-Pues que la hipótesis más probable es que la chica estuviese retenida en algún lugar donde se haga sidra. Algún almacén o sidrería. - concluye.

-Eso cierra mucho el círculo. - sentencia Jauregui

-Efectivamente! Únicamente hay tres grandes sidrerías en todo el valle. Y como mucho un par de familias más que procesen cantidades mucho menores de manzana. - realiza una pausa mientras piensa. -Dejadme hacer un par de llamadas para poner en marcha el dispositivo de vigilancia.

El ánimo ha dado un giro de ciento ochenta grados en todos nosotros. Las cabezas gachas se han convertido en sonrisas, y los hombros caídos en pechos exultantes de alegría.

-Hay que ser cautos. - trata de rebajar el optimismo Jauregui. - Pero esto pinta bien.

Pasan diez minutos cuando Varela termina de dar instrucciones telefónicas.

-Santos, Jauregui, os quedáis al mando aquí. Cualquier novedad me llamáis al momento.

- A la orden jefe. Descuide.

-Amaia, al coche. Tú y yo tenemos cosas importantes que hacer.

CAPÍTULO 35

De camino a comisaría, Varela realiza un par de llamadas a través del manos libres del vehículo.

La primera de ellas, para lanzar varias patrullas de la sección de vigilancia a los puntos calientes sin perder ni un segundo.

Cada una, estará compuesta por dos vehículos, con dos agentes cada uno. Una de las parejas pilotará los drones para vigilar la zona desde el aire, mientras que la otra estará encargada de la vigilancia terrestre. Todo ello desde un punto estratégico en el bosque, para no ser descubiertos.

-Por qué no vamos directamente a por ellos? ¿No será demasiado tarde si esperamos? - pregunto entonces.

-Nos interesa conocer antes cómo funcionan, sus pasos. Qué no sepan que vamos a ir a por ellos inminentemente, dejarles trabajar.

-¿Y todo eso por qué?

-Porque una vez llegados a este punto, queremos intentar asestar un gran golpe a la red criminal. Aunque el objetivo prioritario sigue siendo recuperar a tu marido con vida.

Los nervios me comen por dentro, aunque intento disimularlo. Por fin, después de todos los reveses sufridos, quiero creer que todo va a salir bien, que esta vez es la buena.

Cuando aún nos restan varias calles para llegar a comisaría, Varela marca un nuevo número de teléfono.

- ¿Diga?

-Pierre. ¿Qué tal? Soy el Comisario Varela.

-Ah Comisario. ¿Qué tal todo por ahí? ¿Han conseguido algo nuevo?

-Eso quería comentarte Pierre. Parece ser que estamos a punto de dar con ellos. Todo se ha precipitado, te cuento después tranquilamente.

-Que buena noticia! - contesta el Gendarme.

-Te envío toda la información por correo en cuanto lleguemos a comisaría. Échale un ojo con calma, y cuando hayas terminado de revisarlo pégame un toque y lo comentamos.

-Perfecto!

-Con suerte podremos acabar con toda la red de un plumazo. - zanja. - Ahora debo colgarte. Tengo que organizar un montón de cosas, amigo. Un abrazo.

-Otro para usted. - se escucha justo antes de colgar.

Cruzamos la valla de entrada con el coche, mientras que yo, me encuentro absorta con la mirada puesta en la pantalla de mi teléfono móvil. Al levantar la vista puedo observar que acabamos de aparcar.

Ambos bajamos del coche, cerrando las puertas tras salir, y nos encaminamos con paso firme a la entrada.

Una vez dentro, recorremos los largos pasillos del edificio hasta llegar al despacho del Comisario.

Es la primera vez que entro desde que todo estalló. Se trata de una sala amplia, de aspecto moderno y austero. Pegados a la pared izquierda aparecen dos grandes ficheros metálicos. Justo enfrente, en la pared derecha un gran armario, este de madera, es lo más destacado. De frente a la puerta de entrada, al fondo del despacho, una gran mesa cuadrada con una silla con pinta de valer mucho dinero a un lado, y justo enfrente dos sillas mucho más corrientes. Una pequeña butaca, como la que hay en la entrada de la comisaría, completan el mobiliario.

-Siéntate tranquilamente Amaia, voy a por documentación y vuelvo.

Sin llegar a contestar, veo salir en dirección al pasillo y pronto lo pierdo de vista. Aprovecho para sentarme en la butaca y cerrar por un momento los ojos. Llevamos muchas horas trabajando sin descanso y el cuerpo me pide una tregua.

Cuando vuelvo a abrir los ojos puedo observar a Varela dando instrucciones a dos agentes mientras señalan varios puntos sobre un

mapa. El Comisario al verme interrumpe un segundo si conversación.

-Vaya Amaia. Parece que has caído rendida. No hemos querido molestarte.

Me muero de la vergüenza al darme cuenta que han pasado cerca de cuarenta minutos desde que llegamos allí.

-No lo habéis hecho. ¿Me he perdido algo importante?

-Bueno, no como tal. Estábamos repasando sobre el mapa los puntos estratégicos de vigilancia. Las patrullas ya se encuentran sobre el terreno.

- ¿Y han podido sacar algo de información ya?

-Ha pasado muy poco tiempo. - me responde uno de los agentes desconocidos para mí.

-Entiendo, perdona. Es que estoy impaciente por abrazar a mi marido.

-Lo entendemos perfectamente, tranquila. Pero podemos asegurarte que es cuestión ya no de días, si no de horas. En cuanto podamos confirmar desde cuál de las tres sidrerías están actuando, pondremos en marcha el dispositivo final.

-Suena bien y mal a la vez. -comento.

-Puede ser, pero en este caso todo va a salir según lo previsto. Ya lo verás.

Simplemente con pensar en que puede haber un nuevo tiroteo, explosiones o cualquier otro punto que salga mal, comienzo a agobiarme.

-Varela, si no te importa voy a salir a qué me dé un poco el aire.

-¿Estás bien Amaia?

-Sí. Simplemente quiero despejarme un poco. Si me necesitas llevo el móvil en sonido.

-Perfecto. Nos vemos en un rato.

Con todo lo que ha ocurrido en las últimas horas, he olvidado un poco todos los momentos en los que he sido vigilada o atacada.

Aunque el peligro está ahí, dudo que actúen en las inmediaciones de la comisaría, así que me dispongo a dar un paseo.

Al pisar la calle inspiro por la nariz con toda la fuerza posible el aire frío que aún se mantiene en el ambiente. Bajo hasta la playa de Ondarreta y contemplo las olas rompiendo contra el muro de hormigón que protegen el Real Club de Tenis de San Sebastián, con bastante movimiento a estas horas del día.

Paseo durante un rato por la arena húmeda mientras el salitre que flota en el ambiente se impregna en mi piel. Consigo evadirme por un rato de la realidad, hasta que mi teléfono comienza a sonar el bolsillo.

Al sacarlo puedo ver el nombre del Comisario sobre la pantalla.

-Amaia, vente para aquí. - comienza Varela sin ni siquiera darme oportunidad de hablar.

-¿Ha pasado algo?

-Sí, son buenas noticias, pero prefiero comentarte en persona.

-De acuerdo, voy para allá.

Subo al paseo, sacudo mis zapatillas contra el suelo y me encamino con paso firme y rápido hacia el despacho del Comisario.

CAPÍTULO 36

El reloj que cuelga sobre la pared marca las cuatro en punto de la tarde. La hora marcada por el Comisario para iniciar la reunión de coordinación de cara al asalto al caserío.

Al poco de mi regreso, han llegado Santos y Jauregui, y los cuatro juntos hemos aprovechado el rato que nos sobraba para salir a comer.

Han comentado que no había mucho más que hacer en el hospital, únicamente contener a la prensa que se agolpaba en el lugar.

Por otra parte, Varela ha confirmado lo que para mí es el punto más importante en semanas. Por fin han dado con el lugar exacto desde donde dirigen las operaciones de la red de trata, un antiguo caserío.

A las cuatro y un minuto, el último de los agentes citados, aparece por la puerta, entrando y sentándose en el único hueco libre que queda.

Puedo ver desde mi asiento, multitud de caras conocidas, desde Santos y Jauregui, hasta los gendarmes agregados, pasando por todos los hombres y mujeres que estas semanas han estado trabajando codo con codo.

-Buenas tardes señores. Como ya todos sabéis, hemos podido dar por fin con el lugar del secuestro. - arranca su locución. - Los compañeros que hemos desplegado esta mañana en tres puntos del Goierri, han podido confirmar exitosamente uno de ellos, desde donde actúan.

-Eso quiere...- interrumpen desde el otro lado de la mesa.

-Déjame explicar todo por favor. - le reprende el Comisario. -Bien, como decía, tenemos al fin el lugar.

Veo entonces al Comisario levantar el brazo sujetando un mando a distancia mientras apunta a un proyector.

-Como podéis observar todos, se trata de la Sidrería Larraona. Lo hemos tenido en todo momento frente a nosotros.

-Incluso en los primeros días hicimos una visita por allí sin encontrar nada extraño. - apunta Jauregui

-Exacto. Aún no sabemos si desde el principio estuvieron ahí o si por el contrario se trasladaron posteriormente, desde el caserío donde fuimos atacados. - hace una breve pausa y da un trago a su vaso de agua. - En la pantalla podéis ver, cómo es un edificio grande, de piedra y muy antiguo, aunque está reformado. Al ser una sidrería abierta al público, hemos podido recrear más o menos lo que podemos encontrarnos cuando lleguemos. Santos, continúa por favor.

-Como bien dice el Comisario, desde finales de enero hasta verano, abren al público. Así que ha sido bastante sencillo conseguir fotos de las estancias interiores. Podéis verlo en la pantalla.

El Comisario aprieta un botón del mando a distancia y en la pantalla se puede observar un plano hecho a ordenador, junto a varias fotografías a color.

-Aun así, hay zonas que son privadas y no tenemos conocimiento de cómo son realmente, por ejemplo, la parte superior, que parecen utilizar de vivienda.

Santos, que se revuelve incómodo en su asiento interviene.

-Los compañeros han seguido la pista del propietario, y para sorpresa de nadie, el antiguo dueño murió hace apenas tres meses. Ahora, mientras la familia decide qué hacer con ello, parece ser que nuestros sospechosos han aprovechado para ocuparlo.

Sin dar respiro ninguno, el Comisario vuelve a la carga.

-Bien señores, vamos a la parte importante. Tenemos sobre el terreno cuatro patrullas vigilando constantemente sus pasos. Vamos a dejar de margen esta tarde y toda la noche para entender mejor cómo funcionan, a la vez que de esta forma no les alertamos de los nuestros. Mañana al amanecer intervendremos, rescataremos al señor Gorostidi, acabaremos con la red, y previsiblemente

deberemos rescatar también, a un buen puñado de jóvenes que tienen secuestradas.

La gente en la sala asiente, pero nadie interviene. Únicamente se dedican a tomar apuntes y retener toda la información posible.

-Vamos a hacer un pequeño descanso de cinco minutos, y pasaré a detallar el operativo punto por punto.

La gente se levanta de sus sillas. Unos parecen salir a fumar, otros regresan rápidamente con un café entre sus manos, y los demás permanecen en la sala totalmente impasibles.

Puntuales como clavos, todos y cada uno de los agentes están sentados cinco minutos después. Varela, carraspea y comienza a hablar.

- Una vez estamos todos proseguimos. Como bien había dicho, detallaré punto por punto el operativo.

Al final de la mesa, el agente que había interrumpido antes a Varela levanta la mano.

- El operativo lo vamos a componer únicamente los que estamos aquí? - interroga.

- Negativo. Aquí estamos una representación de todas las secciones necesarias para la intervención, pero tendremos el apoyo de al menos otros veinte compañeros del grupo de intervención. No podemos escatimar en medios al no saber con exactitud lo que podemos encontrarnos.

- Entendido. - responde.

Durante las siguientes dos horas, el Comisario, con ayuda de sus dos hombres de confianza, Santos y Jauregui, va exponiendo paso por paso la denominada "Operación Micelio", puesto que la red parece expandirse bajo las sombras de igual forma que lo hace el micelio de los hongos bajo tierra para conectar unos con otros.

Todo el mundo deberá estar preparado para salir a las seis de la mañana. A las siete, con las primeras luces del alba, está previsto dar comienzo con la primera parte del plan, que consistirá en crear

dos anillos alrededor del edificio. Un primer anillo más lejano para controlar accesos y cruces y un segundo anillo más cercano a la propiedad con las patrullas operativas.

En las cotas aledañas habrá tiradores preparados para actuar en caso de emergencia y a cinco kilómetros estará esperando un helicóptero preparado para despegar en cualquier momento.

Una vez completado este paso, rápidamente y sin solución de continuidad, llegarán los agentes de intervención, que nos apoyarán desde una primera línea.

El siguiente punto debería ser la entrada al edificio, asegurarlo y una vez hecho esto, poder rescatar a Javi y a las jóvenes.

El problema es que no se sabe cómo actuarán los enemigos, aunque está previsto que opongan resistencia visto lo visto en el caserío hace unos días.

Si todo va según lo previsto, en menos de doce horas estaré abrazando a mi marido.

Puedo apreciar las caras de cansancio en muchas de las personas. La gran mayoría han estado implicados en el anterior operativo llevado a cabo en el hospital.

Una vez cerrada la ronda de preguntas e inquietudes, los agentes se levantan de la mesa, saliendo de la sala de reuniones para dirigirse cada uno a sus cometidos.

Es tarde, la gente está cansada, pero no queda demasiado tiempo para el golpe, y aún hay muchos flecos por pulir.

Yo, tras despedirme, decido irme a casa a descansar. Estoy agotada, y aún queda el plato fuerte, aunque no estoy segura de poder dormir esta noche.

CAPÍTULO 37

Cuando por fin suena la alarma, yo ya llevo una hora levantada y me he tomado dos cafés.

Me asomo por la ventana, pero la ciudad continúa dormida a estas horas. Únicamente una farola que tintinea pone la nota discordante.

Doy el último sorbo a mi taza de café antes de levantarme de la mesa y me planto frente al armario de la habitación.

Elijo el outfit más adecuado posible para el día de hoy. Ropa cómoda y botas de monte, además del anorak azul oscuro que suelo utilizar los días de invierno cuando vamos al pueblo.

Anoche, antes de meterme en la cama, dejé reservado un Uber desde la aplicación del móvil para las cinco y cuarto y así tener margen para cualquier imprevisto antes de partir desde comisaría.

Una vez pongo un pie en el interior del edificio, puedo sentir un punto de tensión en el ambiente, imagino que será lo normal en una situación como esta.

Hay un movimiento fuera de lo común en comisaría para ser las cinco y media de la mañana. Agentes recorriendo los pasillos apresuradamente, algunos de ellos armados con fusiles de asalto y protegidos por chalecos.

Llego a la sala de descanso, y junto a la máquina de café puedo reconocer al Comisario charlando junto con sus hombres de confianza. Observo en ellos una actitud bastante relajada en comparación a lo que he podido ver al llegar hace apenas cinco minutos.

-Egun on Amaia. - saluda Jauregui.

-Egun on. ¿Todo listo? - respondo.

-Buenos días, todo perfectamente preparado. Salimos en diez minutos. - contesta Varela a mí pregunta.

Como relojes suizos, a las seis menos dos minutos, nos dirigimos hacia el parking de comisaría.

Al llegar puedo observar el convoy perfectamente organizado. Dos furgonetas blindadas en cabeza, el vehículo del Comisario, y por ende el mío, tras estas. Inmediatamente después, otros dos vehículos de paisano precediendo a otros dos BMW de la Ertzaintza, y para cerrar el despliegue otras dos furgonetas blindadas.

Sin necesidad de decir ni una sola palabra, todos los agentes que se encontraban de pie frente a sus respectivos vehículos, se montan al ver aparecer al Comisario en dirección al suyo. Santos será nuestro conductor, mientras Jauregui irá con Ainhoa en el vehículo de detrás.

Nada más entrar a la parte trasera encuentro un chaleco antibalas.

-Es importante que te lo pongas Amaia. - me dice Varela.

Yo, sin decir nada, consciente de que realmente puedo correr peligro, me lo coloco inmediatamente.

Con un retraso de apenas un minuto, Varela descuelga el micrófono de la emisora vehicular para dar comienzo a la operación.

-Aquí Víctor para toda la malla, iniciamos movimiento.

- ¿Por qué Víctor? - pregunto sin entender muy bien.

-Victor es el indicativo de la letra "V" en el alfabeto internacional, y se corresponde con la primera letra de mi apellido. - Responde Varela.

- ¡Anda, no tenía ni idea! - contesto sorprendida.

Uno tras otro iniciamos la marcha, manteniendo distancias entre vehículos, pero siempre controlando que nadie se quede atrás.

Apenas veinte minutos después tomamos el desvío hacia el valle, cuando Varela vuelve a dar indicaciones.

-Victor para toda la malla, estamos a un kilómetro y medio de Check Point uno. Diríjanse al punto.

Poco más tarde, tomamos un desvío por un camino de tierra, que nos lleva directamente a una explanada a cubierto de la vista de

cualquier curioso.

Al fondo puedo ver una patrulla más. Y a su lado, imponente, uno de los helicópteros que utiliza la Ertzaintza.

-Desde aquí vamos a crear el primer anillo de seguridad, controlando cruces y posibles rutas de escape. - comenta Varela tanto para mí como para Santos. - Cuando nos confirmen que está listo, partiremos. Una vez en marcha ya no habrá vuelta atrás.

Pasan quince minutos, que caen interminables sobre mí, como si fuesen quince horas.

Al fin, el altavoz de la emisora vehicular rompe el silencio.

-Aquí Anillo exterior, estamos listos. - puede escucharse a través del altavoz.

-Dale Santos, es el momento. - comenta antes de apretar el botón para dirigirse a todos. -Victor para toda la malla, todo el mundo en marcha, cada uno a su punto marcado. Suerte señores.

Santos gira la llave en el contacto, agarra con fuerza el volante y pisa a fondo el acelerador. Las ruedas rascan contra la grava del aparcamiento buscando traccionar para poder avanzar, una vez lo consiguen, nos ponemos en marcha.

Recorremos a toda velocidad los tres kilómetros que nos separan del viejo caserío precedidos por varios de los vehículos del operativo, hasta darnos casi de frente con la sidrería.

Apartada de toda civilización, flanqueada a ambos lados por filas de árboles, se erige un imponente edificio de piedra con dos alturas.

A su izquierda un almacén construido hace mucho menos tiempo que el edificio principal y a su derecha una explanada con un cartel de parking. En la fachada, sobre la entrada, un letrero tallado en madera en el que se puede leer "Larraona Sagardotegia".

Uno a uno, rápidamente los vehículos se posicionan rodeando el edificio, nosotros frente a la puerta principal.

-Amaia, ya lo sabes, pero te lo repito una vez más. Bajo ningún concepto bajes del vehículo hasta que yo te lo indique.

Asiento con la cabeza, siendo consciente del peligro que puedo correr si me expongo. Sobre todo, después de haberlo podido vivir hasta en tres ocasiones en los últimos días. Pero si todo se tuerce, no estoy segura de poder contener mis impulsos.

Los primeros rayos de luz asoman tras las montañas, entonces Santos y Varela abren las puertas del vehículo.

Antes de bajar, se colocan un pinganillo en la oreja y comprueban con un gesto de manos rápido que su pistola tiene munición.

Se respira una calma poco común en estos casos. En el edificio no se aprecia movimiento, los agentes aún no actúan. ¿A qué están esperando?

Por el rabillo del ojo puedo observar movimiento en una colina cercana. Al girarme para ver de qué se trata, puedo comprobar para mí tranquilidad que son los tiradores de la Ertzaintza terminado de colocarse en su lugar. Entonces se escucha una comunicación radio.

-Tango en posición. - comunican desde la colina una vez preparados.

En ese momento el Comisario alza su mano, con los dedos índice y medio extendidos apuntando al cielo. Entonces el resto de agentes descienden de sus vehículos y se colocan en posición.

Veo a Varela enganchar el otro micrófono que cuelga en el interior del coche y acercárselo a la boca.

-Les habla el Comisario Varela, de la Ertzaintza.

Silencio

-Sabemos que están ahí, cooperen en todo momento y esto se resolverá de forma segura para todos. Se encuentran rodeados, no tienen escapatoria. - se puede escuchar claramente desde un potente altavoz que tiene instalado nuestro coche.

Tras la comunicación se hace el silencio durante cerca de un minuto. No se observa ningún movimiento dentro. Entonces Varela interviene de nuevo.

-Ya han oído, se encuentran rodeados. No queremos entrar a la fuerza. Salgan con las manos en alto y sin portar ningún objeto.

Nadie responde. Ni un solo movimiento llega desde el interior.

Noto el pulso martillearme las sienes con potencia. Hasta que de pronto, una detonación, seguida de un silbido, corta el aire perdiéndose a nuestra espalda. Se trata de un disparo, y desde este preciso instante, todo se descontrola.

CAPÍTULO 38

-¡Al suelo! - grita alguien que no logro reconocer.

Automáticamente me encojo en el asiento trasero del coche, esperando el comienzo de un intenso tiroteo, pero pasan varios segundos y nada ocurre.

-Algún herido? - pregunta Varela por el walkie.

Pero no hay respuesta. Lo que debería significar que todo está en orden. Entonces puedo ver a Santos acercarse al vehículo con un enfado importante. Agarra el micrófono que está conectado al altavoz con fuerza y habla con decisión.

-Última oportunidad. Si no se rinden vamos a proceder al asalto.

De nuevo, silencio total en el ambiente. De fondo parece oírse incluso el canto de algún pájaro. Pero como era de esperar, la calma dura poco.

Una ametralladora exactamente igual que con la que fuimos atacados en el caserío entra en escena. Una sucesión de disparos rasga el aire. Logro distinguir desde mi asiento como las balas golpean sobre la carrocería de algún vehículo, como se clavan de forma brusca sobre la madera de algún árbol y lo peor de todo, el impacto sobre alguno de los agentes, que grita de dolor a unos pocos metros de mí.

Es entonces cuando los ertzainas intervienen. Puedo escuchar como incesantemente utilizan sus armas, desde pistolas hasta fusiles de asalto.

-Disparen a matar si fuese necesario. - grita el Comisario por radio.

No puedo evitar pensar en Javi. Sólo espero que no lo expongan, que lo mantengan en cautiverio, y que todo acabe felizmente para nosotros.

Los disparos continúan mientras escucho órdenes desde diferentes puntos del despliegue. Alguien ordena poner bajo aviso a los servicios sanitarios, por lo que como me podía temer, hay heridos.

El tiempo parece no avanzar, la tensión que lo envuelve todo aquí, podría cortarse con un cuchillo. Tras pensar si estoy haciendo lo correcto me incorporo para ver a través de los cristales.

Veo agentes parapetados tras los vehículos, incluso detrás de los troncos de los árboles más grandes de la finca. Santos y Varela, las dos personas más cercanas a mí posición, se encuentran uno a cada lado del vehículo cubiertos en parte por la puerta

Dirijo después, la vista hacia el edificio principal, desde donde comenzó el tiroteo. Creo distinguir tras un pequeño muro a dos personas armadas con las potentes ametralladoras que llevo rato escuchando. La imagen que llega a mis ojos, bien podría ser una escena de alguna de las películas de Rambo.

Continúa el intercambio de disparos. De pronto puedo ver cómo uno de los atacantes es alcanzado por la munición de alguno de los agentes, y a pesar de ir bien protegido cae al suelo.

Esto no hace que la potencia de fuego disminuya en absoluto porque desde una de las ventanas alguien comienza a disparar. Entonces, sin armar un gran revuelo, veo como Santos se lleva la mano a su muslo izquierdo. Al retirarla todos sus dedos aparecen empapados en sangre, se gira por un momento hacia mí y su cara se contrae en una mueca de dolor que no logra contener.

Sin pensarlo ni un momento, salto del vehículo en su ayuda, y a pesar del estruendo de las armas Varela se da cuenta.

-Amaia, vuelve al puto coche. Te he dicho que te estuvieses quieta.

-¿Estamos tontos? Han herido a Santos en la pierna. - le contesto. - No voy a quedarme de brazos cruzados.

-Me caguen la puta Amaia! Mejor evacuar a una persona que a dos. ¡Vuelve al maldito coche ya! - me grita con furia.

Yo, ni siquiera le contesto. Llego al lugar donde Santos se retuerce de dolor con una chaqueta en la mano, y decidida a ayudarle, la rasgo como puedo y se la enrollo en la pierna, por encima de la herida, apretando con todas las fuerzas que logro sacar.

Engancho con fuerza a Santos, metiendo mis manos por debajo de sus axilas y tirando con insistencia de él.

A duras penas logro arrastrarlo hasta la parte trasera del coche, donde pueda estar más a cubierto.

-¡Amaia! ¿Qué demonios estáis haciendo? - escucho desde la parte de delante a Varela.

-Estoy ayudando a Santos joder. Tenemos que pedir una ambulancia.

- ¡Vuelve al coche, no te lo repito más! - le oigo decir. - Es un disparo en la pierna, puedes estar tranquila que de esta va a salir.

Pero como siempre he hecho lo que me ha dado la gana, esta vez no iba a ser menos. Dejando a Santos en la parte trasera, recostado en el suelo retorciéndose de dolor, aprovecho el momento, para echar mano a su pistolera, y con un movimiento rápido y efectivo hacerme con su arma.

-¡Para! ¡Amaia! ¿Te has vuelto loca? - logra decir entre dientes.

Pero yo, sin mirar atrás, doy media vuelta y me coloco al lado de Varela. Cuando este, que se encontraba totalmente concentrado en su tarea, gira la cara al sentir movimiento a su lado, puedo percibir una mezcla de sorpresa y rabia. Aunque rápidamente me doy cuenta que no le hace ninguna gracia.

- ¡Joder! ¿Pero tú estás majara? - me increpa.

-No puedo quedarme de brazos cruzados, debo ayudar a rescatar a mi marido.

- ¡Pues poco vas a ayudar como te maten Amaia! ¡Y si no es eso, igual acabas en el puto calabozo joder, que ni siquiera deberías estar aquí!

La tensión va aumentando por momentos, pero yo, inesperadamente, me encuentro tranquila, empuñando un arma y a punto de hacer uso de ella.

En ese momento, un nuevo individuo entra en escena, y lo hace para elevar aún más el grado de tensión que se vive. Desde una puerta lateral, cubierto por un pequeño muro que no logra taparle

por encima de la cintura, asoma. Y lo hace para complicar aún más la situación.

Con un gesto rápido se coloca el arma sobre el hombro y lo encara en dirección a una de las furgonetas donde más agentes se agolpan.

Entonces, aprieta el botón de su lanzagranadas. Casi a cámara lenta puedo ver cómo se dirige hacia la furgoneta, mientras el Comisario, a mí lado, que se ha dado cuenta de ello grita por el walkie.

-¡Todos a cubierto!

Pero ya es demasiado tarde. Únicamente un puñado de agentes logra lanzarse al suelo mientras se cubren la cabeza con sus propias manos, a la misma vez que el artefacto alcanza la chapa del vehículo, haciéndolo saltar por los aires.

Un ruido ensordecedor, acompañado de humo, tierra y metralla sale disparado en todas las direcciones.

La explosión alcanza de lleno a varios ertzainas, que caen heridos entre humo y metralla, pero no es momento de lamentarse.

Con decisión empuño el arma prestada de Santos y disparo al hombre del lanzagranadas. Un fuerte latigazo me recorre el brazo por culpa del retroceso y, además, me quedo lejos de mi objetivo.

Puedo ver cómo el individuo se agacha para cubrirse de los disparos contra su figura, pero el muro es demasiado pequeño para cubrirle.

El hombre se retira el lanzagranadas del hombro, haciendo que su cara quede al descubierto por un instante.

En ese mismo momento, siendo consciente de lo que estoy viendo con mis propios ojos, se me hiela la sangre.

CAPÍTULO 39

El tiempo se detiene por completo. Mi corazón parece dejar de bombear sangre. Nuestras miradas se cruzan entonces, podría reconocer esos ojos incluso en la oscuridad.

No. Me niego a creerlo.

Javi.

Por un momento, una duda cruza por mi cabeza. Lo tengo encañonando con la pistola.

Decido entonces apretar el gatillo, pero mi dedo índice no responde. Estoy bloqueada.

Parpadeo con fuerza, como si no me estuviese creyendo la escena que puedo contemplar frente a mí. Ese instante le basta Javi para darse la vuelta y colarse de nuevo en el interior del edificio.

Varela me mira, pero no se atreve a decir ni una palabra. Me limito a asentir con la cabeza.

Continúo con el arma levantada en dirección al edificio durante un rato más, petrificada. Aún no soy consciente del instante que acabo de vivir. Todo tiene que tratarse de un error, o una imaginación mía fruto de tanta tensión.

-Varela...

-Si Amaia, he visto lo mismo que tú... - me interrumpe, sabiendo perfectamente lo que iba a preguntarle.

Durante un par de minutos más, parece que ha vuelto una cierta calma al ambiente, pero rápidamente Varela se encarga de cambiar la dinámica.

Agarra su walkie, que tiene colocado en el chaleco, con la mano con la que no sujeta su pistola y lanza un mensaje.

-Aquí "Víctor" para toda la malla. Vamos a proceder a entrar al edificio. Entrará en primer lugar el pelotón de intervención número

uno, y a continuación el pelotón número dos. El resto manténganse a la espera.

-"India uno" recibido.

-"India dos" recibido.

Acto seguido puedo ver perfectamente como un grupo de ocho personas, equipadas con cascos, chalecos y fusiles de asalto se acercan al edificio, pegándose a la pared uno tras otro. Avanzan muy lentamente, comunicándose mediante gestos y evitando las ventanas hasta llegar a la entrada.

El primero de los agentes, le hace un gesto al que se encuentra en segundo lugar, y este con un gesto rápido, le sobrepasa y pega una fuerte patada a la puerta de madera, que cede frente a la potencia ejercida.

-Todos adentro! - grita entonces a sus compañeros.

Uno a uno, a toda velocidad, con su fusil en posición de ataque, se adentran en el edificio.

Desde nos encontramos, pasamos varios minutos escuchando un intercambio de disparos, aunque nos falta información de lo que está ocurriendo en el interior.

-Un sospechoso ha saltado por una ventana trasera y está huyendo a pie. - escuchamos por radio.

-Recibido. Vigilancia aérea, atentos. Desplegamos helicóptero. - contesta Varela a través de su walkie una vez más.

Casi al instante puedo reconocer el inconfundible sonido del helicóptero acercándose a toda prisa hasta nuestro lugar. Levanto la cabeza y le veo dar vueltas en círculo, peinando la zona en busca del individuo.

Al cabo de un rato, el piloto cambia la trayectoria y se aleja. Queda entonces una calma tensa en el ambiente que hace que me relaje lo justo para venirme abajo.

No tengo más remedio que dar media vuelta, abrir una de las puertas, y sentarme en el vehículo para recuperar el aliento. A mí

alrededor todo se tambalea.

Varela se interesa primero por mí, comprobando el estado en el que me encuentro. Intenta animarme, pasándome uno de sus brazos, en repetidas ocasiones, por mi espalda.

Después se dirige a la parte trasera del coche para comprobar cómo se encuentra Santos, y finalmente regresa a su posición.

Pasan varios minutos en los que nada ocurre. Permanecemos a la espera de noticias hasta que al fin se rompe el silencio.

-"India uno" para "Víctor". Edificio limpio y asegurado. Pueden entrar.

-Recibido, vamos para allá.

Como un muelle me levanto del asiento, dejando de lado los sentimientos que me rondaban, para convertirlos en lo totalmente opuesto.

Varela se gira hacia mí y me indica con un gesto que vamos a entrar a la antigua construcción.

-Amaia, quiero que mantengas la calma en todo momento. No sé lo que nos vamos a encontrar ahí dentro. ¿Vale?

-Sí Varela. Estoy preparada para cualquier cosa.

-Pues vamos, no perdamos tiempo.

Juntos, avanzamos hacia la puerta de entrada, mientras siento que alguien se coloca a nuestro lado, es Jauregui.

-Comisario, tenemos varios heridos, alguno de gravedad. Las ambulancias están al caer.

-Mierda...

-En el interior han comentado que tenemos una baja propia y al menos dos bajas enemigas.

-Me caguen la puta. Al final esto se ha complicado más de lo previsto. - responde Varela.

Caminamos unos metros más hasta llegar al umbral. Allí nos espera Suarez, el jefe del pelotón de intervención.

-Jefe, la situación se ha complicado. - comenta nada más aparecer a su lado.

-Lo sé, me lo acaba de decir Jauregui. Esperemos que no tarden las ambulancias y poder evacuar cuanto antes a los heridos. - responde Varela. - Mientras tanto cuéntame más detalles.

-Vamos para adentro y lo comprueba con sus propios ojos. Pero le adelanto que no hay rastro de las niñas.

-Pero como no va a hab...

-No le puedo decir más Comisario. Básicamente porque no lo sé. Nosotros también pensábamos encontrarlas aquí.

Un paso por detrás de Varela, voy escuchando y procesando toda la información que llega a mis oídos.

-Jauregui, esperadme aquí un momento, ahora vengo a buscaros.

Veo cómo avanza junto a Suárez, inmersos en una conversación que pronto dejo de escuchar.

Me quedo en silencio, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha junto a Jauregui, que me mira sin saber muy bien cómo actuar.

Examino en este tiempo la sala donde nos encontramos. Es una especie de recepción, con un mostrador y adornos, todos ellos relacionados con la sidra y su elaboración.

Poco después regresa Varela, indicándonos que vayamos tras él.

Al llegar al comedor principal de la sidrería, puedo observar un cuerpo tendido en el suelo sobre un charco de sangre. Al acercarnos un poco, no me cuesta reconocer de quién se trata.

-Es Nahia. Los agentes han tenido que disparar contra ella. - nos informa Varela, aunque no hace falta que lo haga.

-Se lo merecía. ¿Cómo ha podido traicionarnos de esta forma? - responde Jauregui.

El estómago se me encoge al verla allí tirada. Había visto cadáveres en otras ocasiones, incluso en peor estado que el cuerpo de Nahia,

como hace poco con el búlgaro. Pero es la primera vez que veo a una persona que conocía, tendida sobre un charco de sangre.

En la zona cercana a la cocina, un nuevo cuerpo, en este caso de uno de los agentes, ha corrido la misma suerte, aunque en este caso, sus compañeros han tenido el detalle de cubrirlo con una tela que han encontrado.

Al cruzar la puerta de la cocina, varios agentes se arremolinan en torno a algo. Cuando nos ven aparecer, abren el corro y logro reconocer de que se trata.

Un agente aprieta con su rodilla la cabeza de alguien contra las baldosas del suelo. Al acercarme aún más, puedo ver de quién se trata.

Mi marido.

Está esposado con las manos a la espalda. El pecho pegado al suelo y un agente ejerciendo fuerza sobre él para que no se mueva.

La imagen me sobrecoge al principio, pero mientras el agente que lo mantenía contra el suelo, tirando de la parte trasera de su pelo, lo levanta y lo pone frente a mí, algo en mi interior hace click, y paso inmediatamente de la decepción, a la rabia más absoluta.

Javi intenta hablar a duras penas.

-Cariño...Lo siento mucho...Puedo explicarte...- logra decir.

Sin ser consciente, una mueca de asco se instala en mi cara. Cojo impulso dando un paso hacia atrás y descargo toda la fuerza posible que logro reunir, contra la entrepierna de Javi.

Este, inmediatamente, retorciéndose de dolor, cede y cae contra el suelo de nuevo. Momento que aprovecho para acercarme un paso más hacia él, y escupirle con rabia en la cara.

-Hijo de puta. Ojalá te pudras en la cárcel. Vas a explicárselo, pero a la policía, no a mí.

-Vamos Amaia. Ya está bien. - me intenta tranquilizar Varela tirando hacia atrás de mí. No sin oposición, logra sacarme de la cocina y me abraza con intención de calmarme.

En este momento puedo darme cuenta, que todo lo que le he querido todos estos años, ha desaparecido, ya no está en mí. No logro encontrar explicación alguna a sus actos, ni cómo es posible no haberme dado cuenta de nada en todo este tiempo.

Se acerca a nosotros uno de los hombres de Suárez para comentarle algo.

-El sospechoso que ha huido se trata de Andoni Díaz. - escucho a mis espaldas. - De momento no han logrado dar con él.

- ¿Cómo has dicho? - pronuncio.

La sangre se me vuelve a helar. No puedo creer lo que estoy oyendo.

-Que han identificado al sospechoso huido como Andoni Díaz.

-No me jodas... Es el puto mejor amigo de Javi. - contesto. - No me lo puedo creer. Ha estado todo este tiempo, que creíamos que Javi estaba secuestrado, ofreciéndome ayuda. Ahora lo comprendo...

-Madre mía. La cosa se pone interesante.

Sin tiempo para continuar la conversación, un nuevo agente nos interrumpe.

-Jefe, deberían venir a ver esto. - grita desde el umbral que separa el comedor de la zona de barricas.

Apresuradamente nos dirigimos hacia allí. Varela y Suárez por delante, y Jauregui y yo un par de pasos por detrás.

Al llegar a la zona puedo escuchar tímidos gritos de mujer, aunque no logro identificar de donde provienen.

-Hemos dado con las chicas Comisario. - nos informa. - Hemos pedido más refuerzos sanitarios, hay alguna bastante débil.

-Como habéis dado con ellas?

-Nos ha llevado un buen rato. Al inspeccionar más a fondo todas las instalaciones hemos creído escuchar gritos femeninos. En un principio no sabíamos de dónde provenían, hasta que hemos creído que venían del interior de una de las barricas, esa de ahí, la número nueve.

-Y estaban ahí dentro? Es imposible.

-Agarraos, porque esto es realmente impactante. Como decía nos parecía que provenían de interior de la kupela nueve, pero al inspeccionarla, hemos comprobado que estaba llena, incluso salía sidra por su grifo.

-Pero como va a ser eso? - intervengo yo totalmente intrigada.

-Después de un rato de comernos la cabeza, hemos descubierto un sofisticado sistema hidráulico instalado en la kupela. - cuenta el agente. - Realmente no está llena, es cierto, si no que únicamente da la sensación de ello al no estar hueca en su interior. Un tubo procedente de la kupela contigua suministraba la sidra al grifo.

-Guau. Eso es una locura.

-Así es. Perfectamente podrían utilizar la sidrería cualquier fin de semana, y con el bullicio del gentío, nadie se daría cuenta de nada.

-Y como habéis llegado al final a las chicas? - pregunta Varela.

-Después de todas las sospechas, hemos abierto la kupela por el orificio que se utiliza normalmente para limpiar el interior, dándonos cuenta entonces que conectaba directamente con un espacio subterráneo donde tenían retenidas a las chicas.

-Cabrones...

-Es impresionante. - comenta Varela. - No perdamos tiempo, vamos a ir adelantando todo lo que podamos, hay que sacarlas ya de ese puto zulo.

Escucho ruido en la sala contigua, hasta que de pronto aparecen a toda prisa un buen puñado de sanitarios empujando camillas y portando maletines. Dos agentes que no conozco los acompañan.

Varela, que se encuentra inmerso en la organización de la escena le da indicaciones a Jauregui, que se dirige hasta mi posición.

-Amaia, me ha dicho Varela que vayamos a descansar. Aquí queda mucho trabajo por delante.

Sin estar convencida del todo, accedo sin plantar oposición. Al fin de cuentas, aquí ya no pinto nada, todo se ha derrumbado a mi

alrededor en el preciso instante en que he visto como Javi apretaba el disparador del lanzagranadas.

CAPÍTULO 40

Los días que siguen son un constante ir y venir de información.

Toda la prensa nacional e internacional se ha hecho eco de los sucesos. Las noticias ocupan páginas y más páginas de diarios y webs.

Abren telediarios, a la vez que ocupan horas de tertulias en televisión con todas las novedades que se van conociendo.

A mí me toca declarar en varias ocasiones, además, Varela me permite escuchar todo lo que Javi le cuenta a la policía.

Declara que fue Andoni, que continúa en paradero desconocido, quien le obligó a unirse a la red de trata, al descubrir por error en lo que andaba metido.

Tras escuchar toda esa sarta de mentiras y excusas, le pido permiso a Varela para un cara a cara con Javi, quién a regañadientes acaba concediéndome la petición.

Seis días después de que todo terminase, se produce el momento.

La sala es pequeña. Fría. Demasiado austera. Supongo que como todas las salas de interrogatorio.

Hay una mesa en el centro y dos sillas enfrentadas. Nada más.

Javi ya está sentado cuando entro. Lleva las manos esposadas sobre la mesa. La cabeza ligeramente agachada, en señal de arrepentimiento, aunque llegado a este punto dudo de que sea real.

Durante un segundo me quedo en la puerta, observándole.

No siento nada. Ni rabia. Ni tristeza. Ni siquiera pena.

Solo vacío.

-Siéntate, Amaia. - dice uno de los agentes desde atrás antes de cerrar la puerta.

Obedezco sin apartar la mirada de él.

Javi levanta la cabeza despacio. Nuestros ojos se encuentran. Pero ya no significan nada.

-Hola… —murmura.

No respondo.

El silencio se hace incómodo. Pesado.

- Amaia… yo… - empieza, pero se le quiebra la voz. - Puedo explicarlo todo.

-No - le corto en seco.

Se queda callado. Sorprendido.

-No quiero explicaciones -continúo. - Quiero respuestas.

Traga saliva y asiente ligeramente.

-¿Desde cuándo?

La pregunta queda suspendida en el aire.

-¿Cómo?

-Desde cuándo estabas metido en esto.

Baja la mirada de nuevo.

-Hace… un par de años… —responde casi en un susurro.

Siento un leve nudo en el estómago.

Dos años.

Dos años durmiendo a mi lado.

-¿Y en todo ese tiempo? - pregunto, inclinándome ligeramente hacia delante—. ¿En qué momento pensabas contármelo?

-No podía… - dice rápidamente. - Andoni… me tenía cogido. Si hablaba…

-No. —vuelvo a interrumpirle. - No me vengas con eso.

Por primera vez noto algo. Rabia.

-Tuviste cientos de oportunidades, Javi. Cientos. —mi voz se endurece—. Y no elegiste salvarte. Elegiste seguir.

-No es así…

-¿Ah no? – le desafío. - Entonces dime en qué momento dejaste de ser mi marido para convertirte en uno de ellos.

El silencio vuelve. Pero esta vez es distinto.

Él no tiene respuesta. Lo veo en su cara. Él lo sabe.

-Yo te quería… - murmura al final.

Una risa seca se me escapa sin poder evitarlo.

-No - niego con la cabeza. - No tienes ni idea de lo que significa querer a alguien.

Me pongo en pie.

Él reacciona, nervioso.

-Amaia, por favor…

En ese instante recuerdo algo que lleva rondándome desde el primer momento.

-¿Y las putas cartas Javi? ¿Las amenazas constantes incluso a tu hijo?

-Solo trataba de protegeros Amaia… Haceros el mínimo daño posible…

Llegados a este punto no me esfuerzo ni en creer en sus palabras.

Me detengo un segundo antes de darme la vuelta.

-¿Sabes qué es lo peor de todo? - digo sin mirarle. - Que confiaba en ti ciegamente.

Camino en silencio hacia la puerta.

-Y tú utilizaste eso.

-No…

- Sí. - sentencio.

Abro la puerta, antes de salir, me giro por última vez y lo observo unos segundos.

Ya no veo a mi marido. Solo a un desconocido.

-Espero que lo cuentes todo. - añado. - Porque es lo único decente que puedes hacer en tu vida.

Salgo sin esperar su respuesta. Y esta vez, no miro atrás.

EPÍLOGO

18 de abril de 2026.

Han pasado cuatro meses desde que la pesadilla terminó.

No ha sido fácil. Explicárselo todo a Juanjito, protegerle de lo que se decía fuera, de las miradas, de los comentarios… ha sido, quizá, lo más duro de todo.

El juicio puso cada cosa en su sitio.

Javi fue declarado culpable de todos los cargos.

De Andoni no se ha vuelto a saber nada. La Ertzaintza y los gendarmes lo buscaron durante semanas, pero parece haberse evaporado.

La red, sin embargo, cayó. En Francia desmantelaron otra parte importante, y ahora las investigaciones apuntan más arriba, gente poderosa parece estar detrás de todo.

Las chicas fueron rescatadas y puestas a salvo. Algunas regresaron a sus países. Otras decidieron quedarse aquí, empezando de cero.

Yo también he tenido que aprender a empezar de nuevo. No han faltado noches en vela. Ni días en los que todo pesaba demasiado. Pero poco a poco todo vuelve a su sitio. O al menos, a uno nuevo.

-Ama, mira. - tira de mi mano Juanjito, señalando hacia delante.

Sonrío.

La ciudad bulle a nuestro alrededor. El murmullo de la gente, los colores, la emoción…

Estamos en Sevilla, a pocos minutos de que su Real Sociedad juegue una final histórica.

Aprieto su mano para no perderle entre la multitud. Y entonces lo siento. Una mano firme rodea mi cintura.

No necesito girarme para saber quién es. Aun así, lo hago. Varela me devuelve la mirada con esa calma suya que tanto necesitaba sin saberlo. No hace falta decir nada.

Por primera vez en mucho tiempo todo está en orden y vuelvo a ser feliz.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Lo primero de todo, me gustaría darte las gracias por llegar hasta el final, si estás leyendo esto es porque lo has hecho.

Lo segundo es pedirte perdón por todos los errores que puedan existir dentro del libro, es algo que he hecho por puro entretenimiento, pensando, redactando y editando todo de forma personal.

No sé muy bien el momento en el que comencé a escribir esta novela ni porqué lo hice, pero me ha servido para quitarme de estar durante horas deslizando la pantalla del móvil viendo vídeos sin sentido uno detrás de otro en redes sociales. Solo con eso creo que ya gané algo positivo.

En varios momentos me ha dado incluso vergüenza publicar el libro por lo que podría pensar la gente, a fin de cuentas, no tenía ningún conocimiento sobre cómo hacer todo esto, simplemente he dejado que todo fuese fluyendo.

Espero de corazón que este rato de lectura te haya servido al menos como entretenimiento y hayas disfrutado un poquito.

Se admite todo tipo de crítica, buena o mala, siempre que sea constructiva.

Y ya que estamos, como hacen los escritores buenos, pediros que no le hagáis spoiler a nadie, simplemente que recomendéis a vuestros conocidos que lean el libro.

Muchas gracias.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias en general a todo el mundo que me ha animado a escribir y publicar esta novela cuando tenía dudas. A todas las personas que me han echado una mano o resuelto alguna duda en temas concretos.

Pero en especial me gustaría dar las gracias a mi madre, por toda la paciencia que tuvo conmigo en mi etapa de adolescente, cuando era un pésimo estudiante. En parte creo que, gracias a que me encerrase en la habitación intentando hacer que estudiase, tiempo que aprovechaba yo muchas de veces para leer libros y más libros de todo tipo menos el que tenía que leer de verdad, he podido escribir hoy esta novela.

También agradecer los consejos y propuestas de cambio en la primera versión que le envié de Micelio.

Cómo no, a Enara, por respetar mis ratos de escritura, por todos los consejos y todos los errores que he corregido tras su lectura del borrador.

Y no me quiero olvidar de mi abuelo Antonio, allá donde esté, por inculcarme el amor al monte y el ir a por setas, importante en el inicio de esta historia que acabáis de leer.

Para terminar, gracias a ti por haberme leído, si finalmente acabo publicando el libro en Amazon, agradezco una buena reseña.

Gracias de nuevo por todo, un abrazo.

Victor.

victoryaguez95@gmail.com